TRIXIE BELDEN

8

EL MISTERIO DE LA BRUJA



Trixie, Honey y Brian van en ayuda de Fay Franklin, un compañero de clase que vive con su madre en la casa Lisgard, después de que su madre tuviera un accidente. Trixie y Honey de mala gana se ofrecen para quedarse con Fay, creyendo que la casa que está embrujada. Trixie oye una voz extraña que le advierte que tuviera cuidado y la noche se convierte en terror, ya que creen que se está reviviendo la muerte de Sara Sligo, una bruja quemada en la casa hace más de doscientos años. Huyen en el medio de la noche y Fay comparte su temor de que ella puede estar poseída por el espíritu de la bruja muerta. Los Bob-Whites no se lo creen y los chicas Bob-Whites se dedican a tratar de descubrir lo que realmente sucedió la noche anterior en un intento de ayudar a su amigo.

Kathryn Kenny

El Misterio de la Bruja

Trixie Belden - 8

ePub r1.1

Titivillus 22-10-2019

Título original: *The Mystery of the Whispering Witch*
Kathryn Kenny, 1980

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Una visita inesperada • 1

Trixie belden gimió, cogiéndose los rizos de su pelo rubio con ambas manos.

—¡Ay de mí! —exclamó—. Alguien de Washington debería dictar una ley sobre esto; si yo pudiese, la haría.

Su mejor amiga, Honey Wheeler, levantó la vista del libro de gramática y preguntó intrigada:

—¿Qué ley quieres promulgar? Espera, no me lo digas. Vamos a

ver: la semana pasada querías dictar una que terminase para siempre con las tareas de las chicas jóvenes, por lo que no puede ser ésa. La semana anterior querías una ley de faldas: nadie debería llevarlas nunca, en especial Trixie Belden.

Trixie suspiró.

—Por supuesto —respondió enfurruñada, observando con mirada preocupada el libro de matemáticas, abierto sobre la mesa de cocina, delante de ella—. Pero la ley que digo se refiere a los deberes para casa los fines de semana.

—¿No querrás decir que pretendes tener más? —preguntó Honey, simulando no haber entendido el sentido.

Trixie hizo una mueca a su amiga.

—Sabes de sobra lo que quiero decir. A lo que me refiero es a que no debería haber deberes, sobre todo el fin de semana anterior al Día de Acción de Gracias. ¡No hay derecho!

Honey se rió y volvió a acomodarse en la silla.

—Hay que ser realista, Trixie. En ningún fin de semana nos gusta hacer trabajos en casa. De todos modos, ya casi hemos terminado. Por lo menos yo, ya estoy acabando la composición. ¿Cómo llevas las matemáticas?

Trixie volvió a suspirar.

—¡Fatal! Es cierto que sólo tengo que hacer dos problemas más, pero no me salen.

Reddy, el revoltoso setter irlandés de los Belden, dormía apaciblemente en un cesto, a los pies de Trixie. Ésta lo acarició suavemente con el tacón de su mocasín.

—Menuda vida —dijo—. No tienes que preocuparte de nada.

Reddy ni siquiera se molestó en abrir los ojos. Agitó una sola vez la cola, como dando a entender que había oído, e inmediatamente volvió a hundirse en su sueño, tan brevemente interrumpido.

Impaciente, Trixie suspiró y volvió a pasarse una mano por el pelo.

—¿Qué estarán haciendo Brian y Mart, que tardan tanto? —preguntó a Honey, que se limitó a sonreír levemente a su amiga, para volver acto seguido su atención al trabajo.

Durante unos segundos, en la cálida y fragante cocina de la vieja granja reinó un silencio total. Como siempre, el ambiente era grato, a la luz de la lámpara. Las paredes estaban decoradas con cacharros

de cobre relucientes, y en baldas y armarios aparecían piezas de loza.

Trixie miró de reojo a la puerta de la cocina, esperando que aparecieran por ella sus dos hermanos mayores. Media hora antes le habían prometido volver dentro de un instante, y acostar al más joven de los Belden, Bobby, de seis años. Pero a juzgar por las carcajadas que llegaban desde arriba, Trixie dedujo que sus hermanos habían olvidado por completo su cometido.

Normalmente era tarea de Trixie llevar a Bobby a la cama siempre que sus padres salían por la noche a casa de algún amigo; había que reconocer que no le disgustaba, ya que, por lo general, resultaba divertido. Pero esa tarde de noviembre tenía que hacer los deberes de matemáticas.

Trixie sabía que Brian y Mart querían ayudarla con Bobby, pero, al mismo tiempo, deseaba que su ayuda incluyese la explicación de los problemas de matemáticas, cuya solución no acababa de hallar, por más que se esforzaba.

Honey sonrió ante el impresionante jaleo que provenía de arriba.

—Parece que se divierten —dijo—. Seguro que están en plena batalla de almohadas —sus ojos, color avellana, se iluminaron.

Trixie refunfuñó:

—Entonces, Bobby se pondrá tan nervioso que no se dormirá en toda la noche. ¡Oh, ese Mart! Debía conocerlo mejor. Y en cuanto a Brian, me sorprende que no haya zanjado la juerga hace tiempo. Honey no pudo menos que estar de acuerdo. Sabía, como todos, que Brian, a sus diecisiete años, era el más razonable de los hermanos Belden.

Por el contrario, Mart, que contaba quince, era sobre todo un charlatán. Tenía gran tendencia a usar palabras altisonantes para confundir a su auditorio, especialmente a Trixie, que era sólo once meses más joven que él y de gran parecido físico; muchas personas los consideraban gemelos.

Honey dejó el lápiz triunfalmente.

—¡Ya está! —dijo con satisfacción—. Acabo de terminar. ¿Quieres que suba a meter a Bobby en la cama?

—Sería estupendo —contestó Trixie agradecida—. Y, de paso, dile a Brian y a Mart que necesito su ayuda en la cocina.

—Haré lo que pueda —prometió su amiga—. Como no quiero perder mucho tiempo, comprenderás que a mí también me conviene que Bobby se duerma lo antes posible.

Trixie sonrió al salir su amiga de la cocina. Pensó, como tantas otras veces, lo agradable que era saber que su amiga se sentía en Crabapple Farm como en su propia casa.

Los Belden disfrutaban de una vida tranquila y cómoda en su vieja granja, situada junto a la orilla izquierda del hermoso río Hudson, en el Estado de Nueva York. Honey vivía muy cerca, en Manor House. Era una casa mucho mayor y más lujosa que la de Trixie, llena de atractivos, como establos con caballos, un lago donde se podía nadar y navegar en verano, y una reserva de caza que ocupaba muchos acres.

Trixie y Honey, que tenían catorce años, se hicieron amigas desde el momento en que se conocieron. Honey era un poco más alta y delgada que Trixie. Su nombre verdadero era Madeleine, aunque nadie la llamaba así desde hacía mucho tiempo. El apelativo familiar se debía a su largo y dorado cabello tanto como a su carácter dulce y agradable (Honey es miel, en inglés).

Nada más conocerse, las dos muchachas se habían visto mezcladas en emocionantes aventuras y misterios. Cuando Trixie y Honey estaban resolviendo sus primeros casos, liberaron al pelirrojo Jim Frayne de la tiranía de su cruel padrastro. Poco después, los padres de Honey adoptaron a Jim. Y ahora, él, junto con ellas dos, Brian y Mart, pertenecían a un club semisecreto, en el que también figuraban Diana Lynch, que vivía en una magnífica casa cercana, y Dan Mangan, sobrino de Regan, que cuidaba los caballos de los Wheeler. El grupo se llamaba los «Bob-Whites de Glen».

Pero aquella noche Trixie no pensaba en absoluto en los Bob-Whites, ni siquiera en la agencia de detectives que ella y Honey deseaban abrir algún día. Estaba demasiado absorta intentando resolver los problemas de matemáticas.

—Escucha esto, Reddy —dijo, acariciando otra vez al setter. Tomó el libro de matemáticas y leyó en voz alta—: Si quitamos dos manzanas de tres, ¿cuántas quedan?

Se abrieron los ojos de Reddy y levantó la cabeza.

—Bueno, vamos a ver —se impacientó Trixie—. ¿Cuál es la solución? Es muy sencilla, ¿sabes?, pero tienes que pensarlo. Si

cogemos dos manzanas de donde hay tres, nos quedará sólo una.

Reddy estiró más las patas y se tumbó cuan largo era.

—Pues eso es lo que respondí hoy en clase —continuó Trixie—, y está mal. ¿Me oyes, perro estúpido? ¡Está mal!

Reddy gruñó y después, ante el asombro de Trixie, lanzó un ladrido fuerte y prolongado.

Por un instante, Trixie pensó que Reddy le había entendido, incluso el insulto. Un segundo después, comprendió a qué se debía la agitación del perro: alguien estaba llamando insistentemente a la puerta.

Antes de salir corriendo para ver quién llamaba a esas horas —ya eran las nueve de la noche—, Trixie abrazó a Reddy.

—Sea quien sea, espero que esté mejor que tú en matemáticas.

Reddy interpretó, según todos los indicios, que por el momento no tenía que ejercer ningún deber perruno, y que ya había cumplido con avisar. Así pues, volvió a acomodarse sobre el suelo de la cocina. Antes de que Trixie alcanzase el picaporte, ya estaba dormido.

El ladrido de Reddy había advertido también a Brian, Mart y Honey. Al llegar Trixie a la puerta, los tres bajaban a toda prisa la escalera.

—¿Quién es? —preguntó Brian.

—Me parece que nuestra querida sibila no está dotada de rayos X

—dijo Mart, avanzando tras él—. Deja que abra, y enseguida lo sabremos.

Trixie sonrió mientras abría, pero mudó su semblante al ver la figura de una de sus compañeras de clase, Fay Franklin, nueva en la vecindad, tras haberse trasladado a Sleepyside-on-the-Hudson con su madre hacía pocas semanas.

Sin duda Fay estaba alterada. Llevaba sobre sus hombros un chaquetón de invierno medio caído. Sus cortos cabellos oscuros bailaban desordenados sobre su bello rostro, que en ese instante aparecía pálido, presa de alguna preocupación.

—¡Fay! —exclamó Trixie sorprendida—. ¿Qué sucede?

Fay se encontraba sin aliento, le era completamente imposible hacer otra cosa que no fuese apoyarse en el quicio de la puerta y mirar alrededor.

Le tendieron las manos para tranquilizarla y la introdujeron en el salón, cálido y agradable.

Fay luchaba por recuperar el habla.

—¡Perdonadme! —pudo articular al fin—. Siento mucho molestaros, pero… necesito ayuda. Es… es mi madre…, ha tenido un accidente y tenemos estropeado el teléfono.

Brian se puso en tensión. Como siempre, atento, dispuesto a escuchar a quien necesitaba ayuda. Pensaba estudiar medicina y los que lo conocían estaban seguros de que sería un buen médico.

—¿Un accidente? —repitió como un eco—. ¿Qué tipo de accidente? ¿Está herida?

Fay tragó saliva.

—Ha sido la cadera —explicó—. Me… me parece que se la ha roto.

Trixie escuchó pacientemente mientras Fay les explicaba que su madre trabajaba como ama de llaves en un chalet de la localidad. Fay no sabía aún cómo había sucedido, pero algo había provocado que la señora Franklin perdiese el equilibrio cuando intentaba encaramarse a uno de los altillos de la cocina.

—Se resbaló y cayó —terminó Fay, recuperando aliento—. Ahora no puede moverse. He tenido que dejarla sola para venir en busca de ayuda.

Brian no necesitó oír más.

—No te apures. Ahora mismo me ocupo de eso. Llamaré al doctor Ferris. En cuanto lo sepa, enviará una ambulancia. ¿Dónde has dicho que vivís?

—En Lisgard House —contestó Fay.

—¿Lisgard House? —Mart se quedó con la boca abierta—. Pero es ahí donde… esto… la guarida… —enmudeció de repente al sentir el codazo que le dio Trixie.

Dio la impresión de que Fay no había oído la observación de Mart. Estaba atenta a Brian, que se aproximaba al teléfono, cruzando el cuarto.

—Trix, Mart —ordenó Brian— preparaos para venir con nosotros a casa de Fay. Tal vez necesitemos ayuda.

Se concentró en la conversación telefónica; hablaba en voz baja.

—Yo iré también —anunció Honey de repente—. Puedo hacer falta.

—¿Y yo? —preguntó una voz infantil desde la escalera—. ¿Puedo ir también?

—¡Vaya! —suspiró Trixie—. Nos habíamos olvidado de Bobby.

Corrió hacia la pequeña figura en pijama.

—¡Hace siglos que deberías estar dormido, sinvergüenza!

Bobby le explicó:

—Mart me bañó. Había montones y montones de burbujas —dijo—. Había tantas burbujas que parecía que Brian iba a tardar siglos y siglos en estallarlas. Entonces Mart me contó un cuento de miedo que trataba de un hombre que vivía en una casa muy grande cerca de aquí.

Mart miró hacia abajo, incómodo.

—Ya, yo, bueno…, ha sido una coincidencia… No sabía que iba a venir Fay y…, bueno…, ya había acabado. Pero entonces llegó Honey y quiso saber cómo terminaba la historia en realidad…

Entonces, Trixie supo a qué cuento se refería. Hizo un gesto y cambió de tema.

—¡Bueno!, mañana me lo contarás, Bobby. Ahora ya es hora de dormir.

Pero Bobby no parecía muy dispuesto a marcharse.

—Mart me contó que había una bruja que vivía en Sleepyside hace muchos años, y que hacía cosas malas a la gente. Fastidiaba las cosechas y cosas así —puso cara de miedo—. ¿Y sabéis qué más hacía?

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Trixie, intentando sin éxito que se diera la vuelta y subiese las escaleras.

Bobby mantuvo tozudamente su posición.

—Primero tienes que adivinar qué hacía después.

Fay se le acercó.

—¿Por qué no me cuentas a mí lo que hacía después, Bobby? —le dijo amablemente.

Mart pareció más molesto aún que antes y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Escucha, Fay —susurró—, es un cuento absurdo; seguramente lo has oído alguna vez.

Fay negó lentamente con la cabeza.

—He oído algo de eso, claro —repuso—, pero nunca de este modo. Vamos, Bobby, ¿qué ocurría después?

Trixie observó desesperada que Bobby se sentaba en un escalón y los miraba con expresión satisfecha.

—Aquella vieja bruja hacía que se estropeasen las cosechas. Y hacía que la gente se pusiera enferma, así —ladeó la cabeza, puso bizcos los ojos y lanzó un estertor desde lo más hondo de su garganta, que él creyó horrible.

Muy a su pesar, Honey se moría de risa. Pero, de pronto, miró tímidamente a Trixie.

—Sí, ya sé que no deberíamos haber excitado tanto a Bobby —concedió—, pero cuando llegué arriba, Mart iba por la parte más emocionante…

—Y Honey no había oído nunca este cuento —aseguró triunfal Bobby—, porque no vivía aquí cuando era pequeña. Por eso Mart le contó todo lo del «pie de sistencia» de la bruja.

—Es «pièce de résistance» —corrigió Mart, incapaz de contenerse.

Fay sonrió.

—¿Y en qué consistía esa «pièce de résistance»?

—Era la manera en que la vieja bruja cazaba a los niños que no se querían dormir —terminó Bobby, con voz temerosa—. Y cuando los cogía, los estrujaba entre sus dedos y decía… decía…, ¿qué era lo que decía, Mart?

—Ya no me acuerdo —contestó Mart, evitando la mirada de Trixie.

—Me gustaría oírlo —dijo Fay suavemente.

—También a mí —dijo Trixie.

Mart suspiró.

—La bruja apretaba los dedos y decía: ¡Abracadabra, pelo de cabra. Alas de murciélago y grandes arañas. Porque yo lo mando, conviértete en rana!

Trixie gimió, mirándolo desesperada.

—Y convertía a todos los niños en ranas verdes —acabó Bobby—. Tenían que pasarse la vida saltando en los pantanos de Martin. Y todavía hoy se les puede oír croar: ¡ribbit, ribbit, ribbit!

—Muy bien; eso es todo —dijo Mart avanzando hacia él—. Aquí se acaba el cuento, así que vámonos a la cama, ¿de acuerdo?

—Pero ése no es el final —protestó Bobby—. La gente de Sleepyside no quería que sus cosechas y todo lo que tenían se

volviese marrón. Y tampoco querían ponerse malos. Ni que sus niños se convirtiesen en ranas. Por eso, una noche, ¿sabéis lo que hicieron? Incendiaron la casa de la bruja… con ella dentro. ¡Se quedó como un chicharrón! —la voz de Bobby sonaba llena de entusiasmo.

—¡Mart! —exclamó Trixie—, ¿cómo te atreves a contarle un cuento así a la hora de dormir?

—Si me gustó mucho —protestó Bobby—, y sobre todo la última parte, porque, ¿sabes lo que ocurrió luego? Alguien hizo una casa nueva donde había estado la que se quemó… ¡y el fantasma de la bruja todavía está allí! Mart dice que recorre las habitaciones diciendo: ¡Uuuh! ¡Uuuh!

Se calló al ver con qué cara le miraba Trixie.

—Será mejor que me vaya a la cama —dijo, azorado.

—Subo contigo —dijo Mart—. Me quedaré aquí hasta que vuelvan los demás.

Sin pizca de miedo, Bobby le preguntó interesadísimo:

—¿Vas a contarme otro cuento?

Mart no se atrevió a mirar a Trixie.

—Te contaré el cuento del conejito —dijo—, o el del tigre que parecía un gatito. Pero algo me dice que no debo contarte más cuentos de fantasmas, ¿de acuerdo? —la puerta del cuarto de Bobby se cerró tras ellos.

Trixie miró entonces a Fay.

—Lo siento —dijo—. Mart no habría contado nunca ese cuento de haber sabido que ibas a venir.

—No te preocupes —repuso Fay—. Es muy interesante oír otra versión de lo ocurrido.

Se dio la vuelta y fue hacia Brian, que acababa de colgar el teléfono.

—¿Has podido hablar con el doctor, Brian? ¿Puede ir a casa?

Brian le sonrió, tranquilizador.

—Todo está arreglado —contestó cogiendo las llaves del coche —. Vamos.

Trixie aminoró la marcha al llegar a la puerta de la calle.



—¡Ah, Honey! ¿No sabías? —le dijo en voz baja—. La vieja

mansión de que hablaba Bobby era Lisgard House. Y se cree que está embrujada, tal como él dijo.

—¿De veras? —se extrañó Honey, mirándola perpleja.

—Sí; y Fay y su madre se han trasladado a ella hace sólo unas semanas —aclaró Trixie—. Sujétate bien el sombrero, Honey. ¡Vamos a visitar a un fantasma!

Unos instantes después, las preocupaciones de Trixie habían desaparecido, mientras el cacharro de Brian avanzaba por Glen Road. Por supuesto, sentía mucho el accidente de la madre de Fay, pero no podía evitar cierto nerviosismo al pensar en la misteriosa mansión del siglo diecinueve que iban a ver muy pronto.

Lisgard House había fascinado a Trixie desde su más tierna infancia. Situada junto al pantano de Martin, la cercaban vías muertas de ferrocarril y almacenes abandonados. En los días laborables, cuando pasaba junto a ella camino del Instituto de Sleepyside, siempre estiraba el cuello para intentar ver algo por encima del espeso follaje que ocultaba la vista de la casa.

Aunque Mart había exagerado al contarle la historia a Bobby, era cierto que en tiempos se pensó que una bruja había vivido en la vieja mansión que había sido quemada, con la bruja dentro. Y se creía que en la casa construida en su lugar habitaba el fantasma de Sara Sligo.

Trixie había intentado muchas veces descubrir, aunque fuera de pasada, la espectral figura que —según contaban— ocupaba la casa, pero por desgracia jamás lo consiguió.

A lo largo de los años, ninguno de los Lisgard quiso ser visitado. El último de ellos, el viejo Caleb, tenía fama de ser el peor de todos. Ruin e irascible, se mantuvo siempre recluido en la casa. Durante los últimos años de su vida se apartó completamente del mundo y rehusó ver a nadie, excepto a un viejo sirviente que con dificultad consiguió contratar.

Había muerto sólo unos meses antes. Trixie sabía que la casa la heredó un sobrino político, llamado Lewis Gregory. Se preguntaba cómo sería, y se preguntaba, sobre todo, qué animaba a la madre de Fay a trabajar en un lugar tan tenebroso.

Brian paró junto a las enormes puertas de hierro de la entrada principal, que daban a Glen Road.

—¡Oh, no, Brian! —dijo inmediatamente Fay—. Por aquí no.

Tuerce, iremos directos a la trasera de la casa. Dejé las puertas abiertas a propósito para entrar rápido.

Honey sintió un escalofrío cuando Brian se alejó de la carretera principal iluminada, tomando el solitario paseo que seguía a lo largo de las vías. Altos árboles, que crecían a ambos lados de la ruta, elevaban al cielo sus desnudos brazos, y los pájaros, asustados por el ruido del motor del coche, se desperdigaban.

—Ya estamos llegando —anunció Fay anhelante, mirando por encima del hombro de Brian—. ¡Aquí! ¡Tuerce aquí!

Obediente, Brian hizo girar el volante y entró por unas puertas de hierro, menores que las de la entrada principal, aunque también de impresionantes dimensiones.

Trixie sabía que el pantano de Martin quedaba por allí cerca, a sus espaldas. Sintió que Honey le tocaba el brazo.

—Escucha, Trix —pidió—. ¿Lo oyes?

Mientras Brian paraba junto a la puerta prevista como entrada de servicio, y quitaba la llave de contacto, Trixie oyó el ruido que había llamado la atención de Honey.

¡Ribbit, ribbit, ribbit!

—Son las ranas del pantano —contestó sonriendo.

—O niños encantados por el maleficio de la bruja —repuso Honey, temblando.

Brian y Fay ya habían salido del coche y corrían hacia la casa.

Trixie y Honey se disponían a seguirlos, cuando, de repente, Trixie quedó paralizada, mirando algo por encima del hombro de Honey.

Su amiga lanzó un grito de alarma, al ver la expresión del rostro de Trixie.

—¡Trixie! ¿Qué es? ¿Qué pasa? ¿Qué estás mirando?

Trixie observaba atónita la borrosa silueta de alguien, surgido como por encanto, en una esquina de la casa. Pareció vacilar un momento y después, mientras lo contemplaba Trixie, se desvaneció silenciosamente entre las sombras.

Trixie se quedó espantada. Podía oír el acelerado ritmo de su corazón.

—¡Oh, Honey —dijo finalmente—, no estoy segura…, pero creo que acabo de ver el fantasma de la bruja!

Advertencia a Trixie • 2

Honey se detuvo y volvió la cabeza rápidamente hacia las sombras.

—¿Fan… fantasma? —tartamudeó—. ¿Estás segura de que era el fantasma?

Trixie frunció el entrecejo.

—No —dijo lentamente—, no estoy segura en absoluto. Ha aparecido y desaparecido casi sin que me haya dado cuenta de nada —y contó a Honey lo que había visto, y ésta tuvo miedo.

—Sea lo que sea, no me gusta nada, Trix. ¿Crees que los demás nos echarán de menos si nos vamos a casa?

Trixie no podía echar en cara a su amiga que se sintiese nerviosa, porque ella no lo estaba menos, pero no podía dejar pasar la oportunidad de ver el interior de la misteriosa mansión, después de haber estado deseándolo durante tantos años.

Trixie necesitó todos sus poderes de persuasión para conseguir que Honey la siguiese. Sólo la convenció recordándole la misión de ayuda que las había traído.

Apenas traspasada la puerta trasera de la casa, Honey casi da media vuelta y vuelve a salir. Las dos muchachas se encontraron ante un pasillo largo, interminable, levemente iluminado. Sus paredes en penumbra resultaban siniestras, aterradoras. Trixie descubrió más tarde que todas las paredes de la casa estaban recubiertas de aquella misma madera oscura y sombría, interrumpida únicamente aquí y allí por alguna lúgubre pintura.

—No me gusta este lugar —susurró Honey temblando—. El que ha decorado el pasillo se ve que tenía gusto… pero malo.

Trixie sonrió mostrando su conformidad. Escucharon el murmullo de voces procedentes de una puerta abierta. Se distinguían los tonos profundos de Brian y los agudos de Fay… y otra voz que, como supuso correctamente, pertenecía a la madre de

Fay.

Trixie miró sólo un momento a la sombría cocina, estremeciéndose al ver la pintura de color verde oscuro, y fue rápidamente junto a su hermano.

Brian estaba inclinado sobre una mujer de mediana edad, que yacía en el suelo con gesto de dolor; apoyaba la cabeza en una almohada, que alguien —supuso Trixie— había cogido de una cama. Sus facciones, que en circunstancias normales tendrían parecido con las de su hija, estaban contraídas por el sufrimiento.

—Ahora quédese tranquila y no se preocupe —decía Brian—. El doctor y la ambulancia están al llegar —levantó la mirada—. Trixie, no sería mala idea que alguien fuese a esperarlos a la puerta principal.

—Iré yo —se ofreció Fay rápidamente—. Tendré que guiarlos hasta la puerta trasera. No pueden entrar por la otra: está cerrada y no tengo las llaves.

—¿Quién las tiene? —preguntó Trixie.

—El jardinero —vaciló Fay—, Zeke. No… no está aquí ahora… —se marchó del cuarto a toda prisa.

Brian presentó a Trixie y Honey a la señora Franklin, que se esforzó en hablar:

—Siento no estar en condiciones. Mira que ocurrirme esto…

Era extraño, pero Trixie creyó intuir cierta desconfianza en la voz de la señora Franklin. Era como si supiese algo que no quisiera revelar a nadie.

—Procure descansar —repetía Brian.

La señora Franklin intentó sonreír.

—Ya lo hago, ya, pero es que ha sido tan absurdo… Y además, cuando el señor Gregory está fuera… Porque no volverá hasta mañana por la tarde. Negocios, ¿sabes? —miró ansiosamente a Brian—. Supongo que me internarán en el hospital…

Brian asintió con la cabeza.

—Sí, y creo que lo mejor es que se vaya haciendo a la idea de que debe permanecer allí unos días, señora Franklin —dijo.

Entonces, Trixie comprendió una de las cosas que preocupaban a la accidentada mujer. Se agachó y dijo amablemente:

—Por favor, no se preocupe por Fay mientras esté usted fuera. Puede vivir con nosotros en Crabapple Farm todo el tiempo que

haga falta. Mamá estará encantada. En realidad, si ella estuviese aquí, habría sido la primera en sugerirlo.

—Naturalmente —se apresuró a confirmar Brian—. He sido tonto por no haberlo propuesto antes.

—También podría quedarse conmigo —añadió Honey—. En casa tenemos muchas habitaciones, y estará mejor que aquí… —se detuvo, arrepintiéndose repentinamente de lo que había dicho.

La señora Franklin sonrió.

—¡Oh!, no te preocupes —dijo—. Entiendo lo que quieres decir. Pero trabajar aquí no es tan malo como parece. A veces, cuando el sol brilla, esta vieja casa incluso parece alegre.

Trixie echó una mirada de soslayo a la tenebrosa cocina y recordó el pasillo oscuro. Se preguntó si el resto de la casa sería más acogedora; si no, resultaba impensable que aquella casa pudiese ser alegre.

La señora Franklin pareció adivinar los pensamientos de Trixie.

—Nosotras, Fay y yo, no llevamos aquí mucho tiempo, como sabéis —explicó—. Vivíamos en la ciudad de Nueva York hasta hace poco, pero yo necesitaba urgentemente un trabajo. Soy viuda, como sabéis, y no es fácil encontrar uno —hizo una pausa—. Entonces me enteré del anuncio del señor Gregory, buscando un ama de llaves, y no me lo pensé dos veces. El sueldo es bueno…, muy bueno.

Tiene que serlo —pensó Trixie—, *si el señor Gregory quiere tener gente que trabaje aquí. Me pregunto si la señora Franklin sabe la historia de este lugar*.

—Acaba de llegar alguien —dijo Brian, poniéndose de pie.

Era cierto. Trixie oyó el picaporte. Después sonaron pasos, cada vez más cerca.

—¡Buenas noches! —saludó una voz animosa—. ¿Qué ha sucedido? —era el doctor Ferris.

Después, los acontecimientos se precipitaron. Enseguida llegó la ambulancia. Los camilleros, con sus batas blancas, estaban, según le pareció a Trixie, un poco nerviosos. Bajo la supervisión del doctor Ferris, colocaron a la señora Franklin en la camilla, mientras Fay rondaba ansiosa tras ellos.

—Muy bien, muchachos; con cuidado —ordenaba el doctor, mientras, con la camilla, marchaban hacia la salida—. Vayan al hospital todo lo rápido que puedan. Allí nos veremos.

—¡Uf! —oyó Trixie a uno de los camilleros, cuando se iban—. Qué felicidad, largarse de aquí. No podía más. ¿Y tú, Harry?

Trixie no pudo escuchar la respuesta de Harry, porque el doctor Ferris estaba dando instrucciones a Fay.

—¡No, jovencita —le decía—, no hace falta que vengas! No harás nada allí esta noche. Es rotura de cadera, ya sabes, y lo primero que hay que hacer es operarla. Tienes mi palabra de que tu madre se pondrá bien. No sufrirá. Ya nos cuidaremos de que duerma a pierna suelta mientras nosotros hacemos nuestro trabajo. Estará profundamente dormida mientras la operamos. Lo que tienes que hacer ahora es tranquilizarte. Si hay novedades, ya te tendré al corriente. No te preocupes. ¿Vas a quedarte aquí?

Trixie dio un paso hacia el doctor.

—Fay vendrá con nosotros a Crabapple Farm —dijo—. Por lo menos, puede hacerlo si quiere. Honey también la ha invitado a pasar la noche en Manor House.

Fay sonrió tímidamente, pero negó con la cabeza.

—Muchas gracias a todos —contestó—, pero creo que lo mejor es que me quede aquí.

Honey se estremeció y miró alrededor.

—¿Quedarte aquí, Fay? ¿Cómo puede haber alguien capaz de quedarse en un sitio tan espantoso…? —se interrumpió, comprendiendo que había vuelto a meter la pata.

—Sé que al señor Gregory, el que ha contratado a mi madre, no le gustaría encontrarse la casa vacía —explicó Fay—, y ahora sólo quedo yo para cuidarla. Hay aquí gran cantidad de antigüedades, como podéis ver.

El doctor Ferris recogía su maletín.

—Bueno, os dejo que lo discutáis entre vosotras —comentó dirigiéndose hacia la puerta—. Mientras tanto, jovencita —dijo a Fay—, dejaré dicho en el hospital que puedes visitar a tu madre mañana por la mañana, pero no antes, ¿de acuerdo?

Agitó la mano en señal de despedida y se fue. Poco después oyeron el motor de su coche, que marchó tras la ambulancia.

—No te apures —animó Brian a Fay—. Tu madre se recuperará pronto. Conozco al doctor Ferris desde hace años; es muy bueno.

Fay se volvió desde la puerta.

—Os agradezco vuestra invitación —dijo—, pero prefiero

quedarme. Este trabajo supone mucho para mi madre y no… no queremos perderlo. Gracias, de verdad, pero pasaré la noche aquí.

Se hizo silencio. Trixie sabía perfectamente lo que haría… y lo que haría Honey. Ésta miraba no se sabe adónde, tan desasosegada como los camilleros.

Trixie tomó aliento.



—Honey y yo pensamos que no debes quedarte sola —dijo al fin —. Por eso nos agradaría acompañarte, si te parece bien.

Fay recibió la proposición con tales muestras de alegría que Trixie comprendió lo mucho que deseaba no pasar la noche sola: tanto como ellas, de estar en su pellejo.

—Entonces, decidido —dijo Trixie, mirando a Honey con el rabillo del ojo.

—Cómo no —confirmó Honey con un hilillo de voz—. Sé que mis padres lo aprobarán. Además, creen que voy a pasar la noche en casa de Trixie…

—Os lo agradezco de veras —Fay parecía contenta—. Entonces,

voy a preparar el dormitorio. Mi madre y yo solemos compartir un cuartito cerca de la cocina. Tiene dos camas amplias y un sofá muy cómodo. Éste servirá para una de nosotras.

Brian recogió la almohada del suelo y la puso, sin pensarlo, sobre un mueble de la cocina.

—¿Estáis seguras de que todo irá bien? —preguntó torciendo la mandíbula.

—Naturalmente —respondió Trixie con una seguridad que estaba lejos de sentir—. ¿Qué puede suceder?

Honey fue hacia la puerta.

—Voy a echar una mano a Fay —dijo nerviosa—. Si me quedo aquí, sin hacer nada, a lo mejor cambio de parecer y me voy a casa contigo, Brian… ¡Yupi! ¡Imagínate, voy a pasar la noche en una casa encantada, y porque me da la gana! ¡Debo estar loca!

Trixie no dijo nada hasta que Honey salió de la habitación. Entonces habló a Brian:

—Tendrás que explicar a papá y a mamá lo que ha pasado. Ah, y telefonea a Manor House para avisar, ¿vale?

—Vale —asintió su hermano, yendo hacia la puerta. Pero entonces vaciló—: Escucha, Trix, ¿de veras no os asusta pasar la noche en un sitio tan siniestro como éste? Muchos cuentos referentes a Lisgard House, si no la mayoría, son tradiciones locales, ya sabes.

—Sí —contestó Trixie despacio—, pero no sé qué hay en ellos de cierto.

—Algo hay —opinó Brian—, pero recuerda que los cuentos y las narraciones que se transmiten de boca a boca, de generación en generación, tienden a deformarse con el paso del tiempo. Ya has oído esta noche la versión de Mart, por ejemplo.

Trixie se estremeció.

—¿Y tú crees que vive aquí el fantasma de la bruja? —preguntó, recordando la confusa sombra que había visto al llegar.

Y le contó a Brian lo sucedido.

Éste se rió.

—Probablemente era el viejo Zeke Collins, Trix. Es el hombre del que hablaba la madre de Fay.

Trixie no quedó muy convencida.

—Pero si era Zeke, ¿por qué no vino a ayudar? Tuvo que darse

cuenta de que había ocurrido algo, sobre todo al ver el coche del doctor y la ambulancia.

Brian se encogió de hombros.

—Puede que sea uno de esos tipos que no quieren saber nada de nadie, que sólo viven para sí, Trix. Tal vez pensara que aquello no iba con él y se dio la vuelta tan fresco, para irse a su casa. Vive cerca de aquí. Me parece que tiene una cabaña.

Trixie no sabía si se sentía tranquilizada o alarmada, tras oír aquella explicación. Pero tampoco estaba segura de creerla. La figura que había visto podía ser la de Zeke Collins, de acuerdo. Pero ¿y si no lo fuese? ¿Sería el fantasma de la bruja? Y, lo que era más importante, ¿creía ella en fantasmas, después de todo? En ocasiones estaba convencida de que era imposible que una persona se apareciera a los vivos después de morir.

Por otra parte —pensaba—, *a veces ocurren cosas muy extrañas, que no tienen ninguna explicación lógica*.

Después de irse Brian, Trixie se quedó sola en la sombría cocina, escuchando el ruido del motor del cacharro hasta que se perdió en la distancia.

Quizá me he precipitado al decir que nos quedábamos esta noche con Fay —se reprochaba—. *Quizá deberíamos haber insistido más para que se hubiese venido a casa* —se lamentó—. *¡En fin!*

Miró al oscuro techo, como si algún espíritu allí encaramado pudiese oírla, y dijo:

—Escucha, señora bruja —levantó más la voz—, ¿estás aquí? Si vas a hacer alguna aparición esta noche, hazme un favor: espera a que me despierte, ¿quieres?

Siguió un silencio profundo, como si toda la casa estuviese pendiente de la respuesta.

Después alguien susurró: ¡Ten cuidado!

Explorando una casa encantada • 3

Trixie resopló.

—¿Qué? ¿Qué decías? —miró tras ella y vio que Honey entraba en la cocina.

—Todo a punto —anunció Honey, con gesto de satisfacción—. ¿Y sabes una cosa, Trixie? Le he contado a Fay lo del fantasma y opina que probablemente era el viejo Zeke Collins. Vive por los alrededores, y dice Fay que a veces pasea de noche. Ella creía que estaba en la ciudad, pero ya se ve que no. ¿No te alegra saberlo?

Trixie no atendía.

—Honey, ¿dijiste…, es decir, antes de lo que me acabas de contar…, dijiste algo?

Honey la miró sorprendida.

—Claro que sí. He dicho montones de cosas. Le dije a Fay que no había necesidad de que una de nosotras durmiera en el sofá. Fay se ofreció para ello, pero no parece muy cómodo. Entonces volví a invitarla a que viniese con nosotras a Sleepyside. Todavía no entiendo cómo puede vivir alguien en una casa como ésta… Pero eso no lo he dicho en voz alta, Trixie…

Trixie observó a su amiga mientras hablaba. Al principio pensó que Honey parecía más tranquila que al llegar al viejo caserón, pero enseguida comprendió que seguía nerviosa ante la perspectiva de pasar allí la noche. Al mismo tiempo, Honey se daba cuenta de que Fay necesitaba compañía, y por eso había decidido ocultar sus temores.

Trixie también estaba segura de que, quienquiera que fuese el que le advirtió que tuviese cuidado, no había sido Honey. ¿Lo oyó, en realidad? ¿Y si fue un delirio, una obsesión? Mart le había dicho muchas veces que tuviese cuidado con su imaginación calenturienta.

Decidió no contar nada a su amiga de aquella extraña advertencia; ni entonces, ni nunca.

Estaba hablando aún Honey cuando apareció Fay en la puerta.

—La habitación está lista, Trixie —anunció—. Ya podemos instalarnos. Muchísimas gracias por quedaros conmigo esta noche…

Trixie y Honey se pusieron a su lado y la tomaron de un brazo cada una.

—Nos sentimos muy orgullosas de poder ayudar a una vecina —dijo Trixie un poco avergonzada. Siempre se sentía azorada cuando alguien le daba las gracias.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Fay, mirando a una y otra—. ¿Queréis una cena fría antes de irnos a la cama? ¿O preferís un poco de chocolate caliente?

—Un chocolate caliente no vendría nada mal —opinó Honey—. ¿Qué te parece, Trix?

Pero el pensamiento de Trix volaba muy lejos de las delicias del chocolate caliente. Estaba recordando la voz que acababa de oír. Pensaba en la misteriosa figura que había visto fuera de la casa, se llamase Zeke Collins o no.

—Fay, ¿hay alguien en la casa, aparte de nosotras? —preguntó de repente.

Trixie percibió el respingo que dio Fay.

—¿Alguien más? ¿Por qué? No, no hay nadie.

Fay había contestado automáticamente, demasiado rápido, según Trixie; como si quisiera convencerse a sí misma tanto como a sus amigas.

—En ese caso —dijo Trixie, observando atentamente a Fay—, ¿podríamos…, esto…, querrías… quiero decir…, podríamos ver la casa? Siempre he tenido ganas de conocerla, y ésta me parece una oportunidad excelente.

Y si tengo que dormir aquí —pensó—, *quiero asegurarme de que todas las puertas y ventanas están bien cerradas*.

Durante un instante, pareció que Fay vacilaba. Luego dijo:

—Cómo no, Trixie. Os lo habría sugerido antes, pero en realidad hay poco que ver. El viejo señor Lisgard mantiene cerradas muchas habitaciones. La verdad es que de ese modo no hay que limpiar tan a menudo.

—O nunca —comentó Trixie, recordando lo que había oído

contar en Sleepyside. Caleb Lisgard siempre fue un roñoso. Decían que le dolía en el alma cada moneda que soltaba.

Fay sonrió y se dirigió a la parte frontal de la casa, encendiendo las luces a medida que iban avanzando.

Honey iba literalmente pegada a Trixie.

—No me gusta esto —murmuró—. ¿Qué había de malo en tomarnos el chocolate caliente y marcharnos luego a dormir? Suponte que nos encontramos con el fantasma del que hablaba Mart…

Trixie ya había pensado en aquella posibilidad, pero prefería olvidarla.

—Recuerda —susurró— que la familia Lisgard ha vivido aquí durante generaciones y no parece que los hayan molestado mucho los fantasmas.

—Deberías pensar algo, Trixie —repuso Honey—. Aquí no hay ningún Lisgard que nos pueda contar otra cosa: están muertos, ¿no?

Trixie tragó saliva y se apresuró a alcanzar a Fay. Llegaron a lo que aparentemente era la entrada principal de la casa. Trixie miró las enormes puertas y observó, para su tranquilidad, que estaban cerradas con gruesos cerrojos, arriba y abajo. Respiró satisfecha.

Entonces centró su atención en las oscuras paredes e hizo un gesto de desagrado al ver allí colgadas cabezas de animales disecados.

Daba la impresión de que Fay quería disculparse, como si tuviera la culpa de que algún Lisgard, antaño, hubiese sido aficionado a la caza.

—Muy desagradable, ¿verdad? —comentó con un hilo de voz—. A mamá y a mí nos encantaría que el señor Gregory las quitase. Me dan ganas de gritar de rabia cuando pienso que esas pobres criaturas murieron solamente para que alguien decorase las paredes de su casa…

Trixie asintió firmemente. Estaba a punto de decir algo al respecto, cuando observó a Honey contemplando una extraña pintura, de las pocas que adornaban las paredes. Enmarcado de un modo sencillo, el cuadro representaba a un payaso vestido de azul.

—¡Fay! —exclamó—, ¿no es un Picasso? Si no lo es, se le parece mucho.

—Sí —confirmó Fay, sonriendo—. Si lo miras de cerca podrás

ver la firma. Este cuadro es la única cosa que el señor Gregory trajo cuando vino aquí. Está muy orgulloso de él, porque dice que se lo compró a alguien que desconocía su valor. Ahora cuesta un montón —se estremeció—. Hay muchas cosas en esta casa que valen un montón de dinero. La mayor parte de los muebles llevan aquí tanto tiempo que se han convertido en piezas de museo. Pero la verdad es que esa pintura es lo único que me gusta de esta casa. Dentro de poco comprenderéis lo que quiero decir.

Trixie y Honey comprendieron enseguida el significado de las palabras de Fay. Su nueva amiga las condujo a las habitaciones de la planta baja, atestadas de muebles antiguos y pesados. Aunque Fay encendía todas las luces, nada era capaz de disipar la omnipresente tristeza de la vieja mansión.

Algunos muebles estaban cubiertos con sábanas polvorientas. Los que no, pensó Trixie, deberían estarlo. Comparó el aspecto de esta casa con el de la granja de los Belden, y no tuvo que pensar mucho cuál de los dos prefería.

Ya habían recorrido la mayoría de los cuartos de la planta baja, explorándolos a fondo. Honey parecía, si no completamente relajada, sí bastante menos nerviosa que al empezar el recorrido. Estaban en el centro del gran salón cuando dijo a Trixie en voz baja:

—Hemos estado otras veces en caserones antiguos, y éste no parece muy diferente de los demás. Ya sé que no te gustan los muebles —añadió mirando una enorme mesa camilla vacía, muy bien tallada, que había frente a la chimenea—, pero son muy valiosos, te lo digo en serio. Me pregunto si estarán asegurados.

Fay asintió con la cabeza.

—Sí, todo está asegurado —dijo—. En cuanto el viejo señor Lisgard se enteró de lo mucho que valían, puso los medios para que, si alguna vez sucedía algo, le pagasen un dineral.

—Los de la compañía de seguros, ¿no? —preguntó Trixie.

—Sí.

Fay se dio la vuelta para regresar al vestíbulo, pero Trixie la retuvo.

—¿No es eso otra habitación? —preguntó, señalando con la cabeza hacia una puerta casi oculta tras una librería.

Fay vaciló un instante.

—Oh, es el estudio del señor Lisgard —dijo por fin—. No… no

se ha usado desde que se murió. Podéis verlo, si queréis.

Ignorando el enigmático acento de la voz de Fay, Trixie se encaminó hacia la habitación y entró en ella.

Se dio cuenta inmediatamente de que allí había algo que la distinguía del resto de las dependencias. Era pequeña, y tan oscura y triste como las otras; también abundaban los muebles de estilo sin combinar entre ellos. Observó el escritorio, situado bajo la única ventana del cuarto, y comprendió que era allí donde trabajaba el viejo Caleb Lisgard.

Pero no era la triste penumbra ni los muebles lo que infundía a la habitación su carácter desangelado y lúgubre. Era algo indescriptible que flotaba en el ambiente: algo frío, desagradable y decididamente hostil.

Trixie se estremeció.

—No comprendo cómo algún Lisgard, ya sea hombre o mujer, ha podido trabajar en este cuarto —comentó. Volvió la cabeza y vio que sólo Honey había entrado en la habitación con ella. Fay seguía fuera, en el salón.

Entonces avanzó un poco hacia sus amigas, pero sin cruzar el umbral de la puerta.

—Seguramente pensaréis que soy tonta —dijo—, pero no quiero entrar en ese cuarto.

Entonces Trixie comprendió la razón.

—¿No era aquí donde estaba la bruja, Sara Sligo, cuando quemaron la casa?

Fay contuvo la respiración.

—Sí; por lo menos, eso he oído. La habitación primitiva, como es lógico, se quemó con la casa. Pero alguien, un rico comerciante, creo, la reconstruyó tal y como era antes del incendio. Y este cuarto es una imitación perfecta del antiguo.

—No me extraña que no te guste —la apoyó firmemente Honey —. Parece diseñado para atemorizar a cualquiera. De todos modos, el escritorio es muy bonito —lo tocó suavemente con la punta de los dedos.

Media hora después, las tres muchachas volvieron al dormitorio de Fay, una vez terminada la ronda. No hubo nuevas sorpresas ni otras habitaciones que infundiesen terror. Trixie tenía la sensación de haber visto suficientes muebles para el resto de su vida, y Honey

seguía repitiendo, sin que la oyese Fay, por supuesto, que no entendía cómo podía vivir alguien en aquella especie de mausoleo.

Y, lo más importante de todo, Trixie se había cerciorado de que todas las puertas y ventanas que daban al exterior estaban bien cerradas… Aunque seguía sin hallar la clave de la misteriosa voz que había escuchado.

Fay les sirvió el chocolate caliente que había prometido, y poco después Trixie se ponía un pijama prestado, lanzaba al aire una moneda, perdía y se sumergía bajo las gruesas y pesadas mantas que cubrían el sofá del dormitorio.

Observó cómo Honey se acomodaba en la que, suponía, era habitualmente la cama de la señora Franklin.

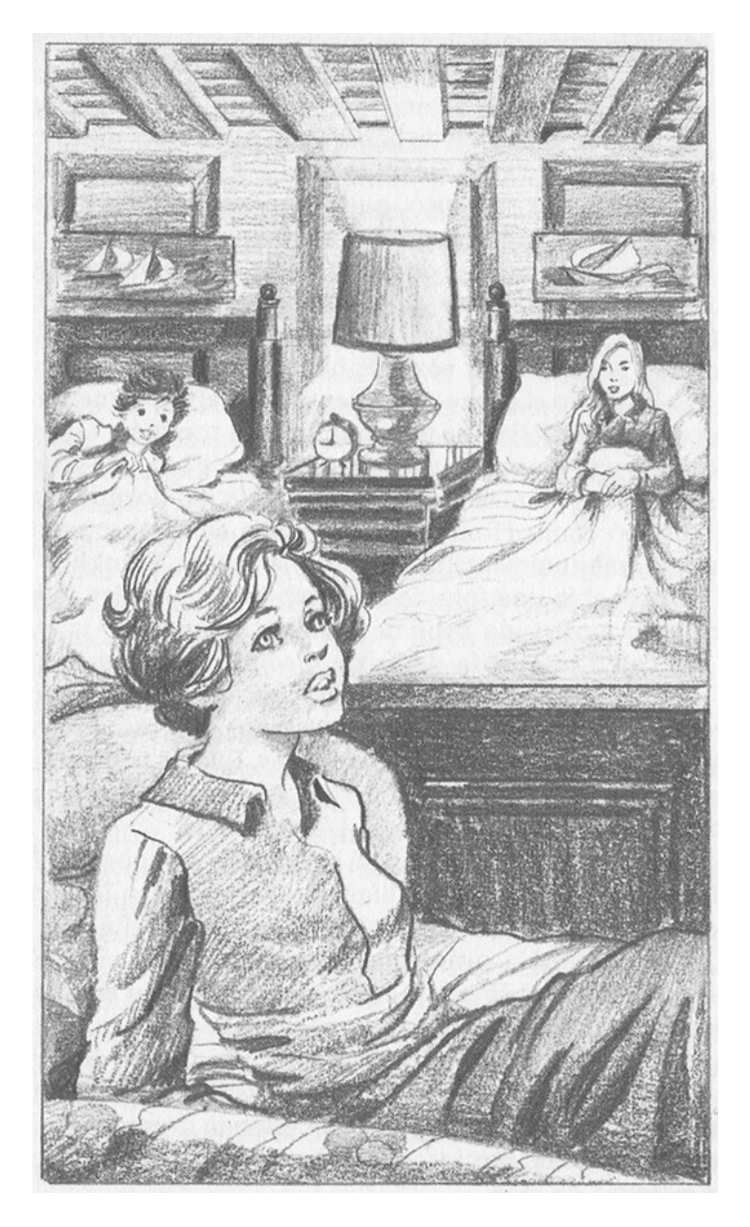
Detrás había una foto de un hombre y una mujer sujetando un mofletudo bebé de cabellos oscuros.

Fay captó la mirada de Trixie y sonrió tímidamente.

—Somos mis padres y yo. Papá murió siendo yo muy pequeña, muy poco después de hacernos esa foto. Mamá y yo hemos vivido solas desde entonces. Ella ha tenido que trabajar de firme para mantenerme. Ahora seguimos ahorrando para cuando vaya a la Universidad.

Trixie y Honey se miraron. Ahora ya sabían por qué la señora Franklin y su hija habían aceptado vivir en Lisgard House, a pesar de su reputación. Necesitaban dinero.

Trixie examinó a sus anchas la pequeña habitación. Se veía que la señora Franklin había puesto todo su empeño para conseguir que fuese lo más acogedora posible. Situada junto a la puerta de la cocina, la alcoba carecía de ventanas; la única puerta daba al oscuro pasillo que conducía a la puerta trasera. Pero sus paredes estaban decoradas con alegres posters de preciosos paisajes y fotografías de míticas estrellas de cine.



Trixie miró la puerta trasera y se preguntó si también estaría cerrada. *A ver si me acuerdo de comprobarlo cuando se duerman estas dos* —pensó.

Estaba Fay tumbada sobre la cama, a punto de taparse, cuando preguntó:

—Trixie, ¿cuál es la verdadera historia de la bruja Sara Sligo, o

como se llame? He oído tantas versiones desde que llegamos… Resulta difícil saber cuál es la auténtica.

—Oh, sí, Trix —intervino Honey, apoyándose sobre un codo—, cuéntanos qué ocurrió en realidad. Me gustaría oírlo otra vez.

Fay enarcó las cejas.

—Creía que esta noche era la primera vez que oías hablar de la bruja, Honey. Al menos, eso dijo Bobby.

Trixie se rió.

—Honey tiene un gran corazón —explicó—. Mart y Bobby se lo estaban pasando tan bien que no quiso desilusionarles diciéndoles que ya la conocía. Recuerda, Fay, que pasamos por aquí todos los días al ir al colegio. No tiene nada de extraño que hayamos oído hablar de ella.

Fay se metió entre las mantas, dobló la almohada tras la cabeza, se puso cómoda y dijo:

—Soy toda oídos.

—Y yo —añadió Honey, sonriendo a Trixie.

Trixie vaciló, arrugando el ceño. Reinaba en la casa un silencio sepulcral. En aquel instante la invadió una extraña sensación, la misma sensación que tuvo cuando escuchó la voz… Era como si algo, o alguien, contuviese el aliento, esperando sus palabras.

Y, entonces, tuvo un súbito presentimiento que no le gustó en absoluto: intuyó que, si hablaba de la bruja, iba a cometer una terrible equivocación.

La maldición de la bruja • 4

Trixie se mordió los labios y bajó la vista sobre sus manos.

—¿Por qué… por qué no lo dejamos por esta noche? —dijo—. Ya os lo contaré mañana. Además, no es mucho lo que hay que contar… —prosiguió mientras se tapaba con las mantas.

La voz de Honey la interrumpió:

—¡Pero Trixie! —exclamó asombrada—, ¿desde cuándo has dejado pasar la oportunidad de contar una historia ante una audiencia tan bien dispuesta como nosotras? —sonrió y agitó las manos con gesto de súplica.

—Sí, Trixie, cuéntanos, por favor —insistió Fay con extraña urgencia—. Además, no tengo sueño todavía. No puedo dejar de pensar qué tal le irá en el hospital a mi madre.

—¡Tranquila, Fay! —exclamó Honey con firmeza—. Ya sabes lo que dijo el doctor Ferris. Tu madre está bien atendida. De veras. Vamos, Trixie, ¡cuenta, por favor! Es necesario para que Fay olvide sus preocupaciones.

—Bueno, lo difícil es lanzarse… —contestó Trixie, no muy segura—. Había una vez una joven llamada Sara Sligo —empezó—, que vivía en esta casa, hace muchos años. Algunos pensaban que era una bruja, porque usaba un gorro negro muy curioso y una ondulante capa negra que le caía hasta los pies.

Fay la miró asombrada.

—¿Quieres decir que la gente pensaba que era una bruja simplemente por su indumentaria?

Trixie negó con la cabeza.

—No eran sólo sus vestidos. Había otras cosas. Al parecer, acostumbraba a dar largos paseos por los alrededores del pantano de Martin. Se dice que recogía flores y hierbas de lo más raras. Mi padre cree que tal vez las usase para hacer medicinas. Piensa que

sería una especie de curandera, y que de ese modo, con sus originales métodos, trataría a personas y animales enfermos.

—Entonces, ¿por qué no la querían? —preguntó Fay.

Trixie pensó en su padre, tan sensible. Si Peter Belden hubiese vivido en aquellos tiempos, seguro que habría encontrado algún medio de terminar con los rumores y evitar la tragedia de Lisgard House.

—Hubo un año —siguió Trixie lentamente— que resultó desastroso para las gentes de Sleepyside. Las cosechas se estropearon. El ganado enfermó y murió. Y también algunos niños de la localidad se pusieron malos, y varios murieron.

Fay preguntó llena de interés:

—¿Qué enfermedad era aquélla?

—Nadie lo sabe con seguridad —contestó Trixie—. Papá estima que pudo ser un brote de escarlatina. O tal vez difteria o tos ferina. Brian me ha contado que esas enfermedades eran muy graves en aquellos tiempos, porque no se conocían los remedios adecuados.

—¿Y por eso, cuando murieron los niños, le echaron la culpa a Sara Sligo? —preguntó Fay.

Trixie asintió con la cabeza.

—Eso es. Debía ser una persona muy obstinada. Seguramente no quiso escuchar a la gente sensata, los que le advertían de los rumores que circulaban por la aldea sobre su identidad.

—Ella siguió llevando esos trajes —continuó Trixie—, paseando por los alrededores del pantano, y recogiendo hierbas extrañas. Y un año, en la noche de Acción de Gracias —prosiguió en voz baja—, vino un grupo de gente enardecida y rodeó la casa.

Trixie se detuvo un momento a escuchar. Imaginó de forma muy viva la larga fila de antorchas iluminando las manos que las portaban y las caras contraídas, furiosas, de los aldeanos. Casi podía oír el griterío que se originó cuando llegaron frente a la puerta de la mansión de Lisgard.

—Echaron abajo la puerta e irrumpieron en la casa —continuó —. Sara estaba esperándolos en una habitación…, creo que en la que nos enseñaste, Fay.

—Sigue, Trix —susurró Honey—, aunque no me gusta nada lo que viene ahora.

—Sara Sligo intentó hacerles entrar en razón —dijo, queriendo

dar a su voz un tono intrascendente—, pero ellos estaban fuera de sí. Le echaron la culpa de todas sus desgracias y después la encerraron en aquella habitación. Luego cegaron la ventana con maderas, para que no pudiese escapar, y prendieron fuego a la casa… Y así murió Sara Sligo.

Fay fue la primera en hablar.

—¿Y el fantasma? —preguntó con voz quebrada—. ¿Qué es eso del fantasma?

Trixie se movió impaciente.

—No me preocupa, Fay —contestó—. Será una de esas historias que se inventan cuando la gente no tiene otra cosa que hacer.

Honey puso las manos sobre sus rodillas cruzadas y se dirigió a su nueva amiga.

—Tú nunca has visto aquí ningún fantasma, ¿verdad, Fay? —preguntó.

Pareció que Fay no había oído. Estaba como ensimismada. Pero de pronto levantó la cabeza y miró fijamente a Trixie.

—Ahora, háblame de la maldición —susurró.

Trixie ya se esperaba esa pregunta, y había decidido no contestarla.

—No sé nada de eso, Fay —dijo suavemente.

Honey abrió unos ojos como platos.

—¡Cómo, Trix! ¡Claro que lo sabes! Tú me has contado que, antes de morir, Sara Sligo aseguró que se vengaría. Profirió una maldición sobre esta casa y sobre todos los que la habitaran en el futuro… —de pronto se interrumpió, poniéndose una mano en la boca.

—Gracias, Honey —dijo Fay—. Sólo quería que alguien me lo confirmase.

—¿Qué sabes, Fay? —preguntó Trixie.

Fay se mordió los labios.

—Sé que trae mala suerte vivir en esta casa —respondió—. Sé que los primeros Lisgard que la habitaron se fueron a pasear por el pantano un día…, y nunca más se supo de ellos. Y que también sucedió algo extraño al fallecer el último propietario, el viejo Caleb Lisgard…

Honey se estremeció.

—No había oído nada de eso. ¿Qué pasó?

—No estoy segura —dijo Fay—, pero recientemente han corrido muchos rumores por la ciudad al respecto.

Trixie tomó nota mentalmente para preguntarle más tarde a Brian. Tal vez él supiese algo.

—Y aún hay más —continuó Fay—. A nosotras, a mamá y a mí, nos han ocurrido algunas desgracias últimamente. La semana pasada casi me caigo al bajar las escaleras. Y ahora, esta noche… —sus ojos se le llenaron de lágrimas—, mamá ha sido ingresada en el hospital con una fractura de cadera.

Trixie y Honey se levantaron y corrieron junto a Fay.

—No debes hacer caso de las habladurías que circulan sobre esta casa —dijo Trixie con firmeza.

—Y yo no debería haberte contado lo de la maldición —añadió Honey, también a punto de llorar. Apoyó un brazo sobre el de Fay —. Estoy segura de que lo de tu madre ha sido un simple accidente, nada más, y no tiene relación con esta casa, ni con ese cuento estúpido de la vieja maldición, ni con ninguna historieta de brujas, ni con nada que se le parezca.

—Honey tiene razón —corroboró Trixie—. Hay montones de leyendas que tratan de sucesos misteriosos en esta comarca. Hasta nosotras hemos participado en aventuras más o menos misteriosas. Por ejemplo, ¿quieres que te contemos la noche que nos topamos con un jinete sin cabeza en medio del bosque? —preguntó, haciendo una seña con las cejas a Honey.

—¡Oh, seguro que sientes curiosidad! —asintió ésta, comprendiendo que Trixie intentaba distraer a Fay—. O la vez que vimos un galeón fantasma cerca del escondite de un viejo pirata.

Fay las miraba perpleja.

—¿Un jinete sin cabeza? ¿Un galeón fantasma?

Honey asintió.

—¿Te gustaría oírlo?

Fay recogió las piernas, para dejar sitio a las dos amigas en su cama.

—Ya sé lo que pretendéis —dijo, riendo entre lágrimas—, y os estoy muy agradecida. Adelante, estoy dispuesta a escucharos.

—Y al terminar, recuérdame —dijo Honey satisfecha— que te cuente cómo una vez encontramos un niño abandonado, y otra ocasión en que buscamos un saltamontes fantasma.

Era ya muy tarde cuando Honey acabó la última de las narraciones. Fay bostezaba disimuladamente; a Trixie se le habían dormido las piernas, y el resto de su cuerpo parecía seguir por el mismo camino.

—¿Te cuento lo que pasó cuando Trixie vio un tiburón en el río Hudson? —preguntó Honey, deseando aún hacer cuanto estuviese en su mano por tranquilizar a Fay.

Pero respiró cuando ésta le aseguró que prefería que se lo contase a la mañana siguiente.

Y antes de que Trixie y Fay reaccionasen, Honey se fue a su cama, se cubrió con las mantas hasta la barbilla y apoyó la cabeza sobre la almohada.

—Estoy muy cansada —se disculpó, cerrando los ojos. Y al momento se quedó profundamente dormida.

—¿Está dormida? —preguntó Fay en voz baja.

—Puedo asegurarte que no oirás su voz hasta dentro de muchas horas —dijo Trixie mientras alisaba las mantas del sofá y se tumbaba sobre él.

—Buenas noches, Trixie, y muchas gracias —dijo Fay fatigosamente, mientras intentaba llegar con la mano al interruptor más próximo a la cama—. ¿De verdad estás cómoda? ¿Quieres que te cambie el sitio?

—No te preocupes —dijo Trixie—. Suelo dormir como un lirón en cualquier sitio; no creo que sea hoy una excepción. Estoy tan cansada…

Fay suspiró.

—Yo también quisiera dormirme. Ya sé que no puedo hacer nada por mi madre, pero me viene continuamente a la cabeza; no dejo de pensar qué tal estará. Y también…

Se calló.

Trixie gruñó y se incorporó sobre un codo.

—¿También… qué, Fay?

No hubo respuesta. Trixie escuchó el pausado y rítmico sonido de un respirar profundo. Y ahora no sólo procedía de la cama de Honey; también de la de Fay.

Trixie suspiró, encogió las piernas, ahuecó un poco la almohada y se dispuso a dormir.

Diez minutos después comprobó que el sofá era tan incómodo

como Fay suponía. Probara la postura que probara, siempre había alguna parte de su cuerpo que se quejaba.

Además, se sentía defraudada. Había algo misterioso en Fay. Le daba la impresión de que no confiaba en ellas, de que escondía un secreto que no quería compartir con nadie.

Pensó que era una lástima que hubiese oído hablar de la maldición de Lisgard House. Le había afectado.

Suspiró, se dio la vuelta, y por décima vez volvió a tirar de las mantas, que se empeñaban en caerse al suelo.

Obsesivamente, sus pensamientos volvían a la extraña figura que había vislumbrado en el jardín. También le venía a la cabeza la misteriosa voz que había oído cuando estaba sola en la cocina. ¿De qué o de quién sería?

Súbitamente, Trixie recordó algo que le hizo saltar. Se había olvidado de comprobar si la puerta trasera estaba bien cerrada.

Se levantó y anduvo a tientas por el pasillo, avanzando hacia la puerta.

Pensó que sus ojos se habían acostumbrado muy pronto a la oscuridad… Después observó que brillaba una luz muy tenue en la cocina. Sospechó que Fay se había olvidado de apagar una lucecita situada sobre el fogón. Trixie decidió apagarla, pero en ese momento oyó un ruido, apenas perceptible, a sus espaldas. Asustada, miró hacia atrás, y entonces vio algo que le dejó sin respiración.

Había una extraña figura, junto a la puerta trasera, de confusos contornos desvaídos, como si Trixie la contemplara a través de una lente deformada. Llevaba un gorro alto, acabado en punta, y una capa negra que caía casi hasta el suelo. Mientras Trixie la miraba, helada de espanto, levantó un brazo. La muchacha distinguió un largo y huesudo dedo apuntando hacia ella.



Entonces habló la espectral figura.

—¡Ten cuidado! —susurró—. ¡Ten cuidado!

Y después se desvaneció en la oscuridad.

Trixie se tambaleó un momento; luego gritó con todas sus fuerzas.

Noche de terror • 5

De vuelta a la habitación de Fay, sólo unos minutos después, Trixie luchaba por recobrar la serenidad mientras sus dos amigas contemplaban ansiosas su demudado rostro.

—No entiendo nada, Trix —decía Honey, mirando a su amiga, sentada en el borde de la cama de Fay—. Estaba profundamente dormida y de repente me dio la sensación de que se me caía la casa encima.

—Aún no nos has dicho por qué gritaste de ese modo —dijo Fay, sentada junto a Trixie—. ¿Qué sucedió? ¿Qué te asustó? ¿Fue algo que… —vaciló—, algo que oíste?

Trixie intentó tranquilizarse; todavía temblaba.

—No —dijo, insegura—. No… no fue lo que oí… o, al menos, no sólo eso… Fue lo que creo que vi —gimió y juntó las manos, para que no le temblaran. Las sentía agarrotadas como si las hubiese metido en un cubo de agua helada. Se humedeció los labios con la punta de la lengua—. Naturalmente, es imposible que haya visto lo que he visto. Eso que creí ver era algo que nadie en su sano juicio podría ver. Por lo tanto, no debo haberlo visto, ¿comprendéis?

—No —dijo Honey con franqueza—. No tengo ni la más remota idea de lo que estás diciendo —se sentó en el sofá en que había intentado dormir Trixie y cruzó las piernas—. Empieza por contar por qué te levantaste; vamos por partes.

Trixie echó una mirada llena de comprensión a Fay, que parecía tan aterrada y fuera de sí como ella misma.

—Fui a ver si estaba cerrada la puerta trasera —confesó Trixie.

Fay la miró sorprendida.

—¿Cómo? ¡Oh, gracias, Trixie! —le dijo—. Es un detalle, pero no necesitabas molestarte. Esa puerta se cierra sola, con un muelle. Mamá y yo no solemos echar el cerrojo, porque esa puerta sólo se

puede abrir con la llave. Si hubiese sabido que te preocupaba eso, te lo habría dicho. Como es lógico, siempre nos aseguramos de que las puertas y ventanas queden bien cerradas, por si las moscas… No nos gusta que entre nadie sin avisar.

Trixie se sintió ridícula. ¿Por qué no había pensado en una cosa tan de sentido común? ¿Por qué siempre se creía la única en tener ideas brillantes?

A ver si te convences, Trixie Belden —pensó—, *de que no eres tan perspicaz como te crees. La próxima vez que Mart te llame cabeza de chorlito, no le contradigas. ¡Puede que tenga razón!*

Se levantó y empezó a pasear por el pequeño espacio que había entre las dos camas.

—Sí; me pasé de lista —reconoció—. De todos modos, cuando llegué a la altura de la cocina, me di cuenta de que nos habíamos dejado allí una luz encendida. Me imagino que fue cuando hicimos el chocolate. Iba a apagarla, cuando…

Se detuvo de repente, al observar a Fay. Estaba palidísima. Y sus ojos, color castaño, la contemplaban con angustia.

Ya se disponía Trixie a relatar la parte más peliaguda del suceso, cuando observó que, inconscientemente, Fay estaba retorciéndose las manos. Parecía incapaz de controlarse. ¡Parecía al borde de un ataque!

Trixie había leído muchas veces que a algunos tipos, en las novelas, les sucedía algo parecido, pero no recordaba haberlo visto nunca en la realidad.

Las manos de Fay se entrelazaban nerviosamente; sus dedos se retorcían unos contra otros; después se liberaban momentáneamente y cada mano lavaba a la otra; luego, de forma maquinal, los incontrolables miembros volvíanse a juntar en actitud orante; así una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez…

Trixie reflexionó sobre los acontecimientos de aquella noche. Recordó la llamativa insistencia de Fay para que se notase su enorme preocupación por el accidente de su madre. Volvió a reaccionar del mismo modo cuando entraron en el despacho situado junto al salón, donde tuvo lugar la desagradable escena de la tragedia acaecida hacía tantos años. Y no se le pasó por alto el enorme interés, tan desproporcionado, que mostró ante la historia de Sara Sligo.

—¿Y qué? —insistió Fay—. Estabas a punto de entrar en la cocina para apagar la luz, cuando viste… ¿qué?

—Un ratón —contestó Trixie, cruzando los dedos detrás de la espalda. No le importaba en absoluto soltar aquella mentirijilla, si con eso conseguía serenar a su desquiciada amiga.

Honey la miró con asombro.

—¿Qué… que viste un ratón? ¿Y por un ratón has armado este escándalo? —componiendo un gesto airado, señaló las camas.

Trixie giró la cabeza para mirarla de frente.

—Me… me asusté —se disculpó humildemente.

Fay suspiró y pareció relajarse como por arte de magia.

—Entonces, ¿eso fue todo? La verdad es que…, sí, pudo ser un ratón de campo, Trixie —dijo la anfitriona—. A veces aparece alguno. Mamá y yo los echamos en cuanto los vemos.

Trixie sacudió vigorosamente la cabeza.

—¡Sí, sí! Seguro que fue un ratón de campo… Era blanco y marrón, y tenía una nariz pequeñita y rosada.

Honey estaba muy lejos de quedar satisfecha.

—No lo entiendo —comentó perpleja—. Jamás en tu vida te has preocupado por un ratón más o menos, Trixie Belden. Incluso una vez me dijiste que te parecían adorables.

—Y lo son —replicó Trixie con firmeza—, pero no si se te aparecen por la espalda a estas horas de la noche…, mejor dicho, de la madrugada. ¡Mira qué hora es! A este paso no vamos a dormir nada; no falta mucho para que amanezca.

Mientras hablaba, empujó cariñosamente a Honey hacia la cama. Fay también se metió bajo las mantas. Unos momentos después, Trixie se colocó en una postura que, sin estar muy relajada, le permitiría dormir; al menos, eso esperaba.

Pero cuando Fay volvió a apagar la luz, Trixie se dio cuenta de que su cerebro seguía tan revolucionado como antes. Intentó recordar minuciosamente la escena que había protagonizado en el pasillo… Llegó a la conclusión de que la aparición fue auténtica. ¿Sería el fantasma de la bruja? ¿Se le había aparecido Sara Sligo para advertirle de alguna tragedia, aunque no tuviese relación directa con ella? Y en ese caso, ¿de qué se trataba? ¿Y cuándo sucedería?

Por otra parte, no podía desechar la hipótesis de que alguien se

estuviese burlando de ella. Ahora bien, ¿cómo había conseguido entrar? Cuanto más pensaba Trixie en ello, más segura estaba de que la figura del pasillo no se parecía ni poco ni mucho a la que había visto fuera, al llegar. Ésta era humana, sólida; en cambio, la del pasillo…

De pronto dio un respingo y se incorporó sobre la cama. Por fin recordó aquel importantísimo detalle… La figura del pasillo era transparente.

¡Se veía a través de ella!

Trixie habría jurado que no pegó ojo en toda la noche. Estaba segura de haber permanecido despierta todo el rato, también después de recordar que la misteriosa figura era transparente.

En todo caso, alguien la sacudía. Trixie se tapó la cabeza con las mantas e intentó protegerse un poco más con la almohada.

—¡Vete de ahí! —gruñó—. En cuanto se duerma Fay iré a despertar a Honey y después cazaremos al fantasma…

—¿Qué fantasma? —oyó que le decía Honey al oído—. ¡Por favor, despierta, Trixie! ¡Escucha!

Al principio, Trixie no escuchaba nada más que los desbocados latidos de su corazón. Después, como desde otro mundo, fue captando el ruido de unos pasos, y el de voces estridentes, cada vez más fuertes.

Trixie esperaba, con los nervios de punta. Sus ojos se abrieron y observó la pálida cara de Honey resaltando entre las sombras.

Trixie jadeó y se levantó de un salto. Casi al mismo tiempo, Fay encendió la luz y corrió, con el rostro contraído, hacia ellas.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó aterrorizada.

Como respuesta, se oyeron unos golpes en la puerta principal de la casa.

—¡Abra! —rugió la ronca voz de un hombre—. ¡Sabemos que está ahí! ¡Abra!

Trixie se mantuvo alerta, con los músculos en tensión. Miraba la puerta del cuarto como si quisiera taladrarla y ver a continuación qué había al otro lado.

Los golpes no cesaban. Entonces, a aquella voz se unieron otras. Todas sonaban rabiosas, llenas de odio.

Luego se oyeron multitud de pasos pisando la grava del jardín, y en el porche. Trixie aguzó el oído y escuchó un zumbido bajo y

persistente, como producido por un enjambre de abejas furiosas.

—No puedo creerlo —dijo, dirigiéndose a sus amigas con los ojos fuera de las órbitas—, pero parece como si estuviésemos asistiendo a la muerte de Sara Sligo…

Fay y Honey quedaron sin habla, mudas de horror, y se colocaron detrás de ella, como buscando protección.

Un instante después se oyó un crujido, como si estuviesen derribando la puerta a hachazos. Luego escucharon saltar los goznes, como si fueran de mantequilla. El alboroto de las voces crecía… y se aproximaba.

—¡Sal, bruja!

—¡Buscadla!

—¡Matadla, matadla!

Después se hizo silencio.

Las tres muchachas se aproximaron a la puerta del dormitorio. Finalmente, Honey, con voz temblorosa, preguntó:

—¿Se ha… se ha terminado ya?

—Oh, por favor, por favor, ¡basta! —suplicó Fay. Cerró los ojos. Permaneció arrodillada sobre la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho. Se movía acompasadamente hacia delante y hacia atrás.

—¡Para, Fay! —gritó Trixie con autoridad—. ¡Vamos! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tengo la impresión de que esto… esto…, lo que sea…, no se ha terminado! Si nos vamos ahora mismo, escaparemos antes de que empiece otra vez esta increíble pesadilla.

Giró el picaporte, pero ya era demasiado tarde.

En el pasillo había alguien que se dirigía lentamente hacia la habitación…, y ¡estaba llorando!

—¡Vamos! —gritó Trixie sujetando la puerta.

—¡Estamos preparadas, Trix! —musitó Honey tras ella.

Fay sollozaba, aferrada a un brazo de Trixie.

—¡Abre! —gritó—. ¿A qué esperas? ¡Vámonos de este infierno!

Trixie se volvió hacia ellas; estaba lívida.

—No podemos salir —repuso—. ¡Estamos encerradas!

Los minutos siguientes constituyeron una lenta, casi eterna, sucesión de momentos a cuál más terrorífico para las muchachas. Los pasos sonaban cada vez más cerca. Aquel llanto crecía en intensidad y patetismo, cada vez más parecido al gemido de un

agonizante.

Entonces escucharon una voz; les suplicaba que abriesen la puerta.

—¡Déjenme entrar! —insistía la voz—. ¡Por Dios, hagan algo! ¡Ayúdenme! ¡Ayúdenme!

Después, Trixie oyó el escalofriante sonido de unas uñas que arañaban la madera de la puerta desesperadamente y, a continuación, los golpes secos de alguien que la aporreaba con todas sus fuerzas una vez y otra y otra…

Trixie, horrorizada, gritó:

—¡No podemos abrir! ¡Estamos encerradas!

—¡Márchese! —rogó Fay chillando.

—¡Déjenos! —suplicó Honey.

Durante un momento se hizo silencio. Después, alguien rió fríamente.

—Entonces, abre bien los oídos y escucha —musitó una voz—. Piensas quemarme… Tal vez lo consigas. Pero mi maldición caerá sobre tu cabeza, sí; incluso sobre la de tus hijos y los hijos de tus hijos. Nunca te arrepentirás suficiente de lo que vas a hacer esta noche. ¡Quémame!, ¿lo oyes? ¡Quémame si quieres! Pero después, ¡ten mucho cuidado!

Cesó la voz. Las tres amigas permanecieron inmóviles, petrificadas de terror.

—¡Oh, Trix! —gritaba Honey agarrando a su amiga con ambas manos—, ¿qué significa esto? ¿Qué hemos de temer? ¿De qué debemos cuidarnos?

La cara de Trixie reflejaba una enorme preocupación. Tenía la mirada perdida en ningún sitio. Seguía de pie. De pronto dijo:

—¡Eso! —su voz temblaba—. ¡Eso es lo que teníamos que temer!

Entonces, increíblemente, una voluta de humo ascendió hacia ellas; había entrado por debajo de la puerta.

—¡La casa está ardiendo! —gritó Fay.

Desamparadas, ella y Honey miraban a Trixie, que intentaba, sin éxito, desesperadamente, forzar el picaporte.

—¡No podemos salir! —exclamó Trixie.

El humo, al hacerse más espeso, les picaba en los ojos y dificultaba su respiración. Miraron inquietas a su alrededor. Desgraciadamente para ellas, aquel cuarto no tenía ventanas, y las

paredes tampoco ofrecían salida alguna. La habitación se había convertido en una cárcel. No tenían ninguna posibilidad de escapar.

Trixie se volvió a sus amigas.

—¡No podemos hacer nada! —dijo con un hilo de voz—. ¡Estamos encerradas! Y, lo mismo que a Sara Sligo, ¡nos van a quemar vivas!

El misterioso criado • 6

En busca del aire que empezaba a faltarles, Trixie y sus amigas se amontonaron en la cama de Fay, horrorizadas, abrazándose unas a otras, obsesionadas por la falta de oxígeno, mientras el humo las iba envolviendo.

Repentinamente, al otro lado de la puerta se oyó un grito; después, nada.

Aún estremecida por aquel grito desgarrador, Trixie aguzó sus oídos. Esperaba escuchar el rugido de la turba arracimada ante la puerta. Tampoco le habría sorprendido escuchar unos pasos, cada vez más débiles, alejarse por el pasillo.

Pero no oyó nada en absoluto.

Intrigada, dirigió la vista hacia la puerta, donde esperaba ver surgir de un momento a otro las rojizas lenguas de fuego lamiendo la madera, como sin duda ocurrió cuando quemaron a la bruja Sara Sligo.

Pero tampoco vio nada.

Incluso el humo había dejado de entrar. Entonces, empezó a disiparse la humareda, lentamente primero, más deprisa después. Parecía como si alguien hubiese abierto una puerta para que entrara aire fresco.

Trixie reaccionó y sacudió a Honey y a Fay, que seguían temblando, sin darse cuenta de nada.

—Esto es tan extraño como lo demás —dijo despacio—, pero creo que estamos salvadas.

—No quieras darnos ánimos, Trix —contestó Honey.

Fay seguía con los ojos cerrados, respirando hondo.

—No sabes lo que dices, Trixie —musitó—. El humo te ha afectado a la cabeza. ¿Cómo vamos a estar salvadas, si dentro de poco moriremos abrasadas?

—Mira y convéncete tú misma —repuso Trixie, a la vez que se separaba de sus amigas. Saltó de la cama y se quedó de pie mirándolas. Ya no había duda. Aún quedaba niebla y olía a quemado, pero mucho menos que antes. Y la casa estaba tranquila y silenciosa, como vacía.

Trixie se dirigió a la puerta y extendió hacia ella una mano temblorosa. El picaporte giró con facilidad.

Vaciló, antes de abrir, temerosa de mirar al pasillo. ¿Qué terrible escena contemplarían sus ojos? ¿Vería la espectral figura de gorro negro y capa transparente? ¿Estaría el fantasma calcinado, y, por tanto, irreconocible?

Tembló Trixie ante semejante ocurrencia y retiró la mano de la puerta.

Honey estaba observándola.

—¿Qué pasa, Trix? —preguntó asustada—. ¿Sigue cerrada? ¿Tenemos que quedarnos aquí toda la vida?

Trixie sintió que tenía la boca seca. La garganta le dolía al hablar:

—Estaba pensando…, es decir…, ¿qué creéis que vamos a encontrar al abrirla…? No, ya no está cerrada…

—Entonces, ábrela —suplicó Fay.

Despacio, cautelosamente, la mano de Trixie volvió al picaporte. En ese momento creyó oír el suave chasquido de una cerradura al girar.

Salió al pasillo y sólo vio los difuminados contornos de las paredes. Haciendo acopio de todo su valor, traspasó el umbral y miró afuera. Hubiese jurado que era esa cerradura la que había oído un instante antes.

Tenía miedo de mirar hacia la puerta principal. ¿Hasta dónde habría llegado el fuego? ¿Seguiría encendido aún por la parte de atrás? Y si era así, ¿cómo no se notaba el asfixiante calor? ¿Por qué tampoco estaba caliente el picaporte? ¿Cómo hacía tanto frío en el pasillo?

Y sobre todo, ¿dónde encontraría el cuerpo?

Al final decidió volverse y mirar. Miró. Luego se frotó los ojos y volvió a mirar.

No había nada.

No había fuego alguno que obstruyese el paso entre ellas y la

puerta de la calle. Ningún cuerpo yacía inerte como un guiñapo en el suelo.

Fuera del dormitorio de Fay sólo era perceptible una ligerísima capa de humo; tal era el único vestigio de lo sucedido aquella noche.

—¡Salid enseguida! —dijo Trixie a sus dos amigas, urgiéndolas a seguirla.

Momentos después, se detuvieron en el vestíbulo con gesto incrédulo. Los postigos de la entrada seguían echados, sin señales de haber sido forzados. Ni huellas de hachazos, ni goznes retorcidos, ni ninguno de los destrozos producidos por la furiosa muchedumbre de asaltantes.

Ante la desconfianza de sus amigas, Trixie resolvió inspeccionar los cuartos de la planta baja y los de la primera, en busca de algún resto del incendio. Pero no encontraron nada.



—¡No lo entiendo! —decía diez minutos después a Honey—. Es como si no hubiese ocurrido nada, absolutamente nada. Píncheme, para asegurarme de que no estoy soñando.

—No hace falta —respondió su amiga—. Escucha: todo eso ha sucedido, lo hemos oído las tres.

—Pero ¿dónde están las pruebas? —preguntó Trixie, intentando

razonar fríamente.

—Aquí tenéis una prueba —se oyó a sus espaldas la voz de Fay.

Se volvieron y la vieron de pie, pálida, delante de la enorme puerta de entrada, con los puños nerviosamente cerrados, fijos sobre las caderas.

Trixie arrugó el entrecejo.

—Bueno, no veo nada…, sólo a ti.

Fay tragó saliva.

—Ya lo sé. Eso es exactamente lo que tenías que ver: Yo soy la prueba. Podéis pensar de mí lo que queráis, tendréis razón… En fin, todo ha sido por mi culpa. No… no estaba segura antes, pero ahora sí que lo estoy.

Trixie la miró.

—No entiendo nada. ¿De qué estás segura? ¿Qué es lo que sabes?

—Estoy posesa —confesó Fay brutalmente.

—¿Posesa por qué? —preguntó Honey, tan aturdida como Trixie.

—Me pasa desde hace tiempo —prosiguió Fay, sin contestar a la pregunta de Honey, como si no la hubiese oído—. No se lo he contado a nadie…; no, a nadie. Al principio creí que eran imaginaciones. Oía cosas…, cosas que nadie más parecía oír.

Al llegar a este punto su voz se había convertido en un puro grito, y todo su cuerpo temblaba, dominado por los sollozos.

—Calma, Fay —dijo Trixie, acudiendo solícita a su lado—. Tranquila, te protegeremos, ¿verdad, Honey?

—Naturalmente… —empezó a decir ésta—. Escucha Trix, de una cosa estoy segura. Estoy harta de esta casa, tan harta como si hubiese vivido en ella toda una eternidad. Ya sé que es muy tarde, pero vamos a llamar a Brian. Podría venir a recogernos…

Trixie hizo una mueca.

—Imposible, el teléfono no funciona, ¿no lo recuerdas? Me pregunto qué le habrá pasado.

Fay intentó disipar sus temores.

—Nada misterioso, si es eso lo que estás pensando —dijo—. La tormenta de anoche lo estropeó; eso es todo. Y no vendrán a repararlo hasta mañana. ¡Trixie, Honey! ¿Qué vamos a hacer?

Trixie no vaciló.

—Vamos andando a casa. Y de ahora en adelante, Fay, con valiosas antigüedades o sin ellas, te quedarás en Crabapple Farm hasta que tu madre salga del hospital —dijo con decisión—. Y respecto a lo que acabas de decirnos…, lo de la posesión, quiero decir…

—Ya nos lo contarás más tarde —completó Honey.

—Te aseguro que vamos a ayudarte, Fay —dijo Trixie, sin saber a ciencia cierta si Honey y ella podrían conseguirlo. El problema de Fay parecía superarlas con creces; se le antojaba demasiado serio.

Al principio creyó que Fay iba a rehusar moverse de allí. Era como si, una vez desvelado el principio de su asombroso secreto, no fuese a quedarse tranquila hasta terminar de contarlo.

Pero, ayudada por Honey, Trixie llevó a Fay al dormitorio donde habían pasado aquellos momentos tan horribles. Esta vez se aseguraron de que la puerta permanecía abierta mientras se vestían.

Trixie y Fay, a voleo, metieron alguna ropa de ésta en una bolsa. Después, se pusieron en marcha y salieron de la casa.

Trixie no respiró a gusto hasta que rebasaron los límites de la vieja mansión.

—¡Muchachas! ¿Qué hacéis por aquí a estas horas de la madrugada? —preguntó de pronto una ronca voz de hombre, a sus espaldas.

Asustada, Fay ahogó un grito, Honey dio un respingo y Trixie se volvió bruscamente. Se encontró con una espigada figura surgida de entre las sombras.

Tenía unos ojos color ceniza, las cejas pobladas y negras, y un rostro surcado por pequeñas arrugas, enmarcado por una maraña de pelo gris, muy lacio, que ocultaba sus orejas.

Trixie tragó saliva al observar cómo iba vestido. El mono de pintor, que alguna vez debió de ser blanco, aparecía absolutamente manchado de salpicaduras de… ¿acaso de sangre?

Instintivamente, Trixie se alejó de él, aunque sospechaba que era Zeke Collins, el criado de Lisgard House, que residía en Sleepyside desde que ella era capaz de recordar.

Observando aquellas manchas oscuras, se preguntaba si habría atrapado alguna criatura pequeña e indefensa del pantano y la habría matado. Se estremeció.

—Íbamos a mi casa —acertó a decir—. Nos habíamos quedado a

pasar la noche aquí…

—Pero ha ocurrido algo —añadió Fay.

—Ha sido la bruja, ¿verdad? —dijo Zeke.

—¿Cómo lo sabe? —saltó Honey.

Zeke Collins se mesó la barba.

—Pocas cosas suceden por estos alrededores sin que yo me entere —musitó—. ¿Qué ha sucedido esta vez? ¿Se ha aparecido Sara? —las miró una a una—. Os diré lo que pienso: alguien la ha obligado a salir de su tumba. No me gusta esto, os lo aseguro; no me gusta nada…

Fay estaba a punto de desvanecerse.

—Vamos a casa —dijo Trixie con firmeza—. Vamos, Fay. Buenas noches, señor Collins.

Pero Zeke Collins siguió hablando.

—Es casi como en los viejos tiempos —continuó—. En todo esto hay algo de magia negra, y eso es mala cosa.

Trixie atravesó el portón y arrastró consigo a sus amigas.

—¡Buenas noches! —repitió, por encima del hombro. Comprobó que el viejo quedaba atrás.

—¡Acordaos de lo que os digo! —gritó de pronto—. Sea quien sea el que haya desafiado la maldición —y hay una maldición—, lo pagará. En esta casa habita un espíritu maligno; su nombre es Sara Sligo. ¿Me oís?

Para entonces, Trixie y sus amigas habían llegado ya a Glen Road y apresuraban el paso. Parte de los sucesos de aquella noche se les antojaron como una pesadilla, un mal sueño del que ya habían despertado.

Las luces de la calle alargaban sus sombras por delante, haciéndolas parecer gigantes que recorrían la carretera como espectros surgidos de la nada. Los gigantes reducían su tamaño al acercarse a las farolas, para volver a crecer a continuación.

Trixie escuchaba los mil y un ruidos de la noche. A lo lejos, más tenues a medida que se iban alejando, las ranas del pantano croaban quejumbrosas.

Trixie oía a Honey y Fay. Hablaban bajito, y no podía entender lo que decían. Su mente, además, estaba muy ocupada intentando recordar todos los detalles de los acontecimientos de aquella noche. También recordaba la confesión de Fay, es decir, lo poco que había

contado cuando reinó la paz por fin.

¿Qué habría querido decir al afirmar que estaba posesa? ¿Era posible que Sara Sligo se hubiese apoderado de alguna manera de Fay y estuviese intentando revivir en ella?

Trixie ignoraba la respuesta a esas preguntas.

—Esperaré hasta mañana —se dijo— y entonces intentaré aclararme.

Pero al mismo tiempo no podía por menos que estremecerse al preguntarse hasta dónde les llevaría, esta vez, la verdad desnuda.

Negra sospecha • 7

En crabapple farm pudieron dormir las tres chicas lo poco que quedaba de noche.

—Si de veras quieres saber lo que pienso de todas esas aventuras enloquecedoras y absurdas de la pasada madrugada —decía Mart por tercera vez—, creo que con un poco de cogitación por tu parte, si es que aún eres capaz de ello, Trix, llegarás a la misma clara y distinta conclusión que yo he encontrado —tomó un poco de aliento—: dicho de otra manera, hermana mía, estabas soñando.

Trixie lo miró con malos ojos desde el otro lado de la mesa donde desayunaban.

—No estábamos soñando, mi querido gemelo; puedes preguntarle a Honey.

Mart enrojeció, como le ocurría siempre que Trixie le recordaba que sólo era once meses mayor que ella y que se parecían mucho.

Cogió el último pedazo de bollo de grosella y se lo metió en la boca.

—«Mefabece cabraré coeya» —dijo.

—Si no hablases con la boca llena, tal vez podría saber qué es lo que estás diciendo —observó Trixie.

Mart terminó de masticar, tragó, engulló el resto de la leche y se retrepó sobre la silla.

—¡Ah!, así se está mejor —dijo, acariciándose el estómago. Echó una mirada a Trixie—. Decía que, efectivamente, hablaré con Honey. Pero ahora no puedo, porque se ha ido con Fay a Manor House, para enseñarle los alrededores. Por eso, hasta que reciba una confirmación definitiva de tu espeluznante historia, mi opinión es la ya expuesta y no veo motivos para variarla por el momento —miró a Brian, al otro lado de la mesa—. ¿Qué te parece a ti?

Brian había estado escuchando en silencio.

—Tienes que admitir, Trix —dijo—, que todo eso suena un poco raro. Nos despiertas a Mart y a mí a altas horas de la noche para que os abramos y prometes contarnos todo esta mañana…

—Es lo que he hecho —repuso Trixie.

—… pero no tiene ni pies ni cabeza —continuó Brian—. Mart y yo estuvimos comentándolo cuando os fuisteis a la cama —la miró con curiosidad—. Y, a propósito, ¿cómo os las arreglasteis para dormir las tres en dos camas?

—Bastante bien —aseguró Trixie.

Aunque los Belden tenían en el piso bajo una habitación para invitados, a Trixie ni siquiera se le pasó por la imaginación pedir a Honey o a Fay que se quedaran en ella, al llegar a Crabapple Farm aquella noche. Tras su terrible experiencia en Lisgard House, era como si las tres hubiesen llegado a un acuerdo tácito de permanecer unidas para tranquilizarse mutuamente.

Trixie había pensado que tal vez Fay quisiera hablar un rato. Pero no fue así. Su cara, aún pálida y asustada, tenía un aspecto demacrado, como si hubiera sufrido más de lo que podía resistir.

Por eso, evitando cuidadosamente el tema que ocupaba casi por completo sus mentes, Trixie y Honey insistieron en que lo mejor sería descansar. Aunque Fay había asegurado que no podría cerrar los ojos durante el resto de la noche, lo cierto es que cinco minutos después ya estaba profundamente dormida, lo mismo que las otras dos.

De todos modos, a la pálida luz de aquella mañana de sábado, los acontecimientos de la noche anterior parecían menos terroríficos. Ahora que Trixie había tenido la oportunidad de desahogarse hablando de ello, estaba segura de que debía existir alguna explicación lógica.

—¿Sabéis lo que creo? —dijo de repente—. Que alguien está intentando que Fay tenga una crisis nerviosa.

Brian se movió inquieto en su silla.

—Vamos, vamos —dijo—. No tienes ninguna razón para sospechar eso. ¿De dónde has sacado esa idea?

—Poneos en nuestro lugar —explicó Trixie a sus hermanos—. Cuando llegamos anoche a la casa, creí ver a alguien merodeando por fuera. Eso, para empezar.

Brian asintió.

—Sí. Era Zeke Collins.

—Puede que sí, y puede que no —replicó Trixie—; pero después está la otra aparición o el otro fenómeno, o como queráis llamarlo: oí que alguien me advertía. Y luego… y luego…

—Aseguras que viste un fantasma —dijo Mart.

Trixie asintió con la cabeza.

—Es cierto, aunque parezca increíble.

—¡Pues vaya! —interrumpió Mart desde el otro lado de la mesa —. ¿Y no has pensado que pudieron ser Honey o Fay, para asustarte?

Trixie se puso colorada.

—Eso es una estupidez —le atajó—. Estaban dormidas. De todos modos, ninguna de ellas podría hacer tal cosa.

Brian gruñó.

—Creo que tienes razón, Trix —reconoció—, por lo menos en cuanto a Honey se refiere; pero ¿y Fay?

—¿Fay? —repitió Trixie, mirándolo aturdida.

Su hermano mayor jugaba distraídamente con el tenedor, trazando rayas con el mango sobre el mantel.

—Ninguno de nosotros conoce demasiado a Fay —añadió él lentamente—. Me preguntaba si no podría estar detrás de todo lo ocurrido; de todo eso que dices haber visto y oído.

Trixie se sintió azorada.

—Pero ¿por qué?

Brian se encogió de hombros.

—Eso es lo que no me cuadra. No hay motivo… Habéis oído cómo llegaba gente a la casa, según dices. Gente exaltada y gritando. Después dices que rompieron la puerta a hachazos. Luego viene el episodio del humo. Pero cuando al fin podéis salir del cuarto, todo está intacto: ni puertas rotas, ni fuego…

—Acaso Fay tenía preparado el espectáculo —opinó Mart—. Tal vez os necesitase a vosotras como testigos para algo; o tal vez intentaba convertir vuestras trenzas en plata…

Antes de que Trixie pudiese preguntar nada, Brian explicó:

—Quiere decir que, a lo mejor, buscaba el modo de que se os volviese blanco el pelo.

—O quizá —añadió Mart pensativo— sabía que siempre estás husmeando predicamentos problemáticos, o sea, misterios, Trix, y

decidió regalarte uno.
Trixie se levantó.
—Eso es una tontería —aseguró, con los ojos brillantes—. Pensaba que me ayudaríais. Debería conoceros mejor. Fay está en apuros, de verdad que está en apuros.
Brian la miró y preguntó:
—¿Y qué opina papá de todo esto?
Trixie se ruborizó.
—Pues…, esto…, no se lo he dicho…, es decir, no todo.
—¿Por qué no? —preguntó Mart.
Trixie miró hacia abajo.
—No quería preocuparle…, ni a él ni a mamá —se disculpó—. Por eso sólo les dije que la madre de Fay había tenido un accidente y decidimos pasar la noche en Lisgard House, pero que después preferimos venir a casa.
—¿Les dijiste a qué hora llegasteis? —preguntó Brian—. Seguro que no tienen ni la mejor idea de que volvisteis solas y muy de madrugada.
—Sin contar lo de tirar Chinitas a nuestra ventana —añadió Mart—. Del susto, casi nos inhibes el crecimiento de medio año.
Trixie lo miró con sorna.
—Haría falta mucho más para conseguir eso, Mart Belden, sobre todo a lo ancho —trazó con sus brazos un círculo imaginario rodeando su estómago.
Brian se rió.
—Eso es cierto, Mart. Si no te moderas, cualquier día te llamarán «metro y medio por metro y medio».
—Prefiero eso a que me llamen «dos por cuatro» —contestó su hermano, y, al ver que ella levantaba las cejas, señal de que no le había entendido, aclaró—: ése es el tamaño del cerebro de Trixie, en centímetros, por supuesto.
Dolida, Trixie estuvo a punto de empezar la batalla dialéctica, pero recordó la resolución que había tomado la noche antes, así que se contentó con lanzarle una mirada de desprecio.
—Durante la pesadilla de anoche —dijo— decidí que, cuando me llamases cabeza de chorlito, Mart, tendría que estar de acuerdo contigo.
—Tanta humildad me asombra —declaró Mart, incrédulo—. ¿Y

a qué circunstancia debemos la asombrosa y laudable decisión de menguar en tu propia estima?

Trixie bajó los ojos, mirándose las manos.

—Dudaba de que Fay hubiera cerrado la puerta —dijo avergonzada—, y sí la había cerrado.

Mart echó hacia atrás la silla y se levantó.

—Me parece que todo ese montaje estaba muy bien planeado —pontificó con acento grave y solemne—. Si nadie podía entrar en la casa, Trix, tuvieron que ser Honey o Fay las causantes del numerito. Nos consta que Honey no habría hecho algo así ni por equivocación; así que adivina quién fue.

—Mart, estoy segura de que Fay tampoco haría tal cosa —repuso Trixie hablando despacio. Pero ya no parecía tan convencida como antes.

Mart se dirigió al frigorífico. Se detuvo con la mano sobre el asa.

—Quede bien claro que no aseguro firmemente la autoría de Fay. Jamás se diga que he puesto en entredicho la honorabilidad de ninguno de nuestros huéspedes, pero… —hizo una pausa— no sabemos gran cosa de ella. Quién sabe si trama algo cuyo alcance se nos escapa. Y por lo que a mí se refiere, no pienso arrimarme otra vez a esa maldita casa, si puedo evitarlo.

Trixie no se atrevió a mirarle.

—Humm…, eso era precisamente lo que os iba a pedir. Nosotras…, es decir, Fay y yo tendríamos que pasar por la mansión hoy, da igual a qué hora, pero hoy.

Brian no ocultó su sorpresa.

—¡Trixie! ¿Por qué?

—Bueno…, cuando salimos anoche lo hicimos con tanta prisa que no acertamos demasiado al meter la ropa de Fay en la bolsa. Creímos coger lo necesario para unos días fuera de casa, pero al ordenarlo esta mañana… hemos comprobado que faltan bastantes cosas imprescindibles.

A Trixie no le resultaba difícil imaginar lo que rondaba por las mentes de sus hermanos, ni qué le iban a preguntar a continuación. Las palabras de Brian se lo confirmaron.

—¿Y quieres que vayamos nosotros contigo, verdad? —preguntó molesto.

—¿Todavía no has escarmentado con lo de anoche? —pinchó

Mart—. ¿No puede arreglarse con lo que ha traído? Para funcionar por aquí, con unos vaqueros y alguna camisa, basta. ¿Qué cuernos metisteis en la bolsa?

—Los trajes de baño —contestó Trixie, manteniendo la mirada de su hermano casi gemelo—. ¿Qué te pasa, Mart? ¿No quieres visitar la casa encantada? ¿Tienes miedo de que Sara Sligo te convierta en una ranita verde y te pases el resto de tu vida cantando ribbit, ribbit, ribbit?

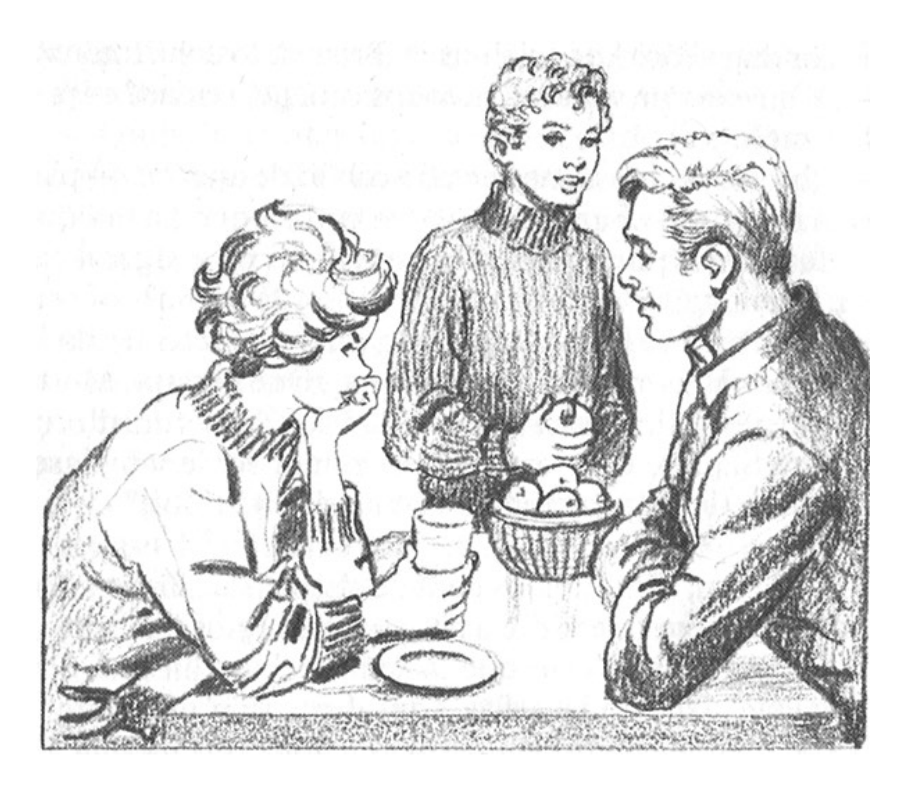
Brian suspiró.

—Está bien, Trix. Iremos contigo después de llevar a Fay al hospital, para que visite a su madre. Hemos llamado al doctor Ferris y ha dicho que la señora Franklin está perfectamente. He citado a Fay aquí dentro de una hora.

Trixie, aunque no dijo nada, se quedó más tranquila. Ya se había hecho a la idea de ir con Fay a por la ropa, pero no le hacía ni pizca de gracia. Y le constaba que a Honey le sucedía lo mismo. Trixie pensó también que quizás Fay, al sentirse mejor por las noticias recibidas del hospital, se sincerase.

Sólo una vez a lo largo de la mañana se había preguntado Trixie qué habría querido decir Fay la noche anterior. Pero cuando Trixie tocó el tema, Fay no quiso hablar para nada de aquel asunto. Tomó entre las suyas las manos de Trixie diciendo:

—Os lo contaré más adelante, Trixie; de veras. Pero vamos a dejarlo por ahora, ¿te parece? Estoy… estoy muy bien aquí. No tienes ni idea de lo maravilloso que es oír un ruido y saber que pudo ser Bobby, o Reddy, o Brian, o Mart…, sin calentarse la cabeza con otras y más siniestras posibilidades… —hizo una pausa —. Además, estoy segura de que puedo confiar en vosotras dos, Honey y tú, pero…



Y fue entonces cuando Honey, con aquella delicadeza tan suya, la invitó a visitar Manor House y sus alrededores.

—Tenía que haber dejado que me lo contase anoche —se reprochaba Trixie—. Me muero de curiosidad.

—Ése es tu estado normal —comentó Mart, tomando un cuenco de manzanas del frigorífico y poniéndolo con cuidado en el centro de la mesa—. Y, a propósito de curiosidad, tal vez puedas proporcionar a tus mayores y superiores en edad y dignidad un poco de sosiego respecto a un leve pero persistente sentimiento de culpabilidad que invade a dos miembros varones de tu clan.

—¡Oh, Mart! —exclamó Trixie anonadada—. ¿No podrías hablar de forma que se entienda qué quieres decir? —lo miró mientras su mano se estiraba hacia el cuenco de manzanas. La detuvo sobre el mismo.

Lo conocía muy bien. Acababa de terminar el desayuno…, y ya estaba dispuesto a empezar el almuerzo.

Brian tragó saliva y dejó el tenedor.

—Mart quiere decir que nos sentimos culpables de haber

consentido que os quedarais allí anoche, Trix. No sabíamos si habías terminado los deberes de clase…

Trixie recordó de repente el problema.

—Si tomas dos manzanas de tres, ¿cuántas tienes? —preguntó inocentemente.

Mart la miró asombrado. Después cogió tres manzanas del cuenco y las puso en la mesa delante de sus ojos.

—Sencillísimo —dijo, y puso dos en las manos de Trixie—. Si tomas dos manzanas de tres, ¿cuántas tienes?

Trixie miró la manzana que había en la mesa y sonrió:

—Una manzana.

Brian se echó a reír.

—Piénsalo bien, Trix. ¿Cuántas tienes?

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Trixie.

—Tengo dos manzanas. Mejor dicho, Mart tiene dos manzanas, que es el más interesado —las colocó en las manos de su hermano.

Mart arrugó el entrecejo.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, pero la pregunta sigue en pie: cabeza de chorlito, ¿terminaste los deberes?

Trixie sonrió, olvidando por un momento todo lo referente a Fay.

—Ahora, sí —contestó satisfecha. Sus ojos azules brillaban.

Poco después marchó en busca de su madre, pero al alejarse oyó decir a Mart:

—¡Trajes de baño! Dice Trix que metieron en la bolsa trajes de baño. ¿En noviembre? ¡A quién se le ocurre!

—Probablemente, es cosa de brujas, trasgos, y fantasmas. Seres revoltosos, sobre todo de noche —respondió Brian suavemente—. ¿Sabes lo que te digo, Mart? Que esto no me gusta nada…

Volvieron de golpe los temores de Trixie. Al parecer, Brian, tan equilibrado y sereno, también estaba preocupado por los sucesos acaecidos en Lisgard House.

Ni a mí tampoco —dijo Trixie para sí. La asaltó el presentimiento de que aún quedaba por venir lo peor.

¿Fay, embrujada? • 8

Trixie se sintió culpable cuando llegó al fin junto a su madre. Helen Belden estaba en la habitación de invitados, asegurándose de que no faltaba ningún detalle para que la nueva amiga de Trixie se encontrase a gusto en ese cuarto.

—Creo que preferirá dormir aquí —dijo la señora Belden a su hija, asomada a la puerta.

Trixie se ruborizó.

—Tenía que haber venido antes —se disculpó—, pero se me ha olvidado. De todos modos, puedo ayudarte ahora…

La señora Belden sonrió a su hija.

—Has llegado un poco tarde, hija mía. Ya he terminado. Por cierto, Trixie, no me explico por qué no le dijiste anoche a Fay que se instalase aquí. Habréis pasado mala noche; tres en dos camas…

—Nos hemos arreglado bien —respondió Trixie, recordando que habían dejado una cama para Fay, mientras Honey y ella dormían en la otra.

Vaciló un instante, antes de preguntar:

—Mamá, ¿qué sabes de la señora Franklin…, la madre de Fay?

Helen se retiró un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Bueno, hemos coincidido algunas veces en la tienda de Lytell —dijo—. Parece una persona muy agradable. La invité un par de veces a que viniese a tomar café, pero siempre sucedió algo que le impidió venir. Creo que atraviesa una mala racha. No debe ser nada fácil sacar adelante una hija, ella sola, en estos tiempos.

—¿Y Fay? —volvió a preguntar Trixie, pensando en las sospechas de sus hermanos—. ¿Qué sabes de ella?

—¿Cómo? —preguntó extrañada su madre—. Lo normal es que tú sepas más de ella que yo, Trixie. Es una chica bastante guapa; tal vez un poco pálida y demasiado delgada —miró con satisfacción el

robusto y sano aspecto de su hija—. Y, evidentemente, está preocupada por algún motivo. Hija, ¿os puedo ayudar en algo?

Trixie experimentó una súbita corriente de afecto hacia su madre y le dio un cariñoso abrazo.

—Muchas gracias, mamá —le dijo—. Sé que todos podemos contar contigo para lo que haga falta. Pero no creo que puedas ayudar a Fay…; al menos, de momento.

La señora Belden volvió a su tarea. Alisó la colcha de la cama, y dijo:

—Ya está todo preparado para tu invitada. Le he dicho, Trixie, que puede quedarse todo el tiempo que haga falta —suspiró—. Sigo pensando lo dichosa que soy…

Trixie le dio otro abrazo y se dirigió a la puerta.

—Somos muy felices, mamá —comentó—. Y hablando de aquellas faenas que esta mañana querías que hiciese…

Su madre sonrió.

—También están hechas, hija. Puedes salir si quieres. Pero no le digas a tu padre que te he dejado marchar por tu cara bonita. En cuanto a Bobby, tampoco tienes que atenderle hoy. Se ha marchado a casa de los Lynch para jugar con los pequeños gemelos.

Todavía sonreía Trixie cuando fue, tan rápido como pudo, a reunirse con Honey y Fay. Primero se dirigió al establo de los Wheeler. No estaban allí, pero se detuvo un instante para acariciar el morro de Susie, la yegua negra.

Recordó cómo habían comprado, Honey y ella, a Susie para la señorita Trask, que, junto con Regan, ayudaba a administrar la hacienda de los Wheeler.

—A lo mejor vengo luego a cabalgar un poco —susurró Trixie al oído de Susie.

De repente, en el patio de los establos se oyeron golpes de herraduras. Relinchó un caballo, y un segundo después entró Regan, el del pelo rojizo alborotado, con Júpiter, el caballo negro de los Wheeler.

Los tensos músculos de Júpiter destacaban bajo su piel brillante, y Trixie tuvo buen cuidado de situarse a una distancia prudencial de sus herraduras. Aunque era uno de los caballos más hermosos, resultaba a veces difícil de montar.

Aquel día, sin embargo, estaba tranquilo. Había dejado a Regan

que lo devolviese a la cuadra y le quitase los arreos.

Regan miró a Trixie con gesto gruñón.

—Los milagros no abundan —se quejó—. Ha aparecido un Bob-White nada menos, entre siete, como voluntario para limpiar los caballos. Suponía que vendrían Mart o Brian; pero no, he tenido que ser yo quien se acordara del pobre Júpiter —y empezó a cepillarlo.

Trixie se puso colorada. Regan siempre se estaba quejando, y con razón, de que ella y los demás Bob-Whites no se preocupaban apenas de los caballos.

Se sintió culpable al mirar a los otros compartimientos. Junto a Susie estaban Strawberry, que era el favorito de Mart, Starlight, un potro alazán, montado normalmente por Brian, y Lady, fina yegua de pelaje gris, cuyos brillantes ojos parecían dirigirle un reproche.

—Intentaré traer a todos los Bob-Whites esta tarde, Regan —prometió Trixie—. En serio. Lo intentaré. Pero ahora debo buscar a Honey y a otra amiga nuestra.

Regan no la miró.

—Si la otra amiga es Fay Franklin, las encontrarás en la casa. Se han ido no hace aún cinco minutos. Creo que Honey le ha estado enseñando el embarcadero —interrumpió un momento su trabajo—. ¿Qué es lo que le pasa; Trixie?

—¿A Honey, quiere decir? —disimuló Trixie.

—Naturalmente que no —replicó Regan—; me refiero a Fay. Parece que está muy nerviosa. Cuando las vi detuve a Júpiter y le pregunté si le gustaba vivir en una casa encantada. Era sólo una broma, pero casi se desmaya —miró a Trixie—. No me digas que Fay se cree todas esas historias de fantasmas, maldiciones, embrujos y demás bobadas…

—No lo sé —dijo Trixie despacio. Y recordando la pregunta que quiso formular pocas horas antes a Brian, añadió—: Regan, ¿qué sabe usted de Caleb Lisgard…, quiero decir, de cómo murió?

Regan gruñó y empezó a cepillar el cuello de Júpiter con toques cortos y lentos.

—Corren muchas leyendas —admitió—, y en buena parte proceden de Zeke Collins. Estaba allí cuando murió el viejo… Por lo menos eso contó Zeke a todo el mundo —hizo una pausa, con el cepillo en la mano—. Pero, de todos modos, no hay que creer todo lo que Zeke cuenta. Estoy seguro de que tiene demasiada

imaginación.

—¿Qué fue lo que contó? —preguntó Trixie.

Regan la miró de frente.

—No sé si lo que Zeke va diciendo por ahí es cierto, pero te aseguro que se trata de lo más absurdo que he oído en mi vida. Según él, el viejo Caleb estaba trabajando en su estudio. Oyó un ruido, miró y ¿qué crees que vio? Dice Zeke que el fantasma de Sara Sligo.

—¡Otra vez la bruja! —musitó Trixie.

Regan asintió.

—Sí, la bruja. El verla le produjo tal impresión a Caleb que le dio un ataque al corazón y murió antes de que llegase el doctor Ferris.

Trixie recordó la extraña figura que había visto en el pasillo.

—¡Qué horrible! —murmuró la muchacha.

—Sí…, de ser cierto —repuso Regan frunciendo el ceño—, pero no olvides lo que te he dicho. No se puede creer todo lo que se oye. Yo, desde luego, no lo creo. Y me alegra saber que ese joven, Lewis Gregory, tampoco.

Trixie estaba asombrada.

—¿Que no lo cree?

Regan encogió sus anchos hombros.

—No. Hubo una temporada, cuando se mudó a aquella casa, en que la gente creía que iba a venderla. Llegaron a sus oídos todas las supersticiones locales, ya sabes, y Zeke, estoy seguro, aireó como nunca esas historias.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Trixie.

—Se conoce que Lewis Gregory tiene sentido común —prosiguió Regan, dando la espalda a Júpiter—. Así que decidió ignorar todos los cuentos relacionados con Lisgard House, sobre todo cuando muchos le aconsejaron que vendiera el caserón —miró por encima del hombro y tosió—: Además, nadie habría querido comprársela. No está muy bien conservada que digamos.

Trixie pensó que la verdadera razón era que todos sabían lo del fantasma. Se preguntó cuánta gente, aparte de ella, habría visto la aparición. Estuvo tentada de contarle la historia a Regan, pero algo por dentro le aconsejó que guardara silencio.

Se sintió incómoda.

—¿Cree usted en los fantasmas, Regan? —preguntó por fin.

—No; en absoluto —respondió él—. Y tú tampoco debes creer, ¿me oyes?

Trixie sintió su penetrante mirada clavada en la espalda cuando salió a buen paso de la cuadra, hacia casa de Honey.

No dejaba de pensar qué habría opinado Regan si le llega a contar la horrible aventura de la noche anterior. Probablemente sospecharía que alguien le había gastado una broma pesada. Brian y Mart también lo creían… ¿Y si estaban en lo cierto?

¿De veras está Fay en apuros? —se preguntaba—, *¿o se está riendo de nosotras? Me gustaría saber qué opina Honey de todo esto*.

En cuanto entró Trixie en el lujoso cuarto de estar de los Wheeler, satisfizo su curiosidad.

Honey acababa de contarle todo a Jim Frayne, que la contemplaba sentado en el sofá.

Jim permanecía serio, según pudo ver Trixie. Era el mismo semblante que había observado esa mañana en sus hermanos.

—Le he contado a Jim lo que nos pasó anoche, Trix —explicó Honey—, y cree que es una tomadura de pelo. Yo, en cambio, pienso que la cosa es grave, más grave de lo que parece —se interrumpió al ver a su amiga mirar hacia todos lados—. Tranquila, Fay no está. Se ha ido con la señorita Trask a ver la finca. Ah, Trix, ya conozco la historia de Fay. Se sinceró de repente mientras le estaba enseñando el lago. Y es tan grave que he citado a todos los Bob-Whites. Hemos quedado en el club dentro de cinco minutos.

—No sé si lo que me ha contado Honey será cierto —comentó Jim—; a mí, de verdad, me parece increíble.

—¿Qué es increíble? —preguntó Trixie mirándolos con impaciencia.

Honey levantó la vista y miró fijamente a su amiga.

—Fay cree que el espíritu de la bruja ha encontrado un nuevo hogar —dijo con voz temblorosa—. Está convencida de que ha hallado un nuevo cuerpo donde habitar… Resumiendo, Trixie, Fay cree que ella se está convirtiendo en Sara Sligo.



Asombrosa confesión • 9

Poco después, en el club, Trixie se sentía más confusa aún que antes. Y adivinaba que los demás Bob-Whites estaban poco más o menos como ella.

Trixie casi deseaba poder estar sola un rato: sola para poner en orden sus pensamientos. Observaba la pequeña choza que en tiempos fue la casa del guarda que vigilaba la inmensa posesión de los Wheeler. Recordaba lo que habían trabajado los Bob-Whites para convertirla en la sede de su club, de la que se sentían muy orgullosos. De las ventanas colgaban cortinas limpias y alegres. Los equipos de deportes de verano e invierno estaban recogidos en estanterías: esquíes, patines, bastones de *hockey*, trineos, tiendas, raquetas de tenis, mochilas.

Los Bob-Whites estaban sentados en bancos alrededor de la gran mesa que Brian y Jim habían construido. Mart, que no era tan buen carpintero como los otros, había lijado y pintado el mobiliario.

Trix recordaba, como los demás, otras reuniones en ese mismo lugar, relacionadas con distintos misterios y aventuras que habían resuelto entre todos.

Bajó la vista hacia el polvoriento suelo de la cabaña y recordó aquella ocasión en que se encontró un diamante allí, incrustado en el piso. Al levantar la cabeza se dio cuenta de que Jim la observaba. Se puso un poco colorada; luego pensó si Jim estaría recordando también aquella aventura.

—Bueno, Trix, ¿qué? —preguntó, aún tenso por la impresión que le había causado el extraño relato que acababa de escuchar—. ¿Qué piensas? ¿Qué podemos hacer?

Trixie se volvió hacia Fay, sentada junto a Dan Mangan, al otro lado de la mesa.

—Estaba pensando, Fay —dijo—, en la cantidad de historias que

se han contado en este cobertizo. Pero ninguna como ésta.

—Me lo imagino —comentó Fay con voz temblorosa—. Supongo que pensaréis que soy una farsante.

—No pensamos eso —se apresuró a aclarar Di Lynch—. Por lo menos, yo no. He leído bastantes casos de posesiones y espíritus. Algunas personas creen a pies juntillas en fantasmas y casas encantadas.

—Pero ¿conoces algún caso parecido a éste? —preguntó Trixie.

—No, no lo recuerdo —contestó Di insegura—. Cuéntanoslo otra vez, Fay. ¿Cómo empezó la cosa?

Entonces Fay volvió a narrarles su experiencia; parecía sentirse mucho mejor.

—Todo fue muy bien hasta que nos mudamos a Lisgard House —explicó—. Mi madre estaba tan contenta de haber encontrado un buen empleo… El señor Gregory la contrató en Nueva York, ¿no os lo había dicho?

—Sí —corroboró Dan—, creo que sí.

Trixie lo miró fijamente. Por el tono de su voz, le dio la impresión de que no creía una sola palabra de aquella disparatada historia que estaba oyendo. Claro que ella sabía que también Brian y Mart tenían sus dudas. Ninguno de ellos miraba directamente a Fay, como si temiesen encontrarse con sus ojos.

—Necesitábamos dinero —siguió Fay, que repentinamente pareció muy fatigada—. Mi madre sigue empeñada en que tengo que estudiar, y ya sabéis lo caro que es eso en estos tiempos. Había pensado solicitar la escolaridad a su debido tiempo, pero…

—Ya lo sabemos, Fay —cortó bruscamente Mart, mirándose las manos, apoyadas sobre la mesa—. Necesitabais dinero y por eso, cuando el señor Gregory le ofreció el puesto de ama de llaves de una casa encantada, aceptasteis.

Fay pareció no notar la impaciencia de Mart. Sacudió la cabeza.

—No, no fue exactamente así. No conocíamos la historia de Lisgard House. En realidad no oímos nada de ella hasta que nos mudamos. Y el sueldo que el señor Gregory pagaba a mamá era buenísimo. El mejor que ha tenido jamás.

—¿No os hizo eso sospechar nada? —preguntó Brian.

—No —respondió Fay—. Sólo pensamos que, por fin, nuestra suerte había cambiado —se estremeció—. La verdad es que no soy

capaz de recordar cuándo empezó todo. Al principio eran sólo nimiedades: por ejemplo, vasos cambiados de lugar, cuando yo estaba segura de haberlos dejado en otro sitio. Una vez encontré todas las sartenes y fuentes apiladas en el suelo, en medio de la cocina.

Honey apuntó:

—No nos habías dicho eso antes.

Fay se removió intranquila en su asiento.

—Son tantas cosas… —se defendió—, que es muy difícil recordarlas todas. Otra vez, hace cosa de un mes, durante una tormenta, se estropeó la instalación eléctrica. Tuve que recorrer toda la casa encendiendo velas, pues los técnicos no vendrían hasta el día siguiente.

Trixie asintió, recordando aquella tormenta de octubre.

—También nosotros nos quedamos a oscuras entonces —dijo—, y tuvimos que recurrir a las velas.

—Pero las nuestras no se mantenían encendidas —continuó Fay. Volvía a temblarle la voz—. En cuanto me marchaba del cuarto para encender velas en otros lugares, al regresar las encontraba apagadas.

—Tal vez había corriente —sugirió Mart sin mirarla.

—No —repuso Fay con voz firme y segura.

—Sigue —le urgió Trixie.

—Poco después de aquello empezaron los ruidos extraños. Oía pasos que subían y bajaban… y puertas que se cerraban y abrían. Una vez oí una carcajada. Al principio creí que alguien había contado un chiste…

—Pensamiento lógico y enteramente recomendable —puntualizó Mart.

—Sospeché de Zeke Collins —prosiguió Fay—, que querría echarnos a mamá y a mí de la casa por alguna razón. Siempre se ha mostrado tan poco amistoso… Ya sé que lleva allí mucho tiempo y que conoce la mansión palmo a palmo. Supongo que el viejo Caleb no era un hombre con el que resultase fácil trabajar. Pero, a saber por qué, Zeke ha seguido allí, incluso después de la desaparición de los últimos Lisgard… —intentó sonreír—. Mamá está convencida de que Zeke tiene algún secreto escondido en el jardín, un tesoro enterrado, tal vez. ¡Oh!, ya sé que parece una estupidez…

Trixie protestó interiormente: sí, parecía increíble. No se sentía capaz de reprochar a Brian, Mart y Dan que se mostrasen tan escépticos. No se sorprendió en absoluto al observar que intercambiaban miradas furtivas.

Fay abrevió, para terminar la historia. Les contó las demás cosas extrañas que habían sucedido en la vieja casa: el aire frío que parecía filtrarse en una habitación cerrada y sin ventanas, un mensaje a lápiz encontrado en el espejo de su tocador…

—¿Qué decía? —preguntó Honey, aunque ella ya había oído antes esa parte.

—Sólo decía: «He vuelto» —contestó Fay.

—¿Sólo eso? —preguntó Di—, ¿nada más que «he vuelto»?

Brian levantó la cabeza por primera vez y miró fijamente a la invitada de los Belden.

—¿Y qué opina tu madre de todo esto?

Fay se puso como la grana.

—No le he dicho nada. Comprendedlo. Todas estas cosas me han sucedido estando sola en casa. Y mamá parecía tan feliz… Había encontrado un trabajo bien remunerado. Por primera vez en su vida sus sueños e ilusiones podían convertirse en realidad. A veces decía que el caserón no era cómodo ni alegre, pero…

Trixie volvió a pensar en la vieja mansión, y tuvo que admitir que la observación de la señora Franklin era completamente acertada.

—Por eso no le dije nada —continuó Fay—. Me preguntaba si todo aquello no sería producto de mi imaginación. Empecé a oír historias acerca de Lisgard House, a cuál más absurda. Pero cuantas más oía, más intranquila me sentía. Y… y entonces se me ocurrió si no sería yo quien hacía todas aquellas cosas —levantó la cabeza y los miró uno a uno; sus ojos estaban llenos de lágrimas—. Y luego, un día, Zeke Collins me contó la historia de la pobre Sara Sligo. Y lo que no me contó él lo fui sabiendo por otras gentes. Me enteré de que la casa trae mala suerte a los que viven en ella; que sus ocupantes están…, bueno, embrujados, encantados. Empecé a tener sueños, pesadillas… en las que aparecía Sara. Siempre estaba vestida igual —la voz de Fay se hizo entonces tan tenue que los Bob-Whites tuvieron que aguzar sus oídos para enterarse de lo que decía—. Yo estaba sentada en el estudio, el cuartito donde murió…,

y de repente se abría la puerta… y allí estaba ella. «Te necesito, Fay, —me decía—. Sólo tú puedes ayudarme. Tienes que ayudarme en mi venganza».

—Pero eso eran sólo sueños, Fay —dijo Trixie, que empezaba a sentirse incómoda.

Fay movió la cabeza.

—Pero eran tan reales… Por fin, anoche me contó Trixie la verdadera historia de Sara Sligo. No quería al principio, pero acabó contándomela. Porque yo necesitaba saber la verdad acerca de Sara Sligo.

Trixie tragó saliva y recordó aquella sensación de ir a cometer un tremendo error si repetía la leyenda de la bruja de Lisgard. ¿Por qué no habría hecho caso de sus premoniciones?

—¡Oh, Fay! —musitó Trixie—. No debería haber dicho nada…

Fay no pareció oírla.

—Y, de esa forma, supe la horrible verdad. De algún modo misterioso, Sara Sligo ha vuelto. ¿Cómo, si no, se explica lo ocurrido anoche? ¿No habéis oído que esta noche casi nos quemó vivas? Yo lo hice. ¡Tengo que haberlo hecho yo! ¡No hay otra explicación! Estábamos dormidas, y yo soñaba otra vez con Sara. Y cuando me desperté —se rompió su voz en sollozos—, la habitación estaba llena de humo.

—Eso es una bobada, Fay —dijo ásperamente Trixie—. ¿Cómo puedes explicar entonces los otros ruidos que oímos: las hachas golpeando en la puerta principal, los pasos en el corredor, el llanto? —sintió un estremecimiento.

Fay dio un respingo, con las manos en tensión, pegadas a sus hombros.

—¡Soy yo quien atrae las fuerzas oscuras! —gritó—. ¡Cuándo soy Sara puedo hacerlo todo, absolutamente todo! —miró a la lejanía y rompió en un torrente de sollozos.

Los Bob-Whites quedaron en silencio, dominados por el asombro. Luego, las chicas corrieron a ella para consolarla.

—Escucha, Fay —fue Honey, tan sensible, quien habló primero —, creo que te has obsesionado al darle tantas vueltas al asunto. Seguro que las cosas no han sucedido como tú piensas. No tiene sentido.

—Sí tiene sentido —insistió Fay. Suspiró y agregó, no muy

segura—: ¿Por qué no tiene sentido?

Honey se vio pillada y miró a Trixie, en busca de ayuda.

—Pues no tiene sentido —añadió Trixie, intentando desesperadamente encontrar una explicación convincente— porque… porque… porque tengo la impresión de que había alguien con nosotras anoche, dentro de la casa.

—¿La bruja susurrante? —preguntó Di.

Trixie se retiró un rizo de la frente.

—No.

Fay levantó la cara, bañada en lágrimas, del hombro de Honey y la miró atónita.

—Pero si estábamos solas. Tú lo sabes. No había nadie. ¿No recuerdas que lo estuvimos comprobando?

—Ya —repuso Trixie, obstinada—, pero, aun así, estoy segura de que tengo razón. Lo que vi y oí, ¿qué era si no?

—Será mejor que lo pienses más tarde, Trix —le advirtió Brian. Se volvió a Fay—: Vamos, pequeña, deja todo en las manos del tío Brian. Me parece que Honey tiene razón. Has estado mucho tiempo comiéndote el coco con ese fantasma, y eso no es bueno. Estás tan posesa como yo. Ya es hora de ir a visitar a tu madre. Eso hará que te sientas mucho mejor —llevó a Fay hacia la puerta del club.

—¿Vienes, Trix?

—Me gustaría ir, si no le importa a Fay —dijo Honey.

—¿Y yo —agregó Di—, puedo ir también?

Al final se decidió que acompañarían todos los Bob-Whites, menos Dan, a Fay al hospital.

Dan se metió las manos en los bolsillos.

—Ya sabéis que iría con vosotros si pudiese —dijo, decepcionado—, pero debo volver a la reserva.

Dan trabajaba para el señor Maypenny, guarda de los Wheeler, y era muy responsable. Hubo una época de su vida en la que perteneció a una pandilla callejera, en Nueva York, y tuvo dificultades con la ley. Aquellos tiempos, por fortuna para él, quedaban lejos, y ahora Dan pensaba ser policía.

—Lo comprendemos, Dan —le dijo Trixie, y le sonrió mientras se marchaba.

Aún estaba pensando en aquella extraña historia de Fay, cuando subieron a la furgoneta que el padre de Di les había regalado a los

Bob-Whites.

—Si pudiese recordar qué es lo que me hizo desconfiar de lo ocurrido anoche —susurró Trixie a Mart, sentado junto a ella en el coche, en el asiento trasero—. Sé que es importante de veras —vaciló—. Mart, ¿crees el rollo que nos ha contado Fay? ¿Te parece que está posesa? ¿Existen los fantasmas? ¿Pueden venir a molestar a los vivos? ¿Crees que Fay… nos ha dicho la verdad?

Durante un instante creyó que su hermano no iba a responderle. Parecía muy entretenido observando cómo conducía Jim.

Mart no dijo nada hasta que el coche enfiló Glen Road y dejó atrás Lisgard House. Entonces se volvió y preguntó:

—¿Se te ha ocurrido, Trix, que si Fay dice la verdad, y he dicho «sí», el intentar desprenderse de un espíritu podría resultar muy difícil?

—Sí —dijo en voz baja—. Ya había pensado en eso. En realidad, no tengo ni idea de qué se hace en esos casos.

—Hay que llamar a un exorcista —dijo Mart—, y eso resulta muy caro.

Trixie lo miró, con ojos muy abiertos.

—¿Cómo cuánto de caro?

Mart aproximó su cara a la de ella.

—No tengo ni idea —susurró—, pero sé lo que sucede si no pagas al exorcista.

—¿Qué?

—Que te vuelve a meter otra vez el espíritu en el cuerpo —contestó Mart, riendo al ver el interés reflejado en el rostro de su hermana.

—¿Cómo puedes tomarlo a chirigota, Mart? —suplicó—. ¿Qué te pasa? ¿No ves que esto no es cosa de broma? ¿Crees de veras que habrá que hacer eso si Fay está posesa?

Mart compuso un gesto compungido.

—Lo siento, Trix. Quería quitarle dramatismo al asunto. Sé que Fay necesita ayuda. El que los Bob-Whites se la puedan prestar es otra cosa. Brian parece convencido de que necesita visitar al psiquiatra.

Trixie guardó silencio, contemplando el paisaje por la ventanilla. Se sentía más afectada por las palabras de Mart de lo que estaba dispuesta a admitir. Respetaba la opinión de Brian, aunque no

siempre siguiera sus consejos. Pero esta vez deseaba, por el bien de Fay, que se hubiese equivocado.

Miraba pensativamente la nuca rizada de Fay, sentada en el asiento delantero, entre Jim y Brian.

Fay pareció percibir que alguien la observaba, porque se volvió y sonrió a Trixie, diciendo:

—Ahora me siento mucho mejor. El compartir las penas con los amigos ayuda mucho. Pero hay otra cosa.

Trixie gimió en su fuero interno. ¿Qué terrible cosa tendría aún que contar Fay?

—Os agradecería mucho —continuó Fay tímidamente— que no le dijeseis a mi madre nada de lo que hemos estado hablando. Se preocuparía mucho.

—Por supuesto que no diremos nada, Fay —contestó Honey inmediatamente—. Ni a tu madre ni a nadie.

El coche llegó al aparcamiento del hospital y Jim lo detuvo.

—Fay —dijo de repente Trixie—, ¿qué decías de no contar nada a nadie? Algo me dice que no va a ser tan fácil, aunque espero equivocarme.

Alarmada, Fay se volvió para mirar por el cristal delantero.

—¿Qué quieres decir, Trixie? —de pronto enmudeció, aterrada.

Un numeroso grupo se dirigía hacia ella. Una mujer llevaba una cámara de televisión portátil al hombro. Su compañero, un joven de dientes blanquísimos y hoyitos en las mejillas, acercaba un micrófono hacia la atemorizada chica. Otro había colocado una cámara fotográfica en un trípode, dispuesto a tomar una foto, a la vez que Paul Trent, reportero del Sleepyside Sun, garabateaba furiosamente su block de notas.

—Un momento, señorita Franklin —dijo «Dientes y hoyitos»—, ¿nos querría contar esa narración tan emocionante, para nuestros telespectadores? Saldrá a las cinco y media, en las noticias.

Fay parecía aturdida.

—¿Qué… qué emocionante narración?

Paul Trent metió la cabeza por la ventanilla abierta y la miró a la cara, extrañado.

—Queremos que nos cuente la curiosa caza de Lisgard House, naturalmente —dijo—. Hemos oído rumores de que la bruja ha intentado quemar la casa esta noche. Desembuche. Cuente todo. Ya

estamos hartos de rumores. ¡Vamos, muchachas, cuéntennoslo todo!

Fay se puso rígida; después se volvió para mirar atrás. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡Oh, Trixie! —musitó—. ¿Cómo has podido…?

Las patatas machacadas • 10

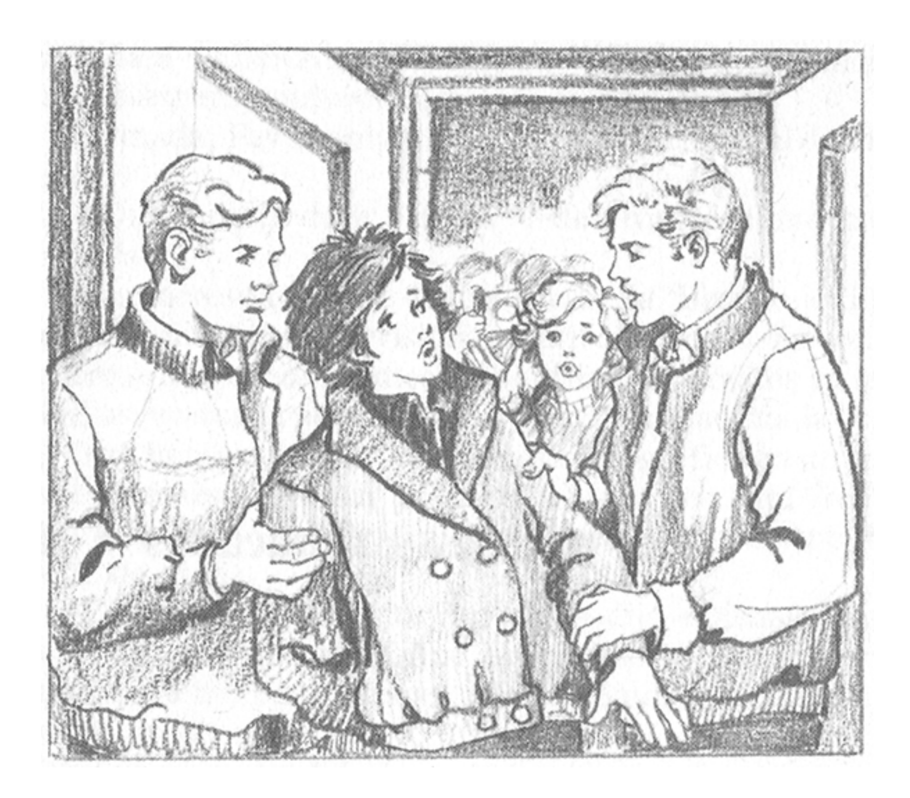
Trixie seguía insistiendo en su inocencia, mientras ella y sus amigos se apresuraban hacia la entrada principal del hospital. Sabía positivamente que Fay no la creía.

Ésta había rehusado hacer declaraciones a la prensa y a la televisión.

—¡Por favor, no quiero hablar con ustedes! —fue repitiendo una y otra vez, como única respuesta al torrente de preguntas.

Al final fueron Brian y Jim quienes resolvieron el asunto, tomándola del brazo y rescatándola de entre la gente.

—¡Al fin! —suspiró Mart, cuando se vieron en el vestíbulo del hospital—. Estoy como si me hubiese pasado un camión por encima.



—Lo mismo me pasa a mí —admitió Honey, apartando la melena de los ojos—. ¿Oíste las preguntas que hacían?

—Claro que sí —afirmó Di—: ¿Qué parecía el fantasma? ¿Qué dijo? ¿Cómo pudieron salir vivas las tres?

Fay se dirigió a recepción, pero Trixie se interpuso con firmeza en su camino.

—Escucha —dijo muy seria—. No sé quién ha hablado con los periodistas de lo ocurrido anoche, Fay, pero no he sido yo. ¡Te lo digo absolutamente en serio! ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

Fay la miró anonadada.

—No lo sé —repuso—. Pero dijeron que había llamado un informador anónimo. Por teléfono. Sé que no ha sido Honey, porque estuvimos juntas toda la noche y toda la mañana.

—También yo he estado contigo —protestó Trixie.

—No después del desayuno —le recordó Fay—. Honey y yo te dejamos con tus hermanos, si recuerdas. Podías haber llamado por teléfono entonces…, es decir, a menos que… —se interrumpió, mirando atentamente a Brian y a Mart.

—¡Eh, cuidado! —advirtió Mart, levantando las manos—. Nosotros tampoco somos los chivatos.

—Bueno —dijo Fay—. Pues si no ha sido Trixie, ni Brian, ni Mart, ¿quién ha podido ser entonces? ¿Quién más lo sabía? Los de la prensa han dicho que recibieron la llamada esta mañana temprano, y a esas horas no lo sabía… nadie más —sonrió a Jim y Di—. Vosotros no sabíais nada aún.

—No a esas horas —dijo Jim, pasándose perplejo la mano por el pelo—. ¿A alguien se le ocurre algo?

Nadie habló.

Aún estaba Trixie pensando en ello cuando regresó Fay de información con el número de la habitación de su madre.

Trixie oyó decir a Honey:

—¿Por qué no vas tú sola a ver a tu madre, Fay? Los demás te esperaremos aquí.

—Perfectamente —asintió Trixie un poco distraída—. De ese modo podremos ir a ver a un par de amigos de la tienda de regalos. Honey y yo trabajamos allí como voluntarias en el verano y… —enmudeció.

—¿Y qué? —preguntó Brian.

—¡Atentos! —exclamó Mart—. La señorita Sherlock Belden tiene en el semblante la expresión de «acaba de ocurrírseme una cosa».

—Era la puerta —dijo al fin.

—¿De qué puerta hablas, Trixie?

—La trasera de Lisgard House —respondió muy excitada—. He estado intentando recordar qué era lo que me hacía sospechar que había alguien más allí anoche. Fue la puerta trasera. Oí que se cerraba.

—¿O que se abría? —intervino Brian.

Trixie meneó la cabeza.

—No creo. Fue después de aquellos terribles ruidos que escuchamos, y después de que la habitación se llenara de humo. Justo cuando estábamos convencidas de que íbamos a morir, el ruido cesó. El humo empezó a desvanecerse. Pero ¿por qué?, ¿cómo podía desaparecer? La habitación de Fay no tiene ventanas.

—Tal vez, un poco más de magia negra —empezó a decir Honey, pero se calló, como si desease que no lo fuera—. Bueno…, es decir…, lo que quiero decir es que…

Trixie no la escuchaba.

—Luego abrí la puerta de la habitación. El pasillo estaba frío, muy frío, como si hubiese entrado aire de fuera. Y fue entonces cuando oí que una puerta se cerraba, la de atrás. ¿No lo entendéis? Ésa es la respuesta. ¡Alguien más estuvo allí dentro! Pero ¿quién?

—Si estás en lo cierto —dijo Mart lentamente—, es indudable que el cerrador de la puerta ha sido el informante anónimo por cuanto se refiere a la gente de la caja tonta. Ella tiene que haber llamado también al viejo Paul Trent.

—¿Ella? —preguntó Honey, desorientada.

—Un pedazo del órgano oral —explicó Mart—. Vamos, para entendernos, la lengua. También podría haber supuesto que el pichón chivato era macho.

En ese instante, Trixie observó que Mart no miraba a Fay. *Por lo tanto, sigue sospechando que ella está haciendo su juego, sea el que sea* —pensó.

Después de irse Fay, los Bob-Whites se pusieron a discutir la teoría de Trixie y la identidad del intruso…, si es que lo hubo, cosa que Mart parecía poner en duda.

Pero como nadie pudo añadir nada que ayudase, muy pronto las chicas se marcharon a la tienda de regalos, en tanto que los chicos se fueron a los sillones del vestíbulo.

Trixie estaba muy entretenida, hablando con Mariellen Hanrahan, la única voluntaria que entonces estaba de servicio tras el mostrador, cuando oyó una voz:

—¿Conque estabas aquí? Te he buscado por todas partes, Trixie.

Volvióse ésta y se encontró con el doctor Ferris.

—¿Cómo está la señora Franklin? —preguntó sonriéndole.

—Va mejorando. Ya te imaginas, de todos modos, que debe permanecer en el hospital unos cuantos días más. Pero se encuentra mejor y pronto estará como nueva, ya verás. Y, a propósito de su hija, me ha dicho Brian que la habéis invitado a que se aloje en Crabapple Farm. Por favor, procurad que engorde un poco. Esa niña está demasiado delgada: no se parece en nada a los rollizos Belden, ¿eh? —se rió de su broma, a la vez que Trixie se ponía colorada. Después miró a Honey y a Di, que se habían acercado para oír las noticias—. Por supuesto, Fay estaría igual de bien con los amables Lynch o los maravillosos Wheeler.

Las chicas sonrieron agradecidas.

—Nos alegramos de que la señora Franklin vaya mejorando —dijo Honey—. Fay estaba muy preocupada por ella.

El doctor Ferris la miró.

—Son dos personas que se preocupan mucho una de otra —dijo—. Incluso da la impresión de que la señora Franklin está deseando volver a su trabajo. Cree que lo va a perder si sigue aquí mucho tiempo. Le he preguntado qué era más importante, su salud o su trabajo, y se quedó pensándolo. Que alguien quiera trabajar en Lisgard House es algo incomprensible. Bueno, después de todo, somos muy diferentes, se dice que sobre gustos no hay nada escrito.

—La señora Franklin necesita dinero —explicó Di—. El señor Gregory le paga un buen sueldo.

El doctor asintió.

—Eso lo explica todo. Ya decía yo. La última vez que estuve allí, la casa parecía un depósito de cadáveres… o un museo.

Trixie pareció despertar con aquellas palabras, y prestó atención.

—¿La última vez que estuvo allí? ¿Fue cuando murió el viejo Lisgard?

—Sí. ¡Pobre hombre! Supongo que conocéis la historia. Cuando llegué ya era tarde, no pude hacer nada por él. Eso sí, ya le había advertido lo que le iba a pasar.

—¿Que ya le había advertido de lo que le iba a pasar? —se asombró Trixie, pensando en lo que Regan le había dicho—. ¿De verdad vio a la bruja y sufrió un ataque al corazón?

El doctor se quedó con la boca abierta.

—¿Dónde has oído una cosa tan absurda? —preguntó enfadado—. ¡Es lo más ridículo que he oído nunca!

—¿Quiere decir que no es cierto?

—¡Pues claro que no! ¡Ni una sola palabra! Por si no lo sabes, jovencita, el señor Lisgard padecía desde hacía muchos años hipertensión arterial. Yo ya le había advertido de que no se alterase por nada, pero no me hizo caso. Una noche perdió la paciencia con su ama de llaves, y discutieron. Ésta se marchó y ya no volvió. Caleb tuvo un cólico y murió. Así fue. ¡Te lo aseguro!

—Entonces, ¿no murió de un ataque al corazón? —insistió Trixie.

El doctor la miró atentamente.

—Murió de un cólico, causado por un plato de patatas machacadas, si tanto te interesa saberlo. Tuve que hacerle la autopsia para ver qué había pasado.

—Murió, ¿de qué? —preguntó Honey.

—Por culpa de las patatas trituradas —repitió el doctor Ferris—. Las había pedido asadas. El ama de llaves se las llevó machacadas. Él perdió los estribos, y ahí acabó su historia. Podéis decírselo a todos que os lo he contado yo, si os parece. ¿Muerto por una bruja… o por haber visto un fantasma? ¡Qué disparate!

Trixie estuvo tentada de decirle que tampoco ella había oído nunca, hasta entonces, que nadie se hubiese muerto por comer un plato de patatas machacadas, pero lo pensó mejor y se calló.

El doctor hizo ademán de irse.

—¿Cómo está ese joven sobrino político de Caleb?, ¿qué tal le va? —preguntó—. Espero que arregle la casa pronto, con la ayuda de Zeke. Por lo menos, pintarla, con eso quedará bastante más agradable. Aparte del mobiliario antiguo, el viejo Caleb no tenía gusto, como dejó bien patente al decorar la casa.

—Es cierto —aseguró Honey—; el señor Gregory no ha pintado ni un paño… Por lo menos, no lo parece. Trixie y yo estuvimos allí anoche…

El doctor la interrumpió.

—Bueno, quizás el joven sea una astilla del tronco de los Lisgard, aunque no veo cómo, teniendo en cuenta que se trata de un sobrino político. La verdad es que me sentí apenado cuando ese joven se hizo cargo de la casa. La gente decía que se había criado en la ciudad, y eso hizo pensar que no se adaptaría a vivir aquí, en Sleepyside.

—No entiendo por qué alguien puede preferir vivir en otro sitio —comentó Trixie.

—Porque tu familia tiene dinero para pasarlo bien aquí, jovencita —repuso el doctor—. Pero el viejo Caleb no tenía nada que dejar al joven Lewis… o, por lo menos, no tanto como algunos pensaban.

—Siempre había creído que el viejo señor Lisgard era rico —confesó Trixie pensativa.

—Todos lo creían —suspiró el doctor—. Pero en los últimos meses de su vida, Caleb se arriesgó en algunas inversiones que

resultaron un fracaso; fueron bastantes. ¿Resultado? Que se arruinó. De ese modo, el joven señor Gregory heredó una casa mayor que un elefante y ni un dólar para mantenerla. Sí, lo siento por ese joven, pero no puedo hacer nada por él. Bueno, tengo que marcharme. A ver si conseguís que engorde un poco la joven Franklin mientras vive con vosotros, Trixie.

Salió de la tienda de regalos y desapareció.

Honey quedó observándolo, pensando en lo que les había contado.

—Trixie, ¿quién te dijo que el señor Lisgard había muerto al ver el fantasma de la bruja? —preguntó.

Trixie se rió y salió de la tienda, dirigiéndose hacia donde esperaban los chicos.

—Me lo dijo Regan —contestó—. Me muero de ganas de contarle la historia real.

El médium • 11

Durante el camino hacia Lisgard House, Trixie estuvo pensando sobre lo sucedido desde que Fay llamó a la puerta de la casa de los Belden la noche pasada. ¡Habían ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo…! ¡Quedaba aún tanto misterio…!

Miró a Fay por el rabillo del ojo y se preguntó qué estaría pensando. ¿Seguiría creyendo que estaba posesa? ¿Creería en serio que podía atraer fuerzas oscuras?

Cuando los Bob-Whites visitaron brevemente a la señora Franklin, antes de marcharse del hospital, comprobaron que Fay no le había contado a su madre nada de lo ocurrido.

La señora Franklin parecía muy tranquila y se alegró mucho de verlos. Les agradeció otra vez que cuidaran de su hija, y no mencionó para nada brujas, fantasmas ni cuartos llenos de humo.

Trixie vacilaba, pensando si Fay había hecho bien en ocultar aquello a su madre. Si la prensa estaba ya sobre la pista de la noticia, era muy probable que la señora Franklin se enterase pronto de lo sucedido en su ausencia.

—Tal vez deberías habérselo dicho —dijo Trixie a Fay, sentada ahora junto a ella en el viaje de vuelta.

Fay frunció el ceño, como si sus pensamientos estuviesen a un millón de kilómetros de allí. Luego, al explicarle Trixie de qué se trataba, sonrió y dijo:

—Ya me he asegurado de que los de la prensa no puedan molestar a mamá, ni tampoco la gente de la televisión. Le hablé de eso al doctor Ferris. No te preocupes. Mamá no verá ningún periódico, ni programas de televisión, durante bastante tiempo.

Honey, que escuchaba desde el asiento delantero, se volvió.

—De todas formas, Fay, no habría sido mala idea haberle contado algo a tu madre. Puede causarle una impresión enorme

cuando se entere.

Pero Fay se limitó a mover la cabeza y a repetir que no quería que se preocupase. Trixie dejó el tema; era evidente que Fay no estaba dispuesta a seguir discutiendo.

Jim aminoró la marcha al acercarse a Lisgard House.

—¿Voy por la entrada trasera, Fay? —preguntó.

—¿Por qué te paras, Jim? —preguntó a su vez ésta, asombrada.

—¿No habíais dicho algo de recoger unos vestidos? —repuso Brian, mirándola.

—Se rumorea que unas chicas con la cabeza a pájaros recogieron anoche trajes de baño —observó Mart.

Trixie estaba asustada, pero de pronto oyó a Fay reírse, y fue como si todas sus tensiones hubiesen desaparecido de repente.

—Si no os molesta —dijo Fay—, preferiría dejarlo para más tarde. Tengo que ver al señor Gregory, ya sabéis, y no viene hasta la tarde. He de contarle lo del accidente de mamá, y ella me ha encargado que le diga que volverá a casa en cuanto pueda.

—¡Vaya! —exclamó Mart—, ¡qué admirable devoción al trabajo!

—Como prefieras, Fay —terció Brian—, pero si te pone nerviosa venir sola, será mejor que no lo dejes para muy tarde.

—¿Por qué? —preguntó Trixie—. Me habíais prometido que vendríais con nosotras.

—Pensábamos que decíais ahora —explicó Mart—; quiero decir, después de salir del hospital. El caso es, Trix, que Brian, Jim y yo tenemos un compromiso.

—¿Qué clase de compromiso?

—Una entrevista con una dama de ojos hermosos y cara bonita —contestó Mart—, incansablemente perseguida por un cisne solemnemente silencioso, tanto que resulta casi imposible creerlo.

Trixie lo fulminó con la mirada.

—¡Deja de decir bobadas, Mart! ¿De qué estás hablando?

—Me parece que quiere decir que estamos comprometidos en la obra del colegio con motivo del Día de Acción de Gracias —dijo Brian—, y los ensayos empiezan esta tarde. Jim interpreta el papel de Miles Standish; yo seré el tímido John y uno de los compañeros de Mart…

—Una muchacha —aclaró Mart.

—… hará el papel de Priscila.

—Y yo soy el director —completó Mart—. Como veis, nuestros servicios han sido contratados por el Instituto de Sleepyside. O sea, que si no os acompañamos ahora a Lisgard House…

—Lamentablemente, tendréis que venir solas esta tarde —completó Jim, con cara de circunstancias.

Trixie se dio cuenta de que Fay y Honey se sentían tan preocupadas como ella.

—Iré con vosotras —dijo de pronto Di, apartando de su cara sus largos cabellos—. Fay necesita vestidos; pero también necesita ver al señor Gregory, que todavía no ha llegado…, y yo no me perdería por nada del mundo la oportunidad de echar un vistazo al interior de esa mansión. Además, es de día. ¿Quién ha oído alguna vez que se haya aparecido un fantasma por la tarde? ¿De acuerdo, chicas?

Despacio, resignadas, asintieron con la cabeza.

—Todo irá bien —decía Trixie a Fay, tranquilizándola, mientras el coche se dirigía hacia Crabapple Farm. Pero había cruzado los dedos.

No mucho después, Trixie, recordando la promesa hecha a Regan, sugirió que podrían ir a caballo a casa de Fay. A las dos de la tarde, las cuatro chicas se reunieron en el establo de los Wheeler.

Di montó en Sunny, su palomino, mientras observaba pacientemente cómo Trixie y Honey ensillaban a Lady, Susie y Strawberry.

Trixie consoló a Starlight diciéndole al oído que otra vez le tocaría a él, porque los demás Bob-Whites estaban ocupados y se había quedado sin jinete.

Starlight movió la cabeza, como si hubiese entendido la razón y los perdonase.

Ya estaban acabando de preparar sus monturas, cuando oyeron la voz de Regan:

—No olvidéis apretar bien la cincha de Lady —dijo desde un extremo del establo; se acercó a ellas, y supervisó con mano experta la cincha de cuero que Honey acababa de apretar.

Trixie hizo una mueca. Desde que lo conocía, Regan no había dejado nunca de advertirles que Lady tenía la costumbre de inflarse cuando la ensillaban. Por eso había que volver a apretarle la cincha después de haber cabalgado un rato. De lo contrario, la silla se aflojaría y el jinete podía deslizarse y caerse.



Sólo una vez se olvidó Trixie de este consejo. Pero Regan, no. No fue divertido verla caer al suelo desde el lomo de la yegua. En aquella ocasión le costó mucho convencerle de que no le había pasado nada. No tenía intención de que le volviese a ocurrir.

—No te preocupes, Regan —le dijo ahora Trixie—. Fay sabe montar a caballo. En realidad es toda una amazona. Precisamente

nos lo estaba contando…

—Mi madre estuvo empleada una vez en un rancho —explicó Fay tímidamente—. La escuela a la que yo iba estaba bastante lejos, y la única forma que tenía de llegar era a caballo. El señor Larson, el ranchero, me enseñó y me prestó uno de los suyos —sonrió—. Todavía echo de menos a Smoky.

Trixie la miró con simpatía. Debe de ser terrible no tener un hogar ni un animal propio —pensó—. *Me pregunto en cuántos sitios ha vivido Fay. ¿Y cuántos habrá tenido que dejar a la fuerza?*

Regan vio cómo Fay se subía a la silla de Strawberry, en tanto que Trixie montaba a Susie.

—No iremos muy lejos, Regan —prometió Honey, que ya estaba sobre la astuta Lady—. Y me acordaré de apretar la cincha otra vez.

—Y no galoparemos por el bosque —añadió Trixie, imitando a Regan.

—Ni saltaremos sobre los troncos de los árboles caídos —le tranquilizó Di.

Por un instante, Trixie pensó que se habían excedido, porque Regan las miraba ceñudo. Después, comprendiendo que estaban de broma, dijo:

—Bueno, tened cuidado.

Ya habían salido las demás chicas del establo y Trixie se disponía a seguirlas, cuando Regan sujetó las bridas de Susie.

—Una cosa, Trixie —dijo—. Si veis a Zeke, no dejéis que os asuste con uno de sus cuentos de brujas.

Trixie se quedó perpleja. Había olvidado al criado de los Lisgard. Recordó las manchas de su mono. ¿Serían de sangre?

—¿Le gusta cazar? —preguntó de repente.

—¿A quién, a Zeke? —Regan se rascó la cabeza—. No, que yo sepa. ¿Por qué?

Trixie le contó su extraño aspecto y se sorprendió al ver reír a Regan.

—Supongo que sería pintura —dijo—. Zeke está últimamente muy liado con la pintura.

—¡Oh! —la cara de Trixie expresó desencanto al recibir una explicación tan vulgar de aquellas manchas.

Iba a marchar con Susie hacia las otras tres chicas, que estaban

esperándola, cuando, en el último momento, no pudo resistir la tentación, y le lanzó a Regan:

—Ya sé de qué murió Caleb Lisgard: de un cólico de patatas machacadas —y rió al ver la cara de asombro que puso él.

Las cuatro amigas llegaron cabalgando con facilidad hasta Lisgard House.

De repente, Fay lanzó un gemido y detuvo a Strawberry, a la vez que miraba al frente.

Asombrada, Trixie se levantó de la silla para ver mejor. Vislumbró un pequeño grupo de gente apiñada junto a la puerta de entrada.

Reconoció a cuatro: los mismos individuos de la prensa que habían intentado hablar con Fay en el hospital. Pero había otros dos. Uno, como supo después Trixie, era Lewis Gregory, el propietario de Lisgard House, joven moreno, que parecía no tener inconveniente alguno en hablar con los reporteros.

En cuanto al otro, Trixie no recordaba haberlo visto nunca hasta entonces. Su fina y larga cara le confería una expresión seria e intensa. De sus hombros colgaba una larga capa, que le hacía parecerse un poco a los magos esos que sacan un conejo de un sombrero de copa.

Trixie escuchó al señor Gregory:

—Y así, como ven, me he enterado de todas las cosas extrañas que han sucedido en mi casa. ¿Está embrujado el lugar? ¿Ha salido Sara Sligo de su tumba para vengarse de los inocentes ciudadanos de Sleepyside? ¿Hay algún viso de realidad en los rumores que aseguran que el fantasma de la bruja habita aquí?

—¿Sí? —le urgió Paul Trent, tomando nota—. ¿Y cuál es la respuesta?

—Enseguida lo sabremos —dijo Gregory—. Quiero presentarles a alguien. Señores, este hombre —señaló a su silencioso acompañante— es nada menos que el señor Simon Hunter, el famoso investigador psiquiátrico.

—¡Atiza! —murmuró Trixie—. Nunca había visto a un individuo de ésos. ¿Y a qué se dedica un investigador psiquiátrico?

Honey murmuró:

—Creo que son una especie de detectives de fantasmas. Investigan los fenómenos parapsicológicos.

Esperaban oír hablar al hombre de la capa, pero no dijo nada.

—He invitado al señor Hunter para que descubra qué es lo que pasa en Lisgard House exactamente —terminó Gregory.

—¿Es eso cierto? —preguntó el reportero de la televisión. Al final recordó Trixie su nombre. Era Ed Gaffey, de la modesta cadena de televisión de Sleepyside. Los Belden la veían pocas veces.

El señor Hunter sonrió.

—Es absolutamente cierto —confirmó—. Hay muchas leyendas de encantamientos en nuestro país. Algunas se ha demostrado que no son más que falacias; otras, no.

Paul Trent se rascó la cabeza con el extremo del lápiz.

—¿Y la maldición de Lisgard House? ¿Qué le parece? ¿Cree posible que algún lugareño practique la magia negra? ¿Puede una persona hablar con un espíritu del más allá?

El señor Hunter tardó en contestar.

—No sólo es posible —dijo finalmente—, sino que, por lo que he oído de este caso hasta el momento, parece muy probable.

Ed Gaffey se estremeció.

—Entonces, ¿quién está detrás de esto? ¿Tiene usted alguna idea?

—Tengo muchas ideas —repuso Hunter—, aunque no comprobadas…, todavía.

Trixie avanzó un poco más y aguzó sus oídos para no perder una palabra.

—Acaso —siguió Hunter—, la persona que saca a Sara Sligo de su tumba no sea consciente de ello; aunque también podría estar haciéndolo deliberadamente.

Y Trixie le vio levantar la cabeza y mirar fijamente a los ojos de la aterrorizada Fay Franklin.

Presencia fantasmal • 12

Trixie se quedó impresionada, al igual que Fay, ante la mirada de Hunter.

—¡Te digo que lo sabe! —repitió Fay por tercera vez—. ¡Tenías que haberlo visto! Me miró sin pestañear y dijo que alguien estaba llamando a la bruja. Y ese alguien soy yo. ¡Estoy segura de que lo sabe!

Las cuatro chicas estaban en el dormitorio de Fay. Habían dejado atados a los caballos junto a la puerta trasera de la casa y se dedicaban, al menos eso suponía Trixie, a retozar por la hierba de los alrededores.

Di abría sus ojos violeta, incrédula, mientras miraba a su alrededor.

—¿Es aquí donde sucedió eso anoche? —preguntó.

Pareció como si Fay no la hubiera oído.

—Estaba empezando a creer que todo había sido producto de la imaginación —continuó Fay—. Estaba empezando a olvidar. Distanciarse ayuda mucho. Pero ahora, aquí, siento la presencia de Sara Sligo a mi alrededor.

Trixie se sentía molesta y podía asegurar que Honey y Di estaban tan anonadadas como ella. Todavía no tenía claro si Fay estaba enloqueciendo, pero lo suyo parecía contagioso.

—Fay —dijo Honey—. Este lugar es de lo más a propósito para echarse a temblar. Te sentirás mejor en cuanto nos vayamos de aquí.

Trixie sabía que Honey tenía razón. Pero no podía dejar de sentirse indecisa. Si se marchaban ahora, nunca sabría lo que un detective de fantasmas hacía para seguir la pista de su extraña presa.

Estaba buscando una excusa que les permitiese quedarse, cuando

Fay gimió.

—No me sentiré bien hasta que mamá y yo abandonemos esta siniestra mansión —musitó—. Ahora lo veo claro. Debo aguantar aquí por el bien de mamá, pero no puedo. Es superior a mis fuerzas.

—Pero entonces, querida niña —dijo una suave voz desde la puerta—, nunca podrías descansar. El huir de un problema no ayuda a resolverlo, debes afrontarlo. Estarías obsesionada el resto de tu vida —era el señor Hunter.

Fay dio un paso hacia él.

—¿Qué… qué quiere decir?

Hunter entró en la habitación y la miró intensamente.

—Quisiera que te quedases un rato —dijo—. Necesito que me cuentes todo lo que sepas. No temas. No dejaré que te ataquen las fuerzas psíquicas. Estarás completamente a salvo.

—¡No! —era puro pánico la voz de Fay—. Las cosas se han puesto peor —gritó—. Hay algo que no entiendo. Si soy la que llama a Sara, no he… no soy… —se detuvo, con la mano en la boca, observando a Hunter con ojos desorbitados.

Hunter asintió lentamente y se sentó en el revoltijo de mantas, sobre el sofá que había servido de cama a Trixie la noche anterior. Miró alrededor del cuarto.



—Entonces era eso —dijo con calma—. Esperaba algo así. No estaba seguro; ya sé de dónde saca Sara su energía.

Trixie lo miró con asombro.

—¿Está diciendo que es Fay la causante de todo?

Hunter hizo una pirámide con sus dedos largos y finos, y la llevó cuidadosamente a su boca.

—Dejadme hablar —pidió—. Puede haber sido la energía psíquica de vuestra amiga la que ha atraído el espíritu de Sara Sligo. Recordad que no lo aseguro, sino que quizá haya sido. Los espíritus que viven en… —vaciló— en el otro mundo necesitan, a veces, un canal que les permita volver a éste. Dichos canales pueden poseerlos personas vivas.

—Y cuando sucede eso, ¿a esos canales se les llama médiums? —preguntó Trixie.

—Así es, pequeña. Hay también otros canales…, a veces inconscientes —miró pensativamente a Fay—. A veces, el canal inconsciente atrae espíritus malignos, que hacen que ocurran cosas extrañas. Por ejemplo, en una casa pueden oírse golpes; otras veces, hay objetos que vuelan sin razón aparente.

Trixie se estremeció.

—¿Se refiere usted a los polter… polter…? ¿cómo se llaman?

—Poltergeists —precisó Hunter—, es decir, los espíritus que hacen ruido. Pero no creo que tengamos uno en Lisgard House. Aquí más bien da la sensación de que alguien busca venganza. No puede descansar, ya lo veis. Y para volver al escenario de su muerte ha tenido que esperar hasta encontrar el canal adecuado: la persona que pudiese proporcionarle la suficiente energía psíquica para llevarlo a su terreno, desde ese otro mundo que llamamos más allá.

—¿Y de quién se ha valido? —preguntó Di con los ojos muy abiertos.

—Sospecho que de esa joven amiga vuestra —dijo suavemente Hunter—. No es raro que los espíritus se sirvan de jóvenes. ¿Cuántos años tienes, Fay? —preguntó con voz amable.

—Catorce —musitó Fay, y se dejó caer sobre la cama, como si las piernas ya no pudiesen sujetarla.

—Sí —aseguró Hunter, moviendo la cabeza—. Es una buena edad para nuestros amigos los espíritus. Un joven de catorce años, un adolescente, se encuentra en un período de continuo crecimiento, tanto físico como mental. Y ahora, ¿por qué no me contáis lo que ha sucedido aquí en los últimos meses?

—Muy buena idea —dijo una voz desde la puerta. Al volverse se encontraron con Gregory, que les sonreía—. También a mí me gustaría escuchar esa historia. Aunque buena parte de ella ya se la he oído a tu madre, Fay.

Fay lo miró estupefacta.

—¿Mamá? ¿Mamá sabe lo que está pasando?

—Naturalmente —Gregory parecía sorprendido—. ¿Quieres decirme que no habéis hablado de esto entre vosotras? ¡Ah! —se dio con la palma de la mano en la frente—. Ahora recuerdo que tu madre no quería que te enterases. Tenía la impresión de que esas cosas sólo pasaban cuando ella estaba sola en casa —sonrió—. No tengas miedo, Fay. Nada hay que pueda hacerte daño ahora. Vamos a tratar de todo esto en otra habitación…, en el cuarto de estar.

Sin resistencia, Fay y sus amigas siguieron a los dos hombres y se sentaron, si no cómodamente, al menos con espacio suficiente, en aquella habitación enorme, de mobiliario antiguo y recargado.

Gregory empezó diciendo que se había enterado del accidente del ama de llaves por el doctor Ferris hacía muy poco tiempo. Parecía afectado y dijo que llamaría al hospital en cuanto el teléfono estuviese arreglado.

A continuación, él y Hunter escucharon atentamente a Fay, que repitió la historia que ya había narrado a los Bob-Whites.

Fay les contó todo, incluso el miedo de Trixie al ratón, que ésta no se molestó en corregir, lo mismo que decidió no mencionar la figura transparente que había visto en el vestíbulo de la cocina. Prefería pensar con tranquilidad sobre todo aquello, a solas.

Suponía que el detective de fantasmas conocía de sobra su oficio. Al mismo tiempo, lo que les había dicho parecía increíble. Se preguntaba qué dirían sus hermanos de todo aquello cuando se lo contase.

Fay llegó pronto a un punto en que Honey y Trixie podían confirmar los acontecimientos: la noche anterior.

La cara de Hunter se ensombrecía conforme escuchaba. Al final se crispó, sus dedos volvieron a formar una pirámide y se reclinó en el sillón, cerrando los ojos.

—¿Y dices que oíste como se cerraba la puerta trasera? —preguntó de repente, mirando a Trixie.

—¡Sí! —dijo con seguridad—. Cuanto más lo pienso, más convencida estoy de ello.

—¿No sería que tal vez lo imaginaste? —insistió Hunter—. Quiero decir, sería extraño que se sirviera de un agente humano. Porque aquella puerta la tuvo que cerrar Sara. Sin duda. Es éste un

ejemplo claro de lo que antes decíamos: espíritus que abren y cierran puertas.

—Es cierto —interrumpió Fay con vehemencia—. Muchas veces me ha pasado estando sola. No sé si lo he dicho antes.

Hunter se puso de pie y se frotó la barbilla.

—Me parece que me has llamado en el momento oportuno, Lew —dijo frunciendo el ceño—. Está clarísimo. Las cosas van cada vez peor. Aún no sé por qué. Pero lo encontraré, ¡vaya si lo encontraré! Lo descubriré antes de irme.

Empezó a pasear por la habitación, parando a menudo y levantando la cabeza como si escuchase sonidos, o voces, que sólo él podía oír.

—¿Qué es eso? —preguntó Di—. ¿Qué hace?

Gregory, sentado al otro lado de la chimenea, se puso un dedo en los labios, imponiendo silencio.

—Calla, pequeña —dijo suavemente—. El señor Hunter no sólo es investigador psíquico, también es médium. Se comunica con el mundo de los espíritus. Y me ha prometido que intentará ponerse en contacto con el espíritu de Sara para disuadirlo de sus propósitos de venganza, sean cuales sean sus motivos.

Trixie estaba fascinada. *¿Ahora?* —se preguntaba, y sin poder resistirlo preguntó en voz alta:

—¿Y lo va a hacer ahora?

Honey la agarró por un brazo, recomendándole que se estuviese quieta y en silencio; después observó que Hunter se volvía, como atraído por una fuerza irresistible, hacia la puerta que daba al estudio donde la bruja había muerto tantos años antes.

Trixie oyó la respiración agitada de Fay cuando, con un movimiento brusco que dejó paralizados a quienes lo observaban, Hunter abrió la puerta del estudio.

Los extraños y delirantes acontecimientos que se desarrollaron entonces la cogieron totalmente desprevenida.

Una bocanada de aire frío los envolvió, arañando sus lívidos rostros como garras de hielo. Un jarrón situado sobre la repisa de la chimenea se bamboleó y se estrelló contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Los finos visillos de las altas ventanas se movían, trémulos, hacia los petrificados testigos de tales sucesos.

Hunter echó atrás la cabeza, abrió los brazos majestuosamente,

como dando la bienvenida, y gritó:

—¡Sara Sligo! Si eres tú, te ordeno que me lo digas. ¡Habla!

El aire cesó de repente. Después, rompiendo el silencio, alguien rió.

El fisgón • 13

Las muchachas quedaron como congeladas de espanto mientras duró aquella siniestra carcajada. Después siguió un denso e impresionante silencio.

Hunter fue el primero en reaccionar.

—Ya está —dijo—. Tranquilas. Tengo que buscar, comprendedlo. Necesitaba saber si ese espíritu vengativo pertenece realmente a Sara Sligo. Y ya lo sabemos.

Gregory parecía estupefacto.

—¿Y?

A Trixie no le sorprendió la respuesta de Hunter.

—Lo es. Y ahora debo buscar el medio de echarlo de aquí.

—Pero ¿puede usted hacer eso? —preguntó Trixie asombrada—. ¿Se puede exorcizar a alguien que lleva ya muerto años y años?

El parapsicólogo reflexionó un momento. Después miró a Fay y dijo amablemente:

—Eso depende de lo que vuestra joven amiga esté dispuesta a ayudar.

Fay palideció aún más. Miraba insistentemente sus propias manos, cruzadas sobre el regazo.

—Bueno —dijo por fin—. Le ayudaré. No… no puedo vivir más con este peso —miró a Trixie—. No quiero ser canal para ningún espíritu. Quiero quedar libre de Sara de una vez por todas.

Honey parecía tan afectada como Fay. Trixie adivinó que los últimos minutos le habían roto los nervios. Pero le alegró comprobar que Honey hacía todo lo posible por ocultar su desazón.

—Lo entendemos —dijo Honey a Fay—. Si necesitas ayuda, aquí estamos.

—No lo dudes —añadió Trixie afectuosamente, y esperó que Di dijera también algo cariñoso.

Pero, para sorpresa suya, Di no dijo nada. Entonces, al volverse para mirarla, se dio cuenta de que Di ni siquiera estaba allí. Se había aproximado silenciosamente al estudio y estaba curioseando en su interior.

—¡Di! —llamó Trixie.

Ésta regresó a toda prisa.

—Quería ver el lugar donde murió la bruja —confesó—. Lo siento. De todos modos, os estaba oyendo, de veras. Y como es natural, también yo intentaré ayudarte, Fay —sonrió—. Pronto comprenderás por qué nuestro lema es: «todos para uno y uno para todos». Bueno, no lo es, pero podía serlo.

Hunter parecía satisfecho, como si las cosas estuviesen rodando tal como él esperaba. Se frotó las manos.

—Muchas gracias, muchachas —dijo—. No lo lamentaréis. Estoy seguro. Y ahora que ya hemos dado un gran paso, necesito saber qué circunstancias rodearon la muerte de nuestro espíritu.

Trixie lo miró con asombro.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

Hunter se volvió a sentar en el sillón.

—Sólo sé lo que el señor Gregory me ha contado —dijo—, pero me gustaría oír la versión de alguien que vive en la ciudad desde hace tiempo.

—Entonces, tú, Trixie —dijo Honey, que aún parecía nerviosa.

Trixie repitió la historia de Sara Sligo, que los demás escucharon en silencio.

Cuando terminó, Hunter cambió de postura.

—¿Y dices que fue quemada la noche del Día de Acción de Gracias? —preguntó.

—Sí —asintió Trixie.

—Y casualmente había nacido ese mismo día, treinta y cuatro años antes —añadió Fay de repente.

Trixie la miró.

—¿De veras? ¿Por qué no lo habías dicho? ¿Quién te lo ha contado? No sabía que se supiera el día exacto del nacimiento de Sara. Nunca se halló su tumba.

—Su tumba está aquí, en los jardines de Lisgard House —dijo Fay con voz tenue—. Os la enseñaré más tarde, si queréis. Yo… estaba interesada en eso, y cuando Zeke Collins se ofreció a

mostrármela…

Trixie, Honey y Di intercambiaron miradas por encima de la cabeza de Fay, que ahora permanecía inclinada.

Trixie estaba atónita. Nunca había oído mencionar que la tumba de Sara estuviese en Lisgard House. Y suponía que alguien tendría que haberlo sospechado mucho antes.

—Y no sólo eso —continuó Fay—. Se dice que una persona que sufre una muerte violenta el mismo día de su nacimiento, quiero decir en la misma fecha, está condenada a vagar por los alrededores de su tumba eternamente —levantó la cabeza y miró al parapsicólogo—. ¿Es eso cierto?

Hunter asintió.

—Sí, hija. Es cierto —suspiró profundamente—. Y eso nos plantea un problema adicional —vaciló. Compuso otra vez con los dedos la pirámide de siempre y se la llevó a los labios. Dejó caer las manos sobre las piernas como si hubiese tomado una súbita decisión—. Eso aclara las cosas —dijo con seguridad—. Es el aniversario no sólo de su muerte, sino también de su nacimiento. Sara no puede descansar, y se va haciendo más activa a medida que se aproxima la fecha.

—¿Quiere decir que va a ocurrir algo la noche de Acción de Gracias? ¿Por qué…? ¡Pero si es el próximo jueves! —exclamó Trixie.

Hunter suspiró:

—Exacto.

A Trixie le parecía que llevaban siglos en aquella habitación. Luego comprobó que había pasado menos de una hora desde que llegaron.

Hunter se despidió por fin, asegurándoles que Fay no tenía nada que temer. Dijo que las llamaría en cuanto estuviese listo para exorcizar el fantasma de Sara y hacerlo volver al otro mundo para siempre.

Trixie seguía aturdida mientras esperaban en el vestíbulo. ¡Nunca le había pasado nada parecido! Los acontecimientos se sucedían tan deprisa que ni siquiera tenía tiempo de pararse a meditar un poco sobre ellos. Era como si se encontrase bajo alguna forma de encantamiento…, una trampa sin escape posible.

Honey sonrió cuando Trixie le habló de ello.

—Sé lo que quieres decir, Trix, porque yo tengo la misma sensación.

Di estaba observando la decoración y se fijó en los trofeos que adornaban las paredes. Luego, mientras Honey y Fay se apresuraban a recoger la ropa de ésta, pero ahora sin meter los trajes de baño, Trixie le enseñó a Di el resto de las habitaciones de la planta baja.

Di permanecía extrañamente silenciosa al salir de la vieja mansión, rumbo a la entrada posterior de la finca, donde los caballos aguardaban.

Estaba Trixie a punto de preguntarle si le preocupaba algo, cuando se acordó de una cosa:

—¡La tumba de Sara Sligo! —dijo—. ¡Nos prometiste que nos llevarías a verla, Fay!

Honey refunfuñó.

—¡Oh, Trix! ¿Por qué tenemos que ir? Cuanto más lo pienso, más me convenzo de lo maravilloso que sería llegar cuanto antes a Manor House.

—Estaremos sólo un momento —prometió Fay, tomando un sendero lateral.

Apartó unos matorrales con la mano y dijo:

—Aquí es. He venido aquí muchas veces las últimas semanas. Me gustaría haber cortado parte de la maleza y dejarla más presentable, pero Zeke Collins dijo que no me complicase la vida.

Trixie miró la piedra, blanca y pequeña. Esperaba que resultase indescifrable, al cabo de tantos años, pero las letras se leían tan claras y nítidas como si las hubiesen esculpido recientemente. Decía:

AQUÍ YACE SARA SLIGO
NACIÓ DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS 1755
MURIÓ NOCHE DE ACCIÓN DE GRACIAS 1789

—He comprobado las fechas en la Enciclopedia —dijo Fay, mirando la tumba—. Sara murió el veintiséis de noviembre, Trixie. Pude comprobarlo porque fue cuando el presidente Washington proclamó la primera fiesta de Acción de Gracias después de la Guerra de la Independencia.

Di calculó de memoria, porque dijo:

—Entonces coincide. Hoy es sábado, veintiuno…

—Y el próximo jueves, veintiséis —añadió Honey—, el día exacto de la muerte de Sara.

—Siento mucho que os hayáis visto mezcladas en el misterio de Lisgard House —dijo Fay—, pero no tenéis idea de lo mucho que me habéis ayudado. Primero, porque no tenía a nadie con quien desahogarme. Creo que tarde o temprano me habría vuelto loca. No tenía a nadie a quien dirigirme, ningún lugar donde refugiarme.

Honey pasó un brazo alrededor de los delgados hombros de Fay.

—Procura no pensar más en ello —le aconsejó—. No puedes hacer nada hasta que el señor Hunter haya atado todos los cabos. Dijo que nos llamaría cuando estuviese listo —hizo una pausa—. Trixie, ¿crees de veras que Sara Sligo va a hacer algo sonado en el aniversario de su muerte?

Trixie suspiró profundamente.

—Tengo la impresión de que va a suceder algo, y pronto.

En aquel momento, por el rabillo del ojo, observó una sombra. La figura de Zeke Collins salió de detrás de un árbol próximo y marchó furtivamente hacia la vieja mansión.

Cuánto tiempo estuvo fisgando, no tenía ni idea, pero una cosa era cierta: había estado escuchando todo lo que dijeron.

Antigüedades • 14

De vuelta a casa, Trixie medio escuchaba la conversación de sus amigas mientras los caballos trotaban alegres por Glen Road.

Oyó varias veces a Fay afirmar que ella y su madre procuraban siempre protegerse mutuamente.

—Ni siquiera sospechaba que mamá supiese lo que ocurría en Lisgard House —decía Fay.

Trixie arrugó el entrecejo y volvió a sorprenderse de cuánto necesitaría la señora Franklin el sueldo que le pagaba el señor Gregory para seguir allí.

También le extrañaba que se hubiese caído precisamente aquella noche. ¿Fue un accidente casual, o había visto u oído algo que la impresionó hasta el punto de hacerle perder el equilibrio?

Cuanto más se acercaban a casa, más irreales le parecían los acontecimientos de las últimas horas. Llevaba casi sueltas las riendas de Susie y observaba, con gesto ausente, marchar a las tres amigas delante de ella.

Oyó a medias la observación de Di:

—Bueno, es estupendo, Fay, que tu madre y tú estéis tan compenetradas.

—Sí —agregó Honey, pensando en su madre, a la que rara vez veía.

—Y a ti, ¿qué te parece, Trix? —dijo Di.

—Sinceramente —dijo Trixie pensativa—, no lo creo.

Vio reflejado el estupor en las caras de sus tres amigas. Éstas, inmediatamente, frenaron las riendas de sus cabalgaduras para dejar que Susie y Trixie se pusieran a su altura.

—Pues es cierto, Trixie —gimió Fay, dolida en lo más hondo—. Mi madre y yo nos adoramos. Vivimos solas, ya lo sabes…

—No he querido herirte, Fay —interrumpió Trixie—. Venía

pensando en el fantasma de la bruja. Es… Me parece… —respiró hondo—. ¿No lo veis? Todo eso suena a fantástico. Sencillamente, no puedo creerme lo que sucedió anoche y esta tarde. Intuyo que hemos sido espectadoras de una extraña función.

—No, yo soy parte de ella —agregó Fay en voz baja—. He sido protagonista. ¡Oh, Trixie! Seguro que has leído lo que ha pasado en otros lugares encantados donde ocurrieron cosas semejantes. Nadie puede explicarlo.

Trixie arrugó el entrecejo y recordó la aparición de Zeke Collins aquella tarde.

—Sigo pensando que el viejo criado tiene algo que ver con todo esto. Regan opina que las manchas del mono, anoche, tal vez fuesen de pintura.

Honey la miró sorprendida.

—Pero si yo también vi aquellas manchas, Trix, y eran de pintura. ¿De qué te extrañas?

—Entonces, ¿qué es lo que ha estado pintando? —saltó Trixie—. No hago más que darle vueltas al asunto, y por más que pienso no recuerdo haber visto pintura fresca ni nada recién pintado, ni dentro de la casa ni en la fachada. Ni lo vi anoche ni lo he visto esta tarde.

—Pues es cierto —aceptó Honey, hablando lentamente.

Trixie se animó.

—Y hay más. Si era Zeke el que vi anoche, ¿por qué no vino en nuestra ayuda? Era difícil ignorar que la señora Franklin estaba herida. ¿Y por qué nos ha estado espiando esta tarde? ¿Y por qué hasta hace muy poco nadie mencionaba para nada al fantasma de Sara Sligo? Y ahora, de repente, parece que no hay otra cosa de qué hablar. Y, por último, decidme: ¿de qué murió el hombre?

—¡Eh, me rindo! —rió Honey, levantando una mano para frenar la catarata de preguntas.

Lady debió de creer que su dueña quería que se parase. Movió las orejas hacia atrás y aminoró la marcha. Honey tuvo que clavar las espuelas suavemente en los flancos de la yegua para que avivara el paso.

En cuanto los cuatro caballos estuvieron alineados de nuevo, Honey preguntó:

—¿Qué hombre?

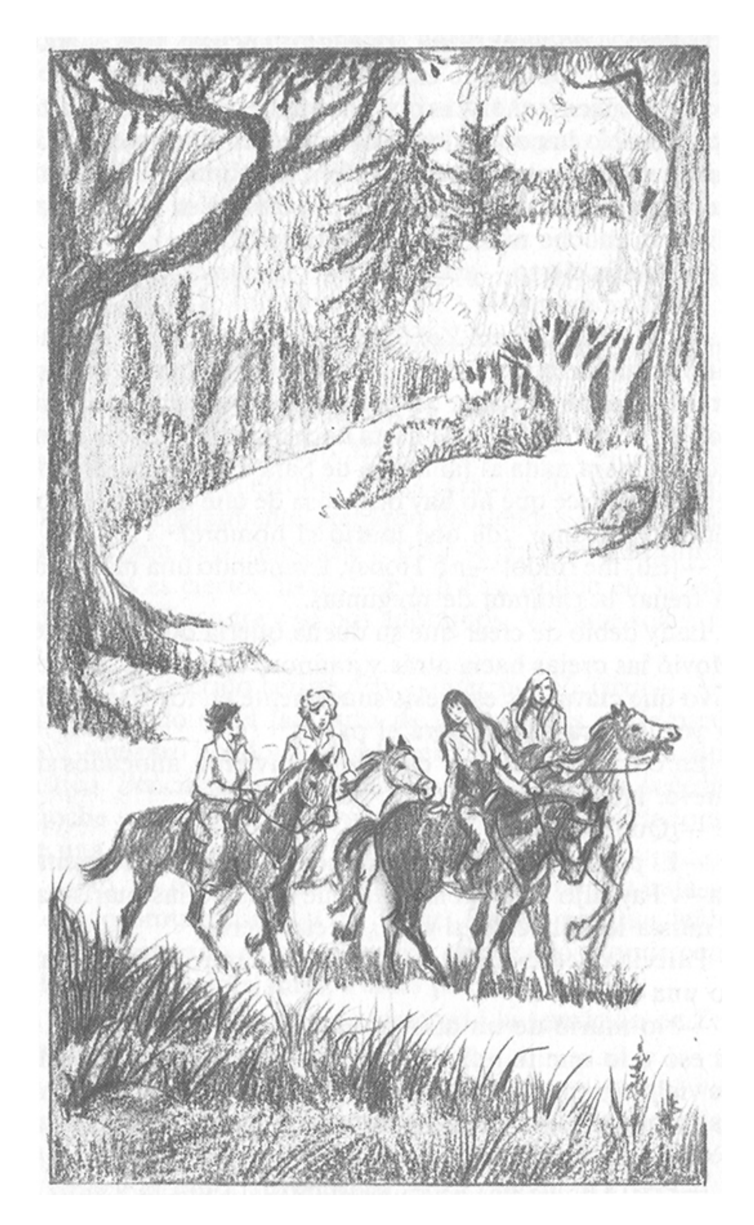
—El primer Lisgard, naturalmente —dijo Trixie excitada—. Fay dijo que había oído que se fue a las marismas y nunca lo volvieron a ver. ¿Es eso cierto?

Parecía que Di estaba distraída, pero miró a Trixie e hizo una mueca.

—No murió de un atracón de patatas machacadas, si es eso a lo que te refieres —dijo—. Supongo que murió de viejo. Después de retirarse, dejó Lisgard House a su hijo y se marchó a vivir a Massachusetts con una hija casada.

Trixie se quedó boquiabierta.

—Pero Di, ¿cómo sabes todo eso?



Di se encogió de hombros.

—Hay un libro en la biblioteca pública que habla de algunos de los primeros habitantes de Sleepyside. Recuerdo que estuve leyendo lo del primer Lisgard una vez que fui a buscar otra cosa que necesitaba para la clase de lengua; teníamos que hacer un trabajo o algo así.

Trixie, evidentemente, seguía pensando en Zeke y su mono con manchas.

—¿Ha pintado algo últimamente el señor Collins en la casa, Fay? —preguntó.

Pero no parecía que Fay estuviera muy interesada en Zeke ni en su extraño comportamiento. Ahora que habían llegado a las cuadras de los Wheeler, daba la impresión de que había recobrado la serenidad.

Por el momento, Trixie no insistió. Pero cuanto más pensaba en el viejo, más segura estaba de que tenía relación con los extraños sucesos de Lisgard House.

Tengo que hablar a solas con Honey —pensó mientras desmontaba—. *No he tenido ninguna oportunidad de contarle lo que vi anoche en el pasillo*.

Pero tampoco la tendría ahora.

La mano de Di impidió que Trixie siguiera a Honey y Fay, que iban hacia el interior del establo.

—Tengo que decirte algo, Trix —dijo Di apoyándose en la silla de su caballo—. Es una cosa muy extraña. ¿No nos había dicho Fay que Lisgard House estaba llena de antigüedades?

Trixie la miró extrañada.

—Claro que lo dijo. Y está llena de antigüedades. Ya las has visto.

Di movió lentamente la cabeza.

—He visto cantidad de muebles, Trix, es cierto —repuso—, pero la mayoría son falsos.

Trixie se quedó con las ganas de seguir hablando con Di, pero en aquel momento llegó Regan.

Siempre hacía lo mismo. Cuando se aseguraba de que sus queridos caballos habían llegado sanos y salvos, saludaba a los jinetes, mientras comprobaba que todo quedaba en orden.

Aquella tarde no fue una excepción. Hasta Di se quedó a ayudar, mientras Sunny esperaba pacientemente su turno de que lo limpiaran o lo sacasen a pastar.

Trixie cepillaba a Susie, cuando la voz de Honey le llegó desde la cuadra vecina:

—¿Sabéis una cosa? Regan se va haciendo cada vez peor. Menudo dictador.

—Lo he oído, Honey —respondió la voz de Regan desde el fondo del box de Strawberry, pues estaba echándole una mano a Fay—. Y déjame que te diga que si trabajases tan bien como esta amiga tuya, yo no sería ningún dictador.

Poco después terminaron Regan y Fay; se quedaron esperando a que Trixie colgase las bridas junto a la silla. Trixie los miró y observó que Fay tenía el rostro radiante y feliz.

—Se ve que te has divertido, Fay —comentó mientras daba una palmada de despedida en la grupa de la yegua.

—Apasionante —dijo Fay—. Casi me había olvidado de lo divertido que es… estar entre caballos, quiero decir. Además, eso me ha ayudado a olvidar…, a olvidar…

—Si tanto te ha divertido —interrumpió la voz de Di—, ayúdame con Sunny en cuanto acabes de ayudar a Honey.

—¡Claro que sí! —exclamó Fay, contenta—. Será estupendo, Di —vaciló—; bueno, si no te parece mal, Trixie.

—Naturalmente que no —la voz de Trixie sonó un poco impaciente, y deseó que Fay no lo hubiese notado. Pero quería hablar a solas con Honey y ésta era una oportunidad ideal. Por eso no se sintió culpable al añadir—: Tal vez quiera Di enseñarte su casa. Te gustará mucho, Fay. No es espantosa… —se detuvo, plenamente consciente de que no debía pronunciar el final de la frase: «como la tuya».

Si Mart hubiese estado allí, le habría dicho a su hermana que otra vez procurase insertar el pie firmemente en su cavidad oral antes de hablar.

Trixie se tranquilizó al oír la voz de la señorita Trask; las llamaba desde la puerta del establo.

—Si pensáis ir a casa de los Lynch, niñas, procurad no tardar mucho. Estáis todas invitadas a cenar en Manor House…, si os parece bien.

Sonrió la señorita Trask al entrar. Iba vestida como de costumbre, con un traje de twed, y calzaba unos suaves oxfords.

—Debo darte un recado, Trixie —añadió—. Tus padres han llevado a Bobby a ver a Santa Claus a los almacenes Croton.

—¿Pero es que ya ha llegado Santa Claus a la ciudad?

Los ojos azules de la señorita Trask brillaron divertidos.

—¿Me creerías si te dijese que llegó la semana pasada? Bobby

no se enteró hasta que los hermanos gemelos de Di lo mencionaron esta mañana. Ahora ya no hay más remedio que llevarlo a él, enseguida.

Di se rió.

—Menudos son Larry y Terry. Había olvidado que las niñeras los llevaron a los almacenes Eklund el sábado. Se lo pasaron bomba.

Regan gruñó.

—Qué tiempos —dijo—. Antes Santa Claus no llegaba en su trineo hasta Nochebuena. Después lo hizo el Día de Acción de Gracias, y ahora…

La señorita Trask se pasó la mano por su cabello gris.

—Pronto estará jugando con ellos en la víspera del día de Todos los Santos.

—¿Ha avisado a los chicos? —preguntó Honey—. ¿Van a venir a cenar con nosotras?

Ella asintió.

—Dijeron que no se lo perderían por nada.

La cara de Honey brilló de alegría.

—¿Cenaremos perritos calientes, señorita Trask, querida señorita Trask?

Ésta se rió en voz alta, mientras se marchaba.

—Si queréis…

—Entonces, ¿cómo vamos a rehusar? —dijo Di—. Así da gusto. ¿No te parece, Fay?

Su nueva amiga sonrió y dijo:

—Sois muy amables. No sé cómo agradecéroslo.

Di cambió de tema.

—Vamos a ver a Sunny. Después te enseñaré mi casa.

—-Y como broche de oro —añadió Fay, feliz—, perritos calientes alrededor de un fuego hogareño.

Siguieron a la señorita Trask, saliendo del establo, y Trixie escuchó en la distancia la alegre voz de Fay, sin duda entretenida y olvidada de sus preocupaciones.

Regan se fue a la oficina, situada en la parte de atrás. Después, Honey suspiró.

—Por suerte, Fay va a estar entretenida durante un rato, Trix —dijo—. Quería hablar contigo.

—Lo mismo digo —contestó Trixie—. Porque, ¿sabes una cosa,

Honey? He llegado a una conclusión.

—¿Cuál?

—Ya sé qué está pasando en Lisgard House.

La sospecha de Trixie • 15

Ambas amigas se dirigieron a la habitación de Honey, lugar que les resultaba cómodo y discreto para sus confidencias.

—Muy bien, Trixie. Ahora, cuéntamelo todo —pidió Honey, cerrando la puerta de su dormitorio.

Trixie jadeó y se dejó caer en la silla más próxima.

—Espera, Honey —dijo—. Me has hecho correr tanto que antes debo recuperar el aliento.

Echó una mirada alrededor del cuarto de su amiga, contemplando los blancos visillos de organdí, y la colcha a juego con la gran alfombra, blanca y mullida, que cubría el suelo.

Era tan grande el contraste con la lúgubre y diminuta habitación en que habían pasado la noche anterior, que Trixie confirmó la gran bondad de su amiga, y hasta dónde llegaba su amistad, para avenirse a pasar la noche con ellas.

—No sé por dónde empezar —dijo Trixie vacilando.

Honey se sentó al borde de la cama, cerca de ella.

—Puedes empezar contándome la verdad sobre aquel ratón tan estúpido que dijiste que habías visto anoche, en el pasillo —contestó—. Ya vi que Fay te había creído, pero no te conoce como yo, Trixie Belden. Vamos, ¿asustarte tú de un ratón? ¡Es lo mejor que he oído este mes!

Trixie la miró azorada.

—Fue lo único que se me ocurrió en aquel momento.

Honey se inclinó hacia ella.

—Bueno, eso ya no importa. Ahora quiero saber la verdad. ¿Qué fue lo que viste? Algo te asustó, ¿no es cierto? Tenías que haberte escuchado, Trix. ¡No he oído un grito tan desgarrado en mi vida!

—Excepto el que oímos después al otro lado de la puerta de Fay —le recordó Trixie, algo pálida—. Pero también tiene su

explicación.

Vaciló, pero acabó contándole a Honey lo de la voz susurrante que había oído cuando estaba sola en la cocina, después de que Brian se marchara. También le describió la extraña figura que vio cuando fue a comprobar si estaba cerrada la puerta trasera.

—Llevaba una capa negra, Honey —dijo Trixie en voz baja—, y un gorro de cucurucho en la cabeza. Intenté ver su rostro, pero no pude. Estaba en la sombra. Y entonces, cuando la estaba mirando, se difuminaron sus contornos y desapareció, después de decir: ¡Ten cuidado!

Los ojos de Honey se abrieron como platos.

—¿Era el fantasma de la bruja?

—Eso me pareció —admitió Trixie—. Cuanto más pienso en él, mejor recuerdo que podía ver a su través. ¡Era transparente!

Honey se sobresaltó.

—Entonces… ¡era el fantasma!

Trixie hizo un gesto.

—Fue un buen truco para hacérmelo creer. Llegué a picar el anzuelo. Pero Di me dijo una cosa al llegar a casa esta tarde, y eso cambia la decoración por completo, Honey. ¡Sé qué hay detrás de todo este misterio del encantamiento de Lisgard House!

Honey se revolvió impaciente.

—Me parece que no te entiendo, Trix. Incluso Gregory y Hunter están convencidos de que el lugar está embrujado.

—Se equivocan —dijo Trixie—. Hay alguien que intenta por todos los medios ahuyentar a la gente de Lisgard House. ¿Y sabes por qué? Porque, desde que murió el viejo Caleb, ha estado robando los muebles antiguos, Honey. Ha hecho copias y las ha colocado en lugar de las piezas verdaderas. Y, vendiendo los muebles originales, ganará un dineral. Los ha engañado a todos…, también al señor Gregory.

Honey se dejó caer hacia atrás y murmuró:

—¡Atiza! ¿Y de quién desconfías?

—De Zeke Collins —anunció triunfante Trixie—. ¡Él es el falsificador!

—Sigo sin entenderlo —reconoció su amiga, confusa—. Comprendo el asunto de los muebles y eso de venderlos y todo lo demás; pero no acabo de ver claro por qué intentar hacernos creer

que la casa está embrujada.

Trixie se puso de pie. No aguantaba más sentada, no se podía estar quieta.

—Atiende, Honey. Todo fue bien desde la muerte de Caleb hasta que llegó el señor Gregory. Pero él no viene mucho por aquí, porque los negocios lo retienen en Nueva York.

—Lo entiendo —dijo Honey—. Eso deja a Zeke mucho campo para hacer lo que quiera. Podía llevarse un mueble, y otro, y otro sin que nadie lo notase. Después, cuando viniese el señor Gregory, no se percataría de ello, porque no es experto en antigüedades.

—Exacto —Trixie se acercó a la ventana, retiró los visillos y se quedó admirando el gris paisaje de noviembre. Se estaban formando oscuras nubes, y chispeaba, como un resto de la tormenta de la noche anterior.

—Está lloviendo otra vez —dijo a Honey.

Volvió a sentarse.

—Zeke ha estado pensando cómo deshacerse de ellos —dijo súbitamente—. Recordó las historias que se cuentan de Lisgard House. Otras, las inventó. Y empezó a difundirlas. No le habrá resultado muy difícil. Siempre hay gente dispuesta a creer que un lugar está embrujado, sobre todo aquí, en Sleepyside, con su aire ancestral.

Honey asintió pensativa.

—Perfectamente. Estoy de acuerdo contigo hasta este punto. Todo parece muy lógico, pero…

—¡Nada de peros! ¿Quién tiene la llave de todos los rincones de aquella casa?

—¡Eso no nos consta, Trix! —objetó Honey—. Lo único que sabemos es que tiene una llave de la puerta principal.

—Te apuesto lo que quieras a que tiene una llave de todas y cada una de las puertas de la casa —replicó Trixie—, incluida la trasera. Fay nos dijo que aquélla se cerraba con un resbalón, ¿lo recuerdas? También dijo que no se echaba nunca el cerrojo porque sólo se podía abrir con una llave… ¡La llave de Zeke!

Honey se encogió de hombros.

—Sigue.

Trixie se pasó una mano por el pelo.

—Si es así, Honey —dijo lentamente—, fue Zeke quien hizo que

el fantasma se pasease. Es el único que pudo abrir y cerrar las puertas y desplazar los objetos y apagar las velas…, y hacer los demás trucos.

Honey la miraba un tanto escéptica.

—Pero ¿y lo de anoche, Trix? Todavía no me lo has explicado.

—Una grabación —aventuró Trixie—. Me apuesto lo que sea a que era una grabación. ¿Recuerdas aquella cinta que grabó Mart? En un instante dado sonaba como si cruzase un tren por medio de casa; después parecía que el cuarto de estar era la selva, con todos sus bichos. En resumen, se trata de una serie de ruidos y efectos sonoros, todos ellos…, ¿cómo se dice?…, empalmados. La primera vez que Mart puso aquella cinta, mamá y yo nos asustamos como dos tontas.

Honey sonrió.

—Recuerdo cuando me lo contaste.

—Y eso es lo que Zeke ha estado haciendo… Estoy segura de ello —dijo Trixie—. El humo pudo fabricarlo de algún modo que no me explico, como tampoco sé cómo lo metió por debajo de la puerta. Todavía no he conseguido averiguarlo. Y en cuanto a la figura del fantasma que vi… —vaciló, indecisa.

—¿Qué podía ser, Trix?

—Creo que lo hizo con un proyector de cine —dijo Trixie lentamente—, aunque no estoy segura de eso… ¡Pero tengo razón en lo principal!

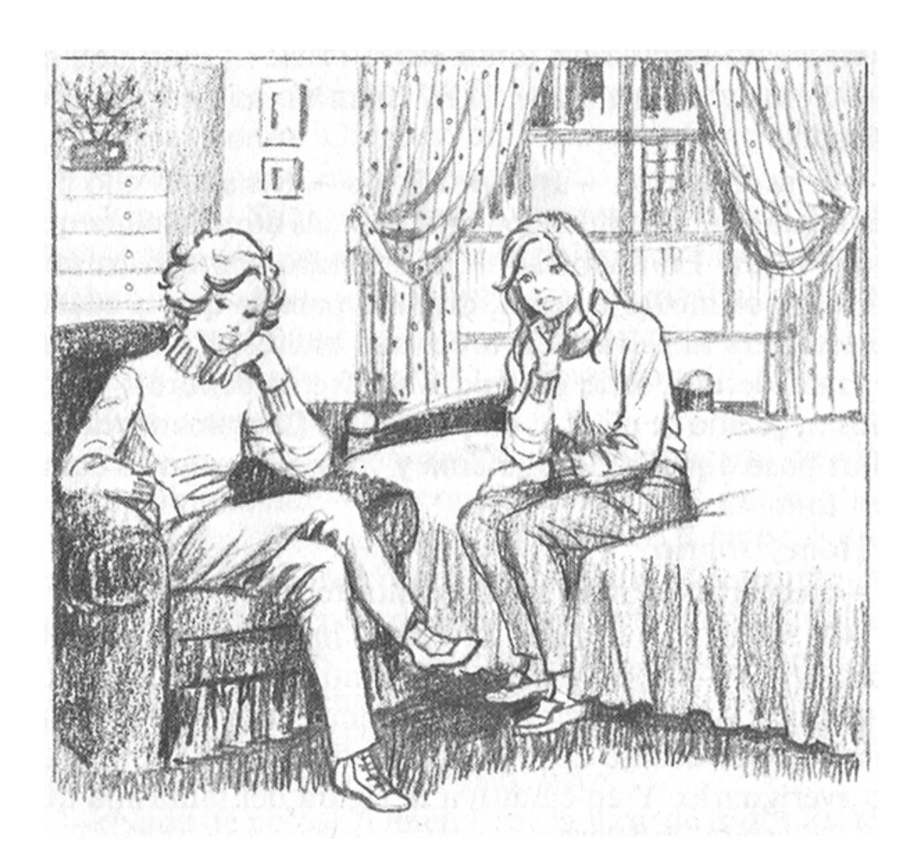
—¿Y qué me dices del otro numerito, cuando estaba el señor Hunter? —le preguntó Honey.

—Zeke volvió a usar un magnetofón —respondió rápidamente Trixie—, y también un ventilador. Utilizó el ventilador para llenar de aire frío la habitación, en lugar de humo. Y en cuanto a Hunter, creo que está tan pirado por los fantasmas y los espíritus, que los ve y los oye en cualquier circunstancia.

Honey permaneció callada, mirándose las manos.

—¿Vas a decírselo a Fay? —preguntó por último.

Trixie se acomodó en su asiento.



—He estado pensándolo, pero me da la impresión de que Fay no me va a creer. Ha vivido tanto tiempo convencida de que está poseída por el fantasma… Hace ya varias semanas que su imaginación la domina —se detuvo—. Me parece que Brian tenía razón: si esto dura mucho, Fay tendrá que ir a un psiquiatra —apretó los puños—. ¡Ese Zeke! ¡Me gustaría darle su merecido!

Honey la miró preocupada.

—Estoy pensando que es importante convencer cuanto antes a Fay de que no está posesa —dijo—. Pero, Trix, no tenemos ninguna prueba, absolutamente ninguna.

—¡Pero las tendremos! —repuso Trixie extendiendo las piernas y dándose una palmada en los muslos—. Sabemos que los muebles antiguos son falsos.

—Y eso es todo. Además —dudó Honey—, Di tampoco es muy experta y podría haberse equivocado.

—Pues entonces, lo mejor que podemos hacer es decirle al señor

Gregory lo que pasa —dijo Trixie muy convencida—. Que llame a un anticuario. Y si de veras son falsos, que hable con el sargento Molinson para que arreste a Zeke.

Honey suspiró y se puso en pie.

—Quizá tengas razón, Trix, es posible que las cosas sucedan como tú dices…

Trixie la miró perpleja.

—¿Posible? Pero, Honey, es la única manera lógica. Es así, como digo. Estoy completamente segura de ello.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Trixie se mordió el labio. Lo cierto era que todavía no lo había pensado.

Deseaba de todo corazón que su padre no se hubiese ido a Croton precisamente cuando le necesitaba. Podría haberle dado un consejo. Aunque seguramente le habría dicho que tuviese paciencia; que esperase a estar segura de los hechos, en lugar de correr a ciegas tras lo que acaso fuera una pista falsa.

Por otra parte, intuía algo que su padre no podía saber: Fay estaba ya cerca del límite de su resistencia. En realidad, su salud era delicadísima.

Levantó la vista Trixie y vio que Honey la miraba impaciente.

—No tenemos elección —decidió por último Trixie—. Iremos a ver al señor Gregory y le contaremos todo… ahora mismo.

Las dos amigas encontraron a la señorita Trask en la espaciosa cocina de los Wheeler. Estaba ayudando al cocinero a preparar enormes cuencos de patatas fritas y ensalada, aceitunas y pinchos variados, vienesas y buñuelos. En el fogón borboteaba una gran marmita de humeante sopa.

—¿Todavía no ha venido nadie? —preguntó Honey, con los ojos clavados en dichos manjares.

La señorita Trask negó con la cabeza.

—Todavía no, querida, pero llegarán pronto —miró el reloj de cocina—. La cena estará lista dentro de una hora. ¿Tenéis hambre?

—Tenemos mucha hambre —dijo Honey— y todo huele muy bien. Pero Trix y yo tenemos que salir un momento. Es importante. No estaremos fuera mucho tiempo, palabra. Vamos a recoger las bicicletas y…

La señorita Trask pareció sorprendida.

—¡Dios del cielo! —dijo con ironía—. Siendo una cosa tan importante…

—Sí, muy importante, señorita Trask —repitió Trixie—. De lo contrario, nos quedaríamos a ayudar. Pero…, bueno, necesitamos hacer algo, decirle algo a alguien. Su teléfono ya debería estar arreglado, pero todavía no lo está, y por eso tenemos que personarnos.

La señorita Trask no perdía nunca el tiempo haciendo preguntas. Ésa era una de las muchas cualidades que admiraban en ella los Bob-Whites.

Sin salir de la cocina, dijo:

—Muy bien, pero, por favor, no tardéis mucho.

Trixie, cuando iba a salir, vaciló. Observó que ya eran casi las cinco y media.

—¿Va a ver esta tarde la televisión? —preguntó de pronto pensando en Ed Gaffey y su reportaje de Lisgard House.

La señorita Trask ni siquiera levantó la vista. Estaba muy atareada picando cebolla.

—Trixie, como puedes ver, estoy demasiado entretenida para poner la televisión. ¿Por qué lo preguntas?

Trixie hizo como que no había oído y cerró la puerta despacio. En la mirada de Honey se leía que su amiga se había quedado tan tranquila como ella.

Ya fuera, Trixie comentó:

—Me pregunto si la señorita Trask nos hubiera dejado ir a casa del señor Gregory, de haberse enterado de lo ocurrido allí la noche pasada.

—Yo tengo una pregunta mejor, Trix. Sé lo que pasó allí anoche. ¿Por qué vuelvo contigo ahora?

—Para salvar a una amiga —respondió Trixie en voz baja—. Y ojalá no sea demasiado tarde, Honey.

Extraño comportamiento • 16

Trixie corrió a casa, cruzando la verde pradera, para recoger la bici del garaje, mientras Honey la esperaba paciente, ya montada en la suya, al final del camino de los Belden.

Todavía lloviznaba cuando se dirigieron a Lisgard House; al llegar estaban mojadas e incómodas.

Trixie no se habría sorprendido de ver allí a los periodistas, atrincherados a la espera de conseguir otra entrevista, pero no había nadie.

Tampoco tardó mucho en descubrir otra cosa: las puertas, que antes quedaron tan firmemente cerradas, se abrían ahora con sólo empujarlas.

Honey miraba nerviosa a todos lados según recorrían el camino hacia la entrada principal.

—¿Qué habríamos hecho si hubiesen estado cerradas, Trix? —preguntó.

—Habríamos encontrado alguna forma de entrar —respondió Trixie con seguridad, aunque no tenía la menor idea de cómo lo habrían conseguido.

Fue el propio Gregory quien salió a abrir. Se quedó asombrado al ver quién llamaba con tanta insistencia.

—Sois… Trixie Belden y Honey Wheeler, ¿no? Tal vez entendisteis mal. El señor Hunter dijo que os llamaría cuando fuese a realizar el exorcismo…

Trixie sintió que el corazón le latía a toda velocidad. Ahora que debía contarle a Gregory que su viejo sirviente era un bribón, no estaba segura de cómo empezar la historia. Miraba desesperada a su alrededor, en busca de inspiración. Pero sólo veía cabezas de animales colgadas en las paredes.

Tomó aliento.

—Sus muebles han sido robados —dijo sin más preámbulos.

Gregory la miró perplejo.

—¿Cómo? ¿De qué demonios estás hablando, pequeña?

—¡Oh! No se enfade con nosotras —se defendió Trixie, asustada—. Yo…, es decir, Honey y yo también nos quedamos muy sorprendidas cuando lo descubrimos…

Un ruido en las escaleras hizo que se callase. Miró y su corazón dio un vuelco. La figura silenciosa que se dejó ver a la tenue luz del pasillo le pareció un fantasma, pero enseguida reconoció a Hunter.

Gregory parecía desconcertado. Se pasó una mano por el pelo.

—Si es cierto, estoy arreglado —dijo—. Lo mejor es que hablemos dentro. Pasad, niñas.

Fueron a la sala de estar. Esta vez, Trixie se alegró al ver que el fuego estaba encendido. No era mucho para calentar aquella habitación, pero ni Gregory ni Hunter parecieron notarlo. Trixie sintió un escalofrío bajo sus vestidos mojados.

Mientras ordenaba sus pensamientos, Gregory recorría la habitación, encendiendo luces aquí y allí; ya había caído la tarde.

Trixie tenía la sensación de que alguien los observaba a través de la ventana. Se volvió, pero no vio a nadie.

Por fin arrancó y le contó a Gregory todo lo que había descubierto —y lo que había adivinado—. Cuando terminó, contempló los preocupados semblantes de los dos hombres y se preguntó qué estarían pensando.

Gregory fue el primero en reaccionar.

—¿Y dices que tu amiga cree que los muebles no son auténticos? —preguntó.

Honey se apartó la melena de la cara.

—No podemos estar seguras —dijo—, pero nuestra amiga Di sabe bastante de antigüedades, señor Gregory.

—De todos modos, puede comprobarlo con facilidad —añadió Trixie a renglón seguido—. Mi padre es banquero. Él le dirá quién le puede ayudar; lo hará con mucho gusto. También el padre de Honey estaría dispuesto a echar un vistazo.

Hunter tomó la palabra:

—Me parece, Lew, que estas señoritas merecen que se las felicite por ser tan responsables. No hay muchos que tengan el valor de venir aquí y contar todo esto.

Gregory estaba taciturno. Era como si aún no acabase de encajar el golpe.

—Casi no puedo creerlo —murmuró—. ¡Zeke Collins! ¡Después de tantos años trabajando para mi tío! ¡Parece increíble!

—Y no sólo eso —dijo con rabia Trixie—; me parece que esta casa ni está encantada ni nada que se le parezca. ¿No lo comprenden? Fay Franklin no es canal del espíritu de la bruja. Lo que pasa es que Zeke Collins intenta echar a los Franklin.

Los dedos de Hunter volvieron a juntarse.

—Es posible —dijo como hablando consigo mismo—. Sí, es posible que me haya equivocado.

—¿Sería tan amable de decírselo a Fay? —le suplicó Trixie—. ¡Está tan preocupada…!

Hunter pareció tomar una decisión.

—Naturalmente que se lo diré. Traedla esta noche, hacia las nueve. ¿Es buena hora, Lew?

—Sí, cómo no —respondió Gregory, pero su voz sonó como si estuviese pensando en otra cosa. De repente pareció darse cuenta de ello—. No consigo hacerme a la idea —explicó—. Disculpad, claro que podéis venir con Fay a las nueve. Me alegrará veros de nuevo, podremos charlar más despacio. Mientras tanto, voy a hablar largo y tendido con Zeke. Tendrá que explicarme muchas cosas.

Trixie se sentía tan satisfecha cuando Honey y ella salieron que ni siquiera notó la lluvia, que caía cada vez con más fuerza.

Se dio cuenta de las gotas que le corrían por la espalda casi al llegar al final del jardín. Entonces sacudió la cabeza vigorosamente, lo mismo que Reddy, su perro, cuando se mojaba.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Tengo hambre! No podré esperar a que estén preparados esos sabrosos perritos calientes, ni a que lleguen los demás.

—No tan deprisa —dijo tras ella una voz ronca—. Primero me tienes que explicar… —una mano grande y robusta agarró el brazo de Trixie. Ésta se sobresaltó. La bicicleta, incontrolada, cayó a tierra y quedó allí, con las ruedas girando. La presión en su brazo aumentaba. Captó un gesto angustioso en la pálida cara de Honey.

—¡Oh, Trixie! —gimió Honey, con una mano sobre su boca abierta—. ¡Es Zeke Collins!

Trixie nunca pudo enorgullecerse de lo que hizo, aunque sus

reacciones fueron instintivas.

Pegó un tirón liberándose de la mano que la sujetaba, y corrió hacia la puerta principal, dejando la bici donde había caído.

Emprendió una velocísima carrera, con el corazón latiéndole desbocado, como si se le fuera a salir del pecho, y moviendo las piernas con toda el alma.

Inmediatamente después, casi al instante, oyó el sonido de una bicicleta que la seguía por la mojada carretera.

Trixie deseó no haber abandonado la bici a merced de su perseguidor. Pero ya no tenía remedio. El ruido de los neumáticos sobre el agua se oía cada vez más cerca.

Intentó acelerar, pero las piernas no le obedecieron. Comprendió que estaba perdida.

Se detuvo, temblando, medio doblada, apoyando las manos en los costados, asfixiada. Esperaba sentir otra vez la mano agarrando su brazo y la voz que le pedía una explicación, aunque no hacía falta explicación alguna. Estaba convencida de que Zeke Collins había estado observándola desde la ventana del cuarto de estar, ¡el muy fisgón!, y había oído sus acusaciones.

Cerró los ojos.

—¡Trixie! —era la voz de Honey—. Creía que no iba a alcanzarte nunca. ¡En toda mi vida jamás he visto a nadie correr de ese modo! He tenido que pedalear como una loca para alcanzarte. ¿No me oías cuando te llamaba? ¿Estás bien? Seguro que has batido el récord de la milla en dos segundos por lo menos. ¡No estarás herida!

Trixie abrió los ojos, más tranquila.

—¿Dónde está Zeke Collins? —preguntó con voz apenas audible.

—¿Creías que era él quien te seguía? ¡Oh, Trix! Siento haberte asustado —señaló con la mano hacia Lisgard House—. Estará por ahí. Nunca he visto a nadie tan sorprendido como él cuando saliste corriendo.

Trixie intentaba aún recuperar el aliento.

—¿Dónde… dónde está mi bici?

—Supongo que sigue donde tú la dejaste —contestó—. Estaba tan obsesionada con la idea de huir que no la recogí.

Tardó Trixie aún unos minutos en recuperarse.

—La venderá —dijo—, como ha vendido todo lo demás.

—¿Te refieres a Zeke? —dijo Honey pensativa—. No sé, Trixie, pero supongo que no estará muy interesado en una bici vieja. De todos modos, ¿qué va a pasar ahora? ¿Llamará el señor Gregory a la policía?

Honey fue pedaleando al paso de Trixie, y las dos amigas regresaron a casa de los Wheeler.

—Lástima que Zeke Collins coja todo lo que se pone a su alcance —musitó Trixie con envidia, mientras observaba cómo Honey dejaba la bici en su lugar, dentro del amplio garaje.

—Ya —dijo Honey—. Trix, ¿no estás contenta? Cuando Hunter haya tranquilizado a Fay, asunto concluido.

Trixie no contestó. Mientras seguía a su amiga, ya en Manor House, tuvo el presentimiento de que tal vez no resultase tan fácil convencer a Fay como suponía Honey.

Una hora después, Trixie había olvidado sus sombrías cavilaciones, sentada con Fay y el resto de los Bob-Whites en el amplio comedor de los Wheeler.

Le brillaron los ojos, viendo al otro lado de la mesa a Honey y a Mart, que comentaban los aciertos de la obra que iba a poner en escena la escuela el Día de Acción de Gracias.

—Con mi cerebro y los colosales talentos de Brian y Jim —decía Mart—, el estreno será, sin duda alguna, nuestra consagración como tespíades. A decir verdad… —se detuvo un instante y prosiguió con aire modesto—, estamos esperando de un momento a otro una llamada de Tinsel Town, o sea de Hollywood, Trix, contratándonos para que vayamos inmediatamente…

—Pero, en serio —dudó Honey—, ¿no creéis que la historia de Miles Standish y Priscila se ha explotado hasta la saciedad? Porque recuerdo que ya nos sabíamos esa obra cuando estábamos en jardín de infancia.

—¡Ah!, pero no como ahora —se defendió Mart.

—¡Claro, claro…! —Trixie no pudo resistir la tentación de pinchar a su hermano. Se calló al ver la cara de indignación de Mart.

Era evidente que éste se disponía a largar una de sus inspiradas reprimendas, pero Brian se le adelantó.

—A todo esto, no nos habéis contado nada de vuestras correrías de esta tarde. ¿Encontrasteis los vestidos sin dificultad?

—Precisamente me estaba preguntando lo mismo —añadió Jim —. ¿Qué tal, Trix?

Ésta se mordió el labio, vacilante. Habría preferido que Fay no escuchara las asombrosas conclusiones a las que habían llegado. ¿Aceptaría Fay que todas las terribles cosas acaecidas durante las últimas semanas se debían a un hombre ansioso y cruel?

Tengo que conseguir ser muy convincente —pensaba Trixie al ir a empezar la narración.

Los Bob-Whites escucharon en silencio mientras Trixie contaba lo ocurrido en Lisgard House aquella tarde.

Terminó y miró preocupada a Fay, quieta y silenciosa, con las manos sobre el regazo.

De repente, Fay echó hacia atrás la silla y se puso en pie.

—¡No lo creo! —gritó—. ¡Imposible!

—¡Eh! ¡Cálmate! —exclamó Dan—. Pensaba que te calmaría la teoría de Trixie. Es probable que tenga razón, ya veremos. Muchas veces la tiene…

Fay sacudió la cabeza con violencia.

—¡Esta vez no! ¡No! ¡No esta vez! ¡Lo sé!

Su afirmación fue tan vehemente que Trixie se estremeció. De golpe, volvieron a aflorar todas las sospechas sobre ella. ¿Qué extraño juego escondía Fay?

Mucho más tarde, cuando ya habían recogido y se preparaban para marcharse, Mart planteó su increíble sugerencia. Puso una mano en el brazo de Trixie y susurró en su oído:

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Trix? ¿Se te ha ocurrido que tal vez no sea Zeke Collins el ladrón?

Trixie se estremeció.

—¿Quién, entonces?

—Adivina —dijo Mart lenta y enigmáticamente—. ¡Las Franklin!

Retorno a Lisgard House • 17

La mente de trixie era una verbena mientras seguía a sus amigos hacia la confortable sala de estar de los Wheeler.

Echó una mirada al historiado reloj, situado en el centro de la chimenea. ¡Las ocho y media! Dentro de breves momentos tendrían que volver a Lisgard House. Los muchachos insistían en acompañarlas.

—No hay razón para que nos quedemos —afirmaba Mart con énfasis, aunque nadie le llevaba la contraria—. Si Zeke es el ladrón, y he dicho si lo es, podría intentar raptaros.

—¿Hablabais de Zeke? —preguntó despreocupadamente la señorita Trask, entrando en el cuarto—. ¿Qué tratos os traéis con ese viejo truhan? Por cierto, Trixie, aquí lo tenéis.

Trixie dio un respingo.

—¿Qué está aquí? —balbuceó incrédula—. ¿Aquí?

La señorita Trask la miró asombrada al captar el pánico de su voz.

—Sí, ha venido a traer tu bici, aunque no entiendo cómo sabe que estás aquí.

Yo sí lo sé —pensó Trixie—. *Nos habrá seguido.*

Trixie tragó saliva.

—¿Se ha marchado ya? —preguntó, y notó que estaba temblando. Tenía la horrible sospecha de que Zeke aguardaría oculto en algún sitio, amparado en la oscuridad, esperando atraparla en cuanto se aventurase a traspasar la puerta de la calle. Observó que la señorita Trask la miraba pensativa.

—Sí, se ha marchado, pero noto que estás alterada. Qué situación tan absurda. Zeke Collins también estaba alterado. Pero no me dijo por qué. Para mí que está empezando a creer sus propios cuentos. Así se lo dije.

—¿Y qué contestó él? —preguntó Mart.

La señorita Trask sonrió.

—A decir verdad, no le dejé decir nada, Mart, simplemente le dije lo que pensaba. He podido ver con mis propios ojos lo mucho que esas ridículas historias de fantasmas han afectado a Fay. Le dije en términos contundentes que carecía de sentido andar por ahí asustando a la gente. ¡Él y su estúpida lápida! ¡Brujas y espíritus! ¡Qué barbaridad! Nunca he oído tantas tonterías juntas.

La mente de Trixie pareció de pronto recobrar cierta lucidez.

—¿Qué quiere decir con estúpida lápida? —preguntó—. ¿Qué hay de ridículo en una lápida?

—Nada en absoluto, si se trata de una lápida auténtica —repuso rápidamente la señorita Trask—. Pero si te refieres a la de Sara Sligo, como creo, eso ya es otra cosa, porque sé perfectamente que ésa la hizo el propio Zeke Collins.

Trixie tragó saliva.

—Entonces, ¿no es ésa la tumba de la bruja…, quiero decir, no está enterrada ahí?

—Claro que no —se apresuró a responder la señorita Trask—. Nadie ha sabido nunca dónde la enterraron.

Brian se movió inquieto.

—¿Y murió una noche del Día de Acción de Gracias?

—¡Oh, sí!, eso es del dominio público. Pero nadie sabe cuándo nació, ni dónde, porque en aquellos tiempos no era corriente llevar ninguna clase de registro —la señorita Trask se volvió para marcharse—. Jim me dijo que vais a salir, Honey. Como iréis todos juntos, no me preocuparé por ti. Pero, de todos modos, no tardéis demasiado.

Se hizo el silencio al cerrarse suavemente la puerta tras ella.

—¡Entonces, Trixie tenía razón! —exclamó Dan.

—Ha sido Zeke el que ha difundido todos esos bulos acerca de la bruja —añadió Di.

Brian se puso en pie.

—Estupendo, Trixie —la felicitó calurosamente.

—Parece como si la señorita Sherlock Belden hubiese acertado otra vez —se burló Mart.

Y todos rieron, al ver que Jim levantaba el pulgar, en señal de victoria, desde el otro extremo de la sala. Los Bob-Whites sabían

que, aunque se demostrase que las suposiciones de Trixie no fueran completamente correctas, Jim seguiría pensando que todo lo que ella había dicho era cierto.

Trixie notó que se ponía colorada. Iba a corresponderle con una sonrisa, cuando observó algo.

Encima de la chimenea había un retrato de la madre de Honey. Rubia y frágil, la señora Wheeler sonreía a Trixie.

Ésta se quedó mirando el cuadro. Y de repente recordó Lisgard House tal como la había visto la última vez. Recordó las plantas tan crecidas, que se veían desde las ventanas del cuarto de estar, desde donde Zeke había estado espiando. Recordó el interior de la casa, con sus tétricas paredes y las cabezas de animales disecados… y los muebles antiguos, todos falsos. Algo faltaba… algo importante…

Y de pronto… ¡lo comprendió todo!

Mart exclamó:

—¡Atento, Brian! Nuestra sibila está en trance.

Entonces, se oyó la voz de Honey:

—Trix, ¿te sucede algo?

Para su asombro, Trixie no contestó. Se dirigió a toda prisa hacia la puerta, y desde allí se volvió, observando las atónitas caras de sus amigos.

—¡Rápido! —gritó impaciente—. Estaba equivocada, no hay que perder ni un minuto. ¡Pronto, Honey! ¡Tengo que llamar por teléfono!

Cinco minutos después, Trixie se encontraba en el asiento delantero de la furgoneta, como animándola a que fuese más rápido. Con Jim al volante, el coche se dirigía a Lisgard House, cargado de asombrados pasajeros.

—¿Puede alguien decirme qué es lo que pasa? —preguntó Mart desde el asiento trasero.

—Vayamos adonde vayamos —comentó Brian—, no llegaremos si Jim no va más despacio.

—Hay limitación de velocidad por aquí, Jim —agregó Dan—. Sería el colmo que nos pusieran una multa ahora.

—Especialmente con el prestigio de los Bob-Whites en peligro —bromeó Di riendo.

—Lo que me gustaría saber —dijo Mart— es a cuál de nuestras amistades ha llamado Trixie.

Ésta hizo como que no oía y Fay también permaneció muda, tan atenta al camino como Trixie.

La lluvia había cesado tan bruscamente como empezara; aunque el aire estaba en calma, la tormenta podía volver a desencadenarse en cualquier momento.

Trixie sólo escuchó el siseo de los neumáticos sobre la calzada húmeda y el rugido del motor.

—Ya estamos —murmuró Jim, parando frente al portón de entrada de la finca—. ¿Pasamos por aquí o entramos por la puerta trasera?

Trixie no esperó a la respuesta de Fay. Salió del coche y abrió las puertas. Cuando el coche pasó, volvió a cerrarlas y regresó otra vez a su asiento.

Observó la oscura silueta de la fachada de Lisgard House. Se preguntaba qué diría Gregory al ver que se presentaban más visitantes de los que había invitado.

Pronto iba a conocer la respuesta. Gregory pareció sorprenderse sólo un instante cuando vio al grupo de jóvenes ante la puerta principal. Después abrió de par en par.

—Pasad —dijo en tono acogedor—. Me alegro de veros. Y también me alegra que hayas traído a tus amigos, Fay, querida. Cuantos más, mejor.

Los condujo a la sala de estar, donde se detuvo, sonriéndoles.

—Espero que no le moleste que hayamos venido tantos —se disculpó Trixie, tras hacer las presentaciones de rigor—, pero los chicos insistieron en venir con nosotras y… —miró a su alrededor —, pero ¿dónde está el señor Hunter?

—Está ahí —contestó Gregory. Fue a la puerta del estudio y la abrió.

Trixie oyó gemir a Fay conforme se acercaban a la puerta del cuarto.

Las paredes del estudio habían sido recubiertas con una especie de colgaduras negras. En todas las superficies capaces de soportarlas, se habían encendido velas que esparcían su trémula luz. Vieron una mesa en el centro de la pieza, cubierta por un paño de terciopelo negro. En su cabecera se encontraba Hunter. Llevaba puesta una capa negra. Su expresión, a la incierta luz de las velas, era solemne y, según le pareció a Trixie, infundía confianza.

Se levantó al ver a los visitantes. Por un momento, Trixie notó que también él se sorprendía al ver cuántos eran. Pero enseguida recuperó su aspecto ceremonioso, conforme Fay le presentaba a los Bob-Whites.

Después, la muchacha preguntó temerosa:

—¿Qué… qué es todo esto? —a la vez, miraba el interior del estudio, donde las sombras se elevaban hasta el techo.

Gregory enarcó las cejas y se dirigió a Trixie.

—Quiero que sepas lo mucho que te agradezco la visita de esta tarde —dijo—, y también quiero hacerte saber que he mantenido una larga conversación con Zeke Collins.

Trixie notó que el corazón se le aceleraba.

—¿Sí? —dijo—. ¿Y qué le ha contestado?

La cara de Gregory se entristeció.

—Ha confesado todo —dijo—. Pero me temo que no era exactamente lo que sospechabas, Trixie. No sé si sabes que ese hombre es un pintor, un artista, quiero decir. Durante todos estos años ha estado pintando lo que podríamos definir como un homenaje a Lisgard House.

Mart le interrumpió.

—¿Un homenaje?

Gregory suspiró.

—Ha estado pintando al fresco las paredes de su choza. Me lo enseñó; magnífico —hizo una pausa—. Tenía la esperanza de que un día la Sociedad Histórica de Sleepyside conservara aquella cabaña como museo.

—Sigo sin entenderlo —dijo Di.

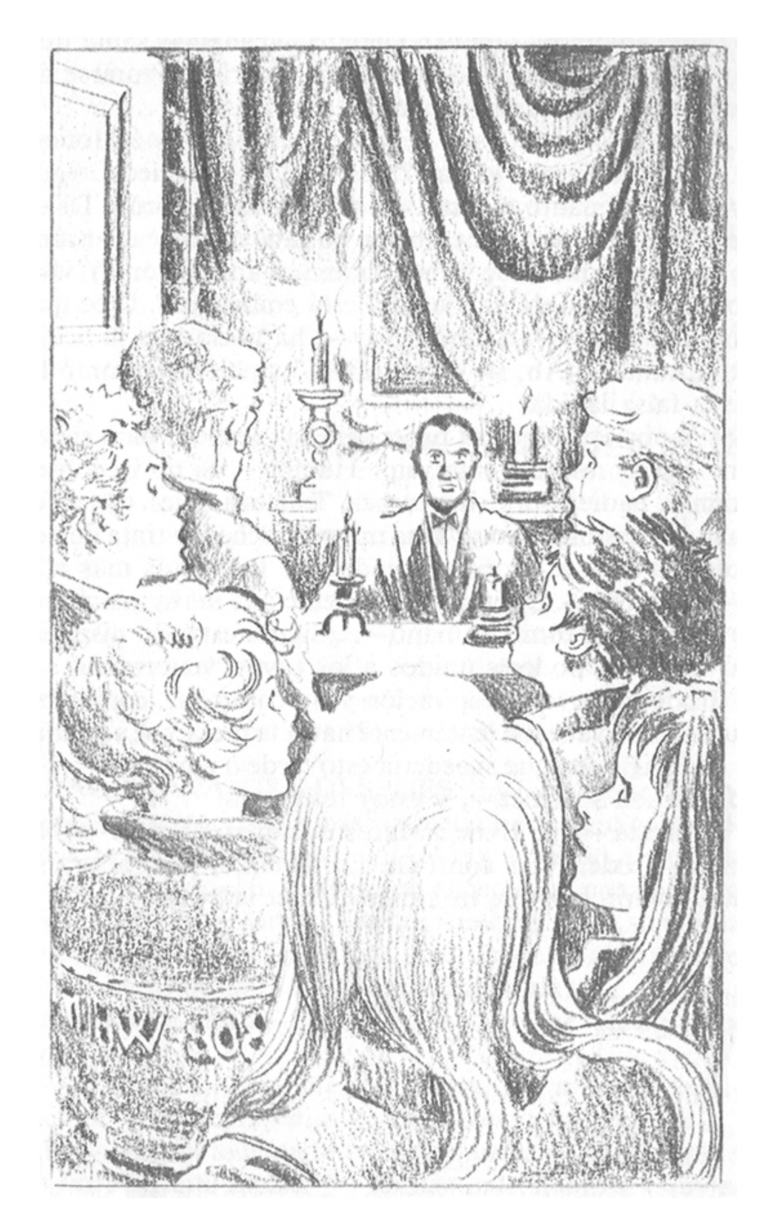
—Suponía que al morir el viejo Caleb y heredar yo la casa —siguió explicando Gregory—, la vendería.

—¿Y no piensa hacerlo? —preguntó Brian.

Gregory sonrió con franqueza.

—Estuve a punto hace tiempo —dijo despacio—, pero después me encariñé con esta casa; estaba a gusto aquí. De todos modos Zeke ya había empezado a difundir rumores y chismes diciendo que la mansión estaba embrujada; de ese modo, como es fácil comprender, nadie me la habría comprado.

—¿Tenía miedo de que si vendía usted la casa y el terreno iba a quedarse sin trabajo? —preguntó Dan.



—No sólo eso —repuso Gregory—, además sabía que también habría vendido la cabaña. Quería asegurarse de que nadie estorbaría su obra.

—Pero no podía estar seguro de eso —objetó Honey.

—Yo sólo cuento lo que Zeke me dijo —replicó Gregory—. Y en cuanto al tema del mobiliario —miró a Di—, ha afirmado

rotundamente que no sabe nada de ese asunto. Asegura que debe haber alguna equivocación. Y vive convencidísimo de que la casa está embrujada. Cree que algo o alguien —no miró a Fay—, ha liberado a la bruja de su tumba. ¡Ah, sí! —recordó—, también me contó lo de la falsa lápida.

—Y por eso vamos a hacer que Sara repose para siempre —se apresuró a intervenir Hunter—. Si no lo conseguimos, nadie podrá vivir en paz. Tenemos, pues, que efectuar una sesión. Ahora. Esta misma noche. Se trata de devolver a Sara a ese otro mundo que llamamos más allá —miró a Fay—. Querida, prométeme que me ayudarás esta noche —le tomó la mano—. ¿Sigues estando dispuesta? Con mis poderes unidos a los tuyos, venceremos.

Trixie contuvo la respiración y vio cómo Fay, como una autómata, avanzaba lentamente hacia la mesa y se sentaba.

—Imaginaba que sucedería esto tarde o temprano —dijo Fay con sencillez—, y estoy resignada.

—Ya está —oyó Trixie a Mart susurrar en su oído—. ¿No lo ves, Trixie? Va a confesar. Lo lamento, pero ahora se va a comprobar que tu amiga es una ladrona.

La venganza de Sara Sligo • 18

Unos instantes después, los Bob-Whites se encontraban sentados a la mesa cubierta por el terciopelo negro, con las manos juntas, unidos por un dedo al del que estaba a su lado. Un candelabro encendido, puesto junto al codo de Fay, esparcía extrañas sombras sobre su pálida cara. Hunter se sentó junto a ella. Gregory, al otro lado de Fay, le cogía la mano, tranquilizándola.

Fay está nerviosa —pensó Trixie—, *y tiene razones para ello*.

—¿Preparados? —preguntó Hunter, y, ante los movimientos afirmativos, dijo—: Entonces, ¡empecemos!

Trixie estaba alucinada contemplando a aquel hombre tan extravagante aspirar profundamente, como si estuviese haciendo yoga. Enseguida, exhaló un largo suspiro, con la cabeza reclinada contra el pecho, mientras de sus labios se escapaba un prolongado lamento.

—¿Estás ahí, Sara? —preguntó con voz tenue; no parecía la suya.

Increíblemente, llegó la respuesta, como un ligero murmullo:

—Sí, estoy aquí, ¡para vengarme!

Todo pareció ocurrir al mismo tiempo. En el cuarto entró un viento huracanado, que hizo agitarse furiosas las llamas de las velas. Las colgaduras negras tropezaron con sus caras. El codo de alguien se desplazó y entonces el gran candelabro se estrelló contra el suelo. Las llamas se avivaron y, mientras los Bob-Whites miraban atónitos, demasiado aterrorizados para moverse, las cortinas empezaron a arder.

Fay gritó como una histérica y se levantó, al tiempo que una lengua de fuego ascendía por la pared hasta el techo.

—¡Es la bruja! —chillaba—. ¡Está aquí! ¡Detenedla, por favor!

Hunter pareció volver en sí.

—Demasiado tarde —dijo apesadumbrado—. Lo siento, pero el espíritu maligno de Sara ha sido más fuerte que nosotros, Fay. Reconozco que se ha salido con la suya. ¡Ha incendiado la casa, me lo temía! ¡Nada la puede salvar!

—Excepto los bomberos —dijo Trixie, mientras corría con los demás a ponerse a salvo en el jardín.

—¡No podemos llamar a los bomberos! —exclamó Gregory—. ¡Es demasiado tarde! ¡Mi casa arde como una antorcha! —pero de pronto enmudeció, al escuchar la sirena de los bomberos aproximándose a Lisgard House.

—Pero… pero ¡imposible! —exclamó Hunter, al ver que el coche de bomberos aparecía por el portón.

—No es imposible —repuso Trixie mirando al desconcertado individuo—. Ya lo ve. Yo me encargué antes de venir de que los llamaran.

—Entonces, ¿sabías lo que iba a ocurrir? —preguntó Jim.

—¿Fue, pues, Zeke Collins el culpable del incendio? —preguntó por su parte Di.

Trixie hizo un gesto con la cabeza, negándolo, y miró la silenciosa figura de Gregory.

—No —dijo—, no fue Zeke, ni tampoco las Franklin. ¿Estáis ciegos? ¡Fue el mismísimo señor Gregory!

Unos días después, Trixie y sus amigos entraban en la habitación del hospital donde seguía la madre de Fay. También Zeke Collins estaba allí, mirando un poco aturdido.

A Fay se la veía radiante. Como su madre repetía a cada minuto, parecía una chica distinta.

—Es que soy una chica distinta —repuso Fay, riendo—. ¡Nadie sabe lo que es creerse poseída por un espíritu!

—La culpa es mía —se disculpó Zeke—. Si no hubiese difundido como un tonto aquellas historias de espíritus y encantamientos…

—… que incluso usted empezaba a creerse —le interrumpió Dan, afectuoso.

—Empieza desde el principio y cuéntanoslo otra vez, Trix —pidió Honey sonriendo.

Trixie se sentó en una esquina de la cama de la señora Franklin.

—Todo empezó cuando el señor Gregory heredó la antigua mansión —dijo—. Como no tenía dinero, intentó venderla.

—Pero nadie quería comprársela —añadió Brian—, desde que Zeke empezó a inventarse leyendas del lugar…

—Aunque una parte es cierta —objeto Mart—. Sara Sligo vivió realmente allí, hace muchos años. Y allí sucedió de verdad un drama…

—Y fue precisamente esa historia de fantasmas la que le dio la idea a Lewis Gregory —siguió Trixie—. Decidió resucitar el espíritu de Sara para que embrujase la casa. Luego, cuando el ambiente estuviese caldeado, quemaría la casa para cobrar el seguro. Fay nos había contado que la casa y los muebles estaban asegurados. Pero Gregory necesitaba testigos que confirmasen su versión del incendio. Ya había empezado a sustituir el mobiliario antiguo auténtico por copias. Y entonces contrató a la señora Franklin, a la que pagaba un buen sueldo para asegurarse de que no se marcharía.

—¡Qué estúpida he sido! —suspiró la señora Franklin.

—Pero usted no podía sospechar lo que él tramaba —la tranquilizó Trixie.

—Y cuando Gregory consideró que era el momento oportuno, contrató al señor Hunter, que es un parapsicólogo… de pacotilla.

—El señor Gregory le ofreció un buen pico —aventuró Jim—, y Hunter estuvo dispuesto a ayudarlo y a testificar en juicio que la casa estaba embrujada realmente y que los espíritus malignos habían tomado posesión de… Fay Franklin.

Trixie asintió.

—Sí. Una vez que los dos fulleros comprobaron el efecto de las fantasmadas sobre Fay, concibieron la idea de hacerle a ella responsable del incendio. Pusieron el candelabro a su lado. Esperaban que al asustarse lo tirase, con lo que se prendería fuego al momento, convenientemente rociadas las paredes para el caso. Todos nosotros —sonrió a los Bob-Whites— habríamos testificado que Fay, poseída por el espíritu de Sara, fue la causante de la destrucción del inmueble.

—Negocio perfecto para ellos —asintió despacio Fay.

—El plan casi se estropea antes de empezar —prosiguió Trixie—, cuando la señora Franklin se rompió la cadera. Lewis Gregory no había previsto que sucediese eso. A él fue a quien vi en el jardín la primera vez que estuvimos en Lisgard House; no a Zeke. Gregory casi se descubre aquella noche. ¿Qué fue lo que le hizo caerse,

señora Franklin? ¿Oyó algún ruido extraño?

La madre de Fay asintió.

—Oí ruido de pasos en la planta alta, y sabía que no era Fay.

—Debió pensar que se le escapaba su mejor testigo —dijo Brian —, al ver que se la llevaban en ambulancia hacia el hospital.

—Pero entonces —le interrumpió Honey— se dio cuenta de que aún podía seguir explotando el miedo que suscitaba el encantamiento de la casa…

—Gracias a que Trixie y tú accedisteis a pasar la noche conmigo —añadió Fay—. Nunca olvidaré lo que habéis hecho por mí, como no olvidaré lo ocurrido aquella noche.

—Entró por la puerta trasera —continuó Trixie—, de la que también él tenía una llave. Utilizó un magnetófono para reproducir los ruidos, tal como sospeché…

—Y usó mis potes viejos —comentó Zeke—. Debió cogerlos del invernadero. Los empleo para que no se hielen las plantas en invierno.

—Y con un ventilador hizo entrar el humo en la habitación de Fay por debajo de la puerta.

—Hay algunas cosas que todavía no entiendo —dijo Mart—. ¿Por qué no quemó la casa Gregory, sin más, diciendo después que fueron unos niños jugando con cerillas?

—¿No lo sabías? —preguntó Di—. El sargento Molinson descubrió que Gregory ya empleó ese truco una vez.

—¡Yo tampoco lo sabía! —saltó Honey.

—Pues sí; hace años tenía un almacén, que se quemó —les contó Di—. Gregory trabajaba por aquel entonces con un socio, y fue éste el sospechoso de haber provocado el incendio. Pero la policía cree que Lewis Gregory no se atrevería a repetir el mismo truco, y por eso ideó otra cosa.

—Y yo habría cargado con la culpa del incendio de Lisgard House —reflexionó Fay estremeciéndose.

—Y no podríamos haberte salvado —añadió Dan—. De todos modos, no sé quién empujó el candelabro.

—Pues yo sí —dijo Trixie—. Como sospechaba lo que iba a ocurrir, no perdí de vista a Lewis Gregory. Y fue su codo el que tiró el candelabro.

La señora Franklin suspiró.

—Si Trixie no hubiese mirado el retrato de la señora Wheeler, Gregory se habría salido con la suya.

Jim sonrió.

—Todavía no acabo de entender cómo te ayudó el retrato de mamá a aclarar el misterio.

Trixie sonrió.

—Estaba mirándola y pensé en el cuadro de Picasso. Entonces caí en la cuenta de que no estaba en el vestíbulo de Lisgard House cuando volvimos a recoger los vestidos de Fay. El señor Gregory se lo había llevado. Me pregunté por qué. Después pensé en la lápida. La señorita Trask nos había dicho que era falsa. Y Hunter, que teóricamente era un experto, se mostró de acuerdo con el cuento de Zeke de que el espíritu de quien muere en la misma fecha de su nacimiento no puede hallar reposo. Y fue entonces cuando se me ocurrió que todo lo que sospechaba de Zeke era aplicable a Gregory, sobre todo si Hunter era un impostor. Supuse que Gregory intentaría quemar la casa la noche de Acción de Gracias para cumplir la tradición. Pero decidió no esperar, después de lo que le dije de los muebles falsos. Por eso se vio obligado a actuar lo antes posible. Y como la pintura del payaso azul era lo único de la casa que deseaba salvar, no quiso sacrificarla al fuego que pensaba provocar aquella misma noche, delante de testigos.

Mart sonrió.

—Pero Trixie no podía avisar a los bomberos; alguien tuvo que hacerlo por ella. ¡Está claro!

La señora Franklin frunció el ceño.

—Entonces, ¿a quién llamó? No comprendo, por más que me esfuerzo, quién podía creerla.

—Llamé a la única persona realmente interesada en salvar Lisgard House —explicó Trixie—. Llamé a Zeke Collins, y me creyó inmediatamente.



—Lo que me dijo Trixie me convenció —dijo Zeke—. Llamé al inspector de los bomberos y le dije que estuviese atento. Somos viejos amigos, y por eso hizo de mil amores lo que le pedí.

Fay suspiró.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—La Sociedad Histórica ha visto la obra del señor Collins —dijo Di—. Nosotros también estuvimos admirándola. Las pinturas de la cabaña son muy bellas y la Sociedad está dispuesta a adquirirla.

—Y por lo que a Lisgard House se refiere —añadió Honey—, algunas zonas de la planta baja quedaron muy dañadas por el fuego. Pero un grupo de hombres de negocios, incluidos mi padre y el de Di, están dispuestos a repararla, comprarla y cederla a la Sociedad. Zeke podrá vivir de sus cuadros, y residir allí, ¿no es estupendo?

—¿Y Lewis Gregory? —preguntó Fay—, ¿qué ha pasado con él? ¿Está en la cárcel?

Trixie asintió.

—El sargento Molinson lo tiene a buen recaudo. La compañía de seguros ha presentado una querella por fraude. Y Hunter irá a la

cárcel con él.

—Tenemos una sorpresa para usted, señora Franklin —dijo Honey sonriendo—. El padre de Di ha encontrado un nuevo empleo para usted: un rancho precioso, con un montón de caballos, Fay. Además, la compañía de seguros nos dará una recompensa por haber salvado Lisgard House…

—Y los Bob-Whites quieren que se quede usted con ese dinero, para atender a la futura educación de Fay —completó Trixie rebosante de alegría.

Los ojos de la señora Franklin se llenaron de lágrimas.

—No sé cómo agradecéroslo —dijo.

—Especialmente a Trixie —añadió Fay.

—Celebrando por todo lo alto el Día de Acción de Gracias —sugirió Trixie, que se sentía enormemente satisfecha por el desenlace de aquel extraño misterio.

Mientras observaba al feliz grupo que rodeaba la cama de la madre de Fay, recordó de repente la siniestra figura que dos veces le había recomendado tener cuidado. Lewis Gregory, indudablemente, no tenía ningún interés en ponerla en guardia. ¿Quién fue, pues? ¿Acaso la bruja verdadera quiso protegerla, y también la casa que en tiempos le sirvió de morada terrenal?

Después, cuando los Bob-Whites regresaban a sus casas, al pasar por Lisgard, Trixie vio otra vez la misteriosa silueta.

Bajó el cristal de la ventanilla del coche y susurró:

—Ya puedes descansar, Sara.

Y tuvo la extraña sensación de que ella había escuchado sus palabras.